ALFRED HITCHCOCK Y
LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

Misterio del perro invisible

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 23

ePub r1.3

Titivillus 01.10.16

Título original: *The mystery of the invisible dog*
M. V. Carey, 1975
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Presentación de Alfred Hitchcock

¡Hola, amigos de los misterios!

De nuevo tengo el placer de presentar a este trío de jóvenes detectives, conocidos con el nombre de los Tres Investigadores. Están especializados en casos extraños, sucesos raros y acontecimientos desconcertantes. ¡Y esta nueva aventura es ciertamente extraña, rara y desconcertante! En la misma se encuentran un apartamento embrujado, un fantasma, un supuesto errante astral cuya habilidad consiste en ver y oír a través de las paredes, y también la imagen de un perro diabólico… una imagen muy sólida que consigue hacerse totalmente invisible.

Para los lectores que por primera vez estén en contacto con los Tres Investigadores, diré que Jupiter Jones, el jefe del grupo, es un muchacho gordo con un cerebro inteligente y una curiosidad insaciable. Pete Crenshaw es veloz y atlético, y Bob Andrews, un chico estudioso, es quien lleva el archivo del grupo y quien posee un estupendo talento para las investigaciones. Los tres residen en un suburbio costero de California, llamado Rocky Beach, en las afueras de Los Ángeles.

Y basta de presentaciones. ¡Ya podéis dar vuelta a la página, y empezar a leer por el primer capítulo!

ALFRED
HITCHCOCK

CAPÍTULO 1

Un apartamento embrujado

Era la hora del crepúsculo, el brusco frío y crepúsculo de finales de diciembre, cuando Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews llegaron al Paseo de la Plaza. Pasaron por delante de un pequeño parque donde a pesar del frío aún florecían unas tardías rosas. Junto al parque se alzaba un edificio de estuco con un letrero que anunciaba que se trataba de la rectoría de San Judas. Después de la rectoría, las luces brillaban tras los cristales coloreados de una pequeña iglesia y un órgano dejaba oír sus amortiguados sones. Los tres amigos oyeron unas voces infantiles que entonaban un viejo himno religioso.

Dejaron atrás la iglesia y llegaron a una casa de apartamentos que parecía muy particular. A nivel de la calle había una fila de garajes. Encima de los mismos había dos pisos de apartamentos. Todas las ventanas tenían echadas las cortinas, como si los inquilinos deseasen estar separados del mundo.

—Aquí es —decidió Jupiter Jones—. El número 402 del Paseo de la Plaza, y son exactamente las cinco y media. Llegamos puntuales.

A la derecha de los garajes, unos peldaños de piedra planos y anchos llevaban a una puerta. Un individuo con una chaqueta de piel de camello descendía hacia ellos. Pasó por el lado de los tres sin mirarlos.

Jupe empezó a subir los peldaños, con Bob y Pete detrás. De repente, Pete saltó y exhaló una exclamación.

Jupe se detuvo. Por el rabillo del ojo vio una sombra pequeña y oscura que se deslizaba escalera abajo.

—No es más que un gato —observó Bob.

—Por poco tropiezo con él —Pete se estremeció y se arrebujó más en su chaqueta—. ¡Un gato negro!

Bob se echó a reír.

—¡Vamos! ¡No creerás que los gatos negros traen mala suerte!

Jupe buscó el pestillo de la puerta. Más allá, en el centro de un patio embaldosado, había una amplia piscina rodeada de mesas y sillas. Al abrir Jupe la puerta, se vio inundado por los focos de la piscina que, aparte de iluminar ésta, también alumbraban los arbustos que rodeaban y adornaban el patio.

—¡No admitimos vendedores ni representantes! —exclamó una voz nasal y rasposa junto a Jupe.

Se acababa de abrir una puerta situada junto a la de entrada. En el umbral se hallaba una mujer pelirroja, de bastante corpulencia, que contemplaba a los muchachos desde detrás de unas gafas sin montura.

—No importa que sólo vendáis suscripciones para revistas, caramelos, o que pidáis dinero para los canarios huérfanos —continuó la mujer—. ¡No quiero que se moleste a mis inquilinos!

—¡Señora Bortz!

La mujer levantó la vista y pasó por delante de los muchachos. Un hombre delgado, con los cabellos plateados, había bajado desde una balconada que daba al patio.

—Creo que éstos son los chicos que estaba esperando —afirmó.

—Me llamo Jupiter Jones —dijo Jupe, con tono preciso y formal, que era su mejor característica. Luego se hizo a un lado y presentó a sus amigos y colaboradores—. Éstos son Pete Crenshaw y Bob Andrews, y supongo que usted es el señor Fenton Prentice.

—En efecto —asintió el anciano. Luego dirigió la vista hacia la mujer del umbral—. No la necesitamos, señora Bortz.

—¡Está bien! —gruñó la aludida, retirándose a su apartamento para cerrar de un portazo.

—Una vieja refunfuñona —criticó el señor Prentice—. No le hagan caso, por favor. La mayoría de personas que habitan en este edificio son razonablemente civilizadas. ¿Quieren acompañarme, por favor?

Los muchachos siguieron al señor Prentice escalera arriba, hasta la balconada. A un par de metros del final de la escalera había una puerta que Fenton Prentice se apresuró a abrir. Luego, hizo pasar a los tres amigos a una habitación con un techo de vigas y una araña de cristal que parecía muy antigua y valiosa. Sobre una mesa había

un pequeño árbol de Navidad artificial, adornado con diversas exquisiteces.

—Sentaos, por favor.

El señor Prentice indicó vagamente unas butacas, y después de haber sido ocupadas por los tres niños, procedió a cerrar la puerta.

—Me alegro de que hayáis venido tan de prisa. Temía que, por estar ya en la semana de Navidad, tuvieseis otros planes.

—En realidad, disponemos de algún tiempo libre —repuso graciosamente Jupiter—. Hasta que reanudemos la semana próxima las clases normales, tenemos muy poco trabajo.

Pete ahogó una carcajada. La verdad era que ninguno de los tres tenía ningún plan ni nada que hacer durante el resto de las vacaciones de Navidad, aparte de esquivar a la tía Matilda, tía de Jupe. Ésta siempre tenía muchos planes… ¡y todos ellos para que los tres chicos trabajasen como negros!

—Y ahora —prosiguió Jupiter pomposamente—, si nos pone al corriente de la situación, se lo agradeceremos y veremos, tras una deliberación al efecto, si podemos o no ayudarle.

—¿Sí o no? —repitió el señor Prentice—. ¡Oh, no! Tenéis que ayudarme. ¡Necesito una acción inmediata! —Su voz estaba estremecida y la alzó en forma estridente—. ¡No puedo, en absoluto, continuar soportando lo que ocurre aquí!

Hizo una breve pausa para controlarse y continuó más calmado.

—Vosotros sois los Tres Investigadores, ¿verdad? ¿No es ésta vuestra tarjeta?

Sacó una cartulina de un bolsillo y se la mostró a los tres visitantes.

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Jupe miró la tarjeta y asintió con la cabeza.

—El amigo que me dio esta tarjeta —explicó el señor Prentice— me contó que sois unos detectives con un gran interés por las cosas que son… bueno, un poco extrañas.

—Cierto —volvió a asentir Jupe—. Los signos de interrogación de la tarjeta simbolizan lo desconocido, y pueden tomarse como señal de nuestro interés. En el pasado hemos conseguido solucionar varios enigmas intrigantes. Pero hasta que usted nos cuente lo que sucede no podemos saber si nos será posible ayudarle. Naturalmente, estamos dispuestos a intentarlo. En realidad, ya hemos iniciado una labor preliminar para este caso. Después de recibir su carta, hemos realizado unas investigaciones respecto a usted.

—¿Cómo? —dijo Prentice—. ¡Vaya impertinencia!

—Si ha de ser nuestro cliente, ¿no cree que es preciso que sepamos algo de usted? —inquirió justamente Jupiter.

—Yo soy una persona muy retraída —replicó Prentice—, y no me gusta que la gente meta las narices en mis asuntos privados.

—Nadie puede ser completamente retraído —objetó Jupiter—, y Bob es un investigador de primera clase. Bob, ¿quieres decirle, por favor, al señor Prentice lo que has descubierto?

Bob sonrió. Admiraba la habilidad de Jupiter de saber dominar todas las situaciones. Luego sacó una libreta del bolsillo y la abrió.

—Señor Prentice, usted nació en Los Ángeles —empezó a leer—. Y ahora ronda los setenta años. Su padre, Giles Prentice, ganó una fortuna negociando con terrenos y fincas. Usted heredó esa fortuna. No está casado. Viaja a menudo y da dinero generosamente a museos y artistas. Los periódicos le llaman un mecenas del arte.

—Casi nunca leo los periódicos —gruñó el anciano.

—Pero ellos sí se ocupan de usted —observó Jupe—. Al parecer, es usted un apasionado del arte —añadió, mirando a su alrededor.

El saloncito era como una inmensa vitrina de colecciones artísticas. De las paredes colgaban bellos cuadros, sobre las mesitas se veían figuritas de porcelana, y por todas partes, bien distribuidas, había lámparas que podían haber salido de un palacio árabe.

—Muy bien —concedió Prentice—. No hay nada malo en interesarse por las cosas artísticas. Pero esto no tiene nada que ver con lo que ocurre aquí.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Jupe.

Prentice miró por encima del hombro, como temiendo que alguien escuchase en la habitación contigua. Y cuando por fin habló, su voz fue casi un susurro.

—Me siento acosado —dijo.

Los Tres Investigadores le contemplaron gravemente.

—Oh, no me creéis, ¿eh? —continuó el viejo—. Ya lo temía, pero es verdad. Alguien entra aquí cuando yo no estoy. Y al volver siempre hallo las cosas distintas de como las he dejado. Una vez encontré el cajón de mi escritorio entreabierto. Alguien había estado aquí leyendo mis cartas.

—Este edificio es muy grande —observó Jupiter—. ¿Hay algún encargado? A lo mejor tiene una llave maestra…

—Esa terrible mujer, esa señora Bortz —gruñó Prentice—, es la encargada y portera, todo a la vez, pero no posee ninguna llave de este apartamento. Instalé una cerradura especial. Y si pensáis en el servicio, aquí no hay criados. Tampoco sugiero que esa persona desconocida entre por las ventanas. En realidad, ninguna ventana da a la balconada. Las de esta habitación dan directamente a la calle, y se hallan a más de cuatro metros de la acera. En el dormitorio y el despacho, las ventanas dan a la iglesia y también se hallan a bastante distancia del suelo. Nadie podría entrar aquí por las ventanas, a menos de usar una escalera de mano bastante alta, lo cual sería ciertamente observado por la otra gente.

—Tiene que haber una segunda llave —insistió Pete—. Una segunda llave que alguien usa cuando usted no está en casa y…

Fenton Prentice levantó una mano.

—¡No, oh, no! Alguien viene cuando yo no estoy, seguro… pero no es esto lo peor —volvió a mirar a su alrededor como si temiera no estar a solas con los muchachos—. A veces, viene también cuando estoy aquí. Le he visto. Viene y se va, y no necesita abrir ninguna puerta.

—¿Cuál es su aspecto? —quiso saber Jupiter.

El señor Prentice se restregó las manos nerviosamente.

—Vaya, ésta es la clase de preguntas que haría un policía. Pero no me creeréis. Por esto en realidad os he llamado a vosotros y no a la policía. Sé que no me creeréis tampoco, pero pensé que tal vez sí me creeríais más que la policía, al menos. Bien, lo que veo… no es

una persona. Es más bien una sombra. A veces, estoy leyendo y la presiento. Noto su presencia. Levanto la vista y puedo verla. En cierta ocasión vi a alguien en el pasillo… algo o alguien alto y delgado. Empecé a hablar. Tal vez grité. La sombra no se giró, y entró en el despacho. La seguí. En el despacho no había nadie.

—¿Podemos echar un vistazo allí? —preguntó Jupiter.

—Naturalmente.

Fenton Prentice se levantó y dirigiose seguido de los tres muchachos a un pasillo al que daba el salón. Después, los cuatro penetraron en una estancia amplia y débilmente iluminada con estanterías de libros por todas partes, mullidos sillones y un escritorio grande y antiguo. Las ventanas daban a un lado del edificio. Por entre los cortinajes semiabiertos, Jupe acertó a divisar la iglesia. El órgano ya no sonaba y en la calle se oían las voces infantiles. Aparentemente, la hora del ensayo del coro había terminado.

—Esta habitación no tiene otra salida —explicó Prentice—, aparte de la puerta que da al pasillo. No hay que pensar siquiera en un paso secreto. Llevo muchos años viviendo en este apartamento y sé que no hay pasadizos secretos ni nada por el estilo.

—¿Desde cuándo tiene la sensación de que el apartamento está siendo invadido por alguien… por alguna presencia? —quiso saber Jupiter.

—Hace varios meses —respondió Prentice—. Yo… bueno, al principio no lo creía. Pensé que era fruto de mi imaginación, debido a un exceso de fatiga. Pero ha sucedido tan a menudo últimamente, que estoy convencido de que mi imaginación no tiene nada que ver con ello.

Jupe comprendió que el anciano deseaba ser creído.

—Bien, supongo que en esta vida todo es posible —comentó el Primer Investigador.

—Entonces, ¿aceptáis el caso? —preguntó afanosamente el señor Prentice—. ¿Lo investigaréis?

—He de consultarlo con mis amigos —dijo Jupiter—. ¿Podemos llamarle mañana por la mañana?

Prentice asintió y salió del cuarto. Jupe vaciló, reflexionando. De pronto, algo se agitó en el sombrío rincón cercano a la biblioteca.

Jupe dio un salto.



—¡Pete! —gritó.

—¿Me llamabas? —preguntó el otro.

Su voz sonaba alta y cordial, desde el saloncito.

—¡Pete! —volvió a gritar Jupe, encendiendo apresuradamente la luz del techo.

Un segundo más tarde, la estancia estaba profusamente iluminada y Pete se hallaba en el umbral.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Tú… tú estabas en el salón cuando he gritado, ¿verdad? —preguntó Jupe.

—Sí, ¿por qué? Parece como si hubieras visto un fantasma.

—Creí verte a ti —replicó Jupiter—. En aquel rincón. Creí que estabas allí de pie.

Jupe se estremeció. Luego añadió:

—Debió ser una sombra.

De pronto, se dirigió al salón. Pete le siguió.

—De acuerdo, señor Prentice. Mañana por la mañana nos pondremos en contacto con usted —prometiole al señor Prentice.

—Muy bien.

El hombre que creía estar acosado abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a los tres amigos.

De repente, todos oyeron un ruido que podía ser un petardo… o un tiro.

Pete casi cruzó el umbral de un salto. Se asomó a mirar por la balaustrada del balcón. El patio estaba desierto, pero en la parte de atrás de la casa gritaba alguien. Se oyó un portazo y unos pasos en la escalera, que los muchachos no podían ver. Luego, en un pasaje que conducía al fondo del patio, apareció una figura que corría. Era un individuo que llevaba una bufanda oscura y un sombrero negro muy encajado en su cabeza, el cual corrió por el lado de la piscina y atravesó la puerta de la calle.

Pete también corrió hacia la escalera. Estaba casi al final de la misma cuando apareció un policía por el fondo del patio.

—¡Basta, amiguito! —exclamó el servidor de la ley—. ¡Quieto o te las verás conmigo!

Un segundo policía entró en el patio. Pete vio que los dos habían sacado los revólveres. Se inmovilizó donde estaba y levantó las manos.

CAPÍTULO 2

Búsqueda en la noche

—Mike —dijo el más joven de los dos policías—, creo que éste no es el tipo.

—Con una bufanda oscura, pantalones claros —repuso el otro policía—. Pudo arrojar la máscara en cualquier parte.

—El individuo de la máscara corrió por aquí y salió a la calle —declaró Pete rápidamente—. Yo lo vi.

Jupiter y Bob bajaron por la escalera junto con el señor Prentice.

—Este joven ha estado conmigo durante la última media hora —afirmó el viejo.

Se oyeron las sirenas de los coches patrulleros que llegaban.

—Vamos —gruñó el policía más joven—. Estamos perdiendo el tiempo.

Los dos policías se dirigieron apresuradamente a la salida, y en aquel momento se abrió la puerta del apartamento de la señora Bortz.

—Señor Prentice, ¿qué buscan esos chicos? —preguntó la señora Bortz.

En el lado derecho del patio se abrió otra puerta y por la misma surgió un joven tambaleándose y frotándose los ojos, como si acabase de despertarse. Jupe le miró y se estremeció ligeramente.

—¿Qué pasa? —susurró Bob.

—Nada —repuso Jupe—. Te lo contaré después.

—¡Señor Prentice, usted no me ha contestado! —chilló la señora Bortz—. ¿Qué buscan esos chicos?

—No es cosa suya —replicó Prentice—. La policía está buscando a alguien… sin duda, un ladrón, que echó a correr por el callejón de atrás y luego salió por la puerta de enfrente.

—Un ladrón —repitió el joven que acababa de salir del apartamento situado más allá de la piscina.

Llevaba un suéter oscuro y pantalones claros, y los pies desnudos estaban metidos en unas zapatillas. Jupiter, que se enorgullecía de su habilidad para fijarse en todos los detalles, vio que el pelo negro y áspero del joven había sido lavado recientemente. Era algo más alto que Pete y extremadamente delgado.

—Sonny Elmquist, es usted muy listo —murmuró la señora Bortz—. Demasiado listo. ¿Cómo sabe que es un ladrón al que buscan?

El joven llamado Sonny Elmquist tragó saliva nerviosamente y la nuez de su garganta subió y bajó por encima del cuello del suéter.

—¿Qué otra cosa, si no? —preguntó.

—¡Separaos! ¡Abríos en abanico! —gritó alguien fuera—. ¡Buscad en los callejones… y en la iglesia!

Los Tres Investigadores y Fenton Prentice salieron y se quedaron en los peldaños exteriores del edificio.

En la calle había cuatro coches patrulleros. Los focos y las linternas recorrían las calles y callejones en todas direcciones, mientras los policías hurgaban entre los arbustos y por todas partes, buscando al fugitivo de la máscara negra. Un helicóptero resonó en lo alto, y su foco de luz alumbró los callejones. En los demás portales de la calle se habían formado también grupos de curiosos.

—¡No puede haber ido muy lejos! —gritó un policía—. Tiene que estar escondido por aquí.

Un hombre regordete, de pelo gris, estaba en la acera hablando atropelladamente con un teniente de policía. De pronto, ante la sorpresa de los tres muchachos, el hombre echó a correr hacia la casa de apartamentos.

—¡Fenton! —exclamó—. ¡Fenton Prentice!

El señor Prentice descendió a la acera, el otro le cogió del brazo y le susurró algo. El anciano le escuchó atentamente. Parecía haberse olvidado de la presencia de los muchachos.

Pete le dio un codazo a Jupe.

—Veamos qué hacen en la iglesia —sugirió.

En el templo, las puertas estaban abiertas. Varias personas, incluyendo a la señora Bortz y a Sonny Elmquist, se habían agrupado en la acera y estaban mirando dentro de la iglesia. Un par de patrulleros registraba el interior, agachándose para escrutar en los reclinatorios.

Jupe pasó quedamente por entre el gentío y subió los dos peldaños que conducían a la iglesia. Vio varios cirios que temblequeaban, delante del altar, con luces rojas, azules y verdes. Vio asimismo unas figuras inmóviles, los santos sobre pedestales o sobre el desnudo suelo, en los rincones y contra los muros. También divisó a un sargento de policía que hablaba con un individuo grueso, de rostro enrojecido, el cual tenía unos tacos de boletos en la mano.

—Le aseguro que no ha entrado nadie —decía el gordinflón—. No me he movido de aquí en todo el tiempo. Si hubiera entrado alguien, lo habría visto.

—Seguro, seguro —asintió el sargento—. Pero si no le importa, lárguese, porque tenemos que registrar la iglesia.

El sargento miró a su alrededor y vio a Jupiter.

—Tú también, chico —añadió—. Vamos, lárgate de aquí.

Jupe retrocedió, seguido del iracundo gordo, que todavía sujetaba sus tacos de boletos. Fuera, un joven esbelto, casi flaco, ataviado con ropas negras y un alzacuello de color blanco, obviamente un cura, se había agregado a los mirones. También había allí ahora una mujer bajita, con el pelo gris retorcido formando un moño en la nuca.

—¡Padre McGovern! —gritó el individuo de los boletos—. ¡Dígaselo usted! No me he movido de la iglesia. Sea quien sea al que buscan, no pudo entrar sin verlo yo.

—¡Ah, Earl! —exclamó el cura—. Sin embargo, tienen que registrar, claro.

—¿Cómo? —preguntó el llamado Earl, llevándose una mano al oído.

—¡Que tienen que registrar! —repitió el pastor de almas en voz más alta. Por lo visto, Earl era tan sordo como una campana—. Y a propósito, ¿dónde estaba usted?

—¿Qué dice?

—Que dónde estaba…

—No, no rezaba… estaba en el coro, recogiendo las partituras de los himnos, como de costumbre.

—¡Ah! —rió la mujer del pelo gris—. Hubiera podido penetrar en el templo una manada de elefantes sin que él los oyese. Siempre ha sido sordo, Earl, pero ahora está peor cada día.

Entre el grupo se oyeron varias risas.

—Vamos, señora O’Reilly —la recriminó gentilmente el padre—. Vengan. Iremos a la rectoría y usted nos hará una taza de té, y cuando la policía haya terminado, Earl volverá aquí a cerrar las puertas. En realidad, no es asunto nuestro.

La gente se apartó para dejar pasar al cura, a la mujer y a Earl. Cuando hubieron desaparecido los tres dentro de la contigua casa de estuco, uno de los mirones sonrió a los muchachos.

—¿Vivís por aquí? —preguntó, levantando la voz para dominar el zumbido del helicóptero que seguía dando vueltas en el cielo.

—No —respondió Bob.

—Pues aquí no tenemos ni un momento aburrido —el hombre señaló a la rectoría—. Earl es el sacristán, y cree que es el que dirige la parroquia. La señora O’Reilly es el ama de la rectoría, y también cree que dirige la parroquia. Y el padre McGovern se las ve y se las desea para poder meter baza de vez en cuando en el cuidado de la feligresía.

—Más de un rector ya habría abandonado el puesto —agregó una mujer—. Una vieja irlandesa que ve fantasmas en todos los rincones y un obstinado sacristán que cree que la iglesia se derrumbaría si él no estuviese aquí para sostenerla.

El sargento y los patrulleros salieron del templo. El primero escrutó la muchedumbre reunida en la acera.

—¡Oigan! —gritó—. ¿Dónde está el individuo que se halla a cargo de esto?

—Tomando una taza de té con el padre —respondió el hombre que acababa de dirigirse a los Tres Investigadores—. Yo iré a buscarle.

El helicóptero policíaco efectuó una última pasada por encima del distrito y desapareció por el norte.

El teniente que estaba hablando con el amigo del señor Prentice se aproximó a la iglesia.

—Aquí dentro no hay nadie —le informó el sargento.

El teniente suspiró.

—Me extraña que ese tipo haya podido escabullirse tan pronto

del barrio —murmuró—. Normalmente, el helicóptero suele descubrir a esos sujetos, a menos que tengan un refugio muy cerca. Está bien. Esta noche no podemos hacer nada más.

Earl, el sacristán, salió de la rectoría y corrió hacia la iglesia, tras pegar un portazo.

Al cabo de unos minutos, los coches-patrulla habían desaparecido. Los mirones empezaron a marcharse hacia sus domicilios respectivos.

Jupiter, Pete y Bob volvieron al edificio de apartamentos. Fenton Prentice todavía charlaba con su amigo.

—Señor Prentice —intervino Jupiter—, lamento interrumpirle, pero…

—No importa —el viejo parecía cansado—. Charles acaba de decirme… Charles es el señor Niedland…, lo que ha ocurrido.

—Asaltaron la casa de mi hermano —explicó el amigo del señor Prentice—. Posee una casa en Lucan Court. Es la calle contigua a ésta.

—Lo siento mucho, Charles —murmuró Prentice—. Esto siempre significa un trastorno, claro.

—Oh, también para ti —replicó Charles Niedland—. Pero no te preocupes demasiado, Fenton, y procura descansar. Ya hablaremos mañana por la mañana.

Charles Niedland entró en el edificio, cruzó el patio y salió por la puerta posterior que, según supuso Jupe, daba a un callejón y a los edificios situados en la calle paralela al Paseo de la Plaza. Fenton Prentice tomó asiento en los peldaños del portal como si estuviera demasiado agotado para seguir en pie.

—¡Qué barbaridad! —exclamó desolado.

—¿Por el robo? —se interesó Bob.

—Edward Niedland era mi amigo —explicó Prentice—. Mi amigo, mi protegido y un artista magnífico. Murió de pulmonía hace dos semanas.

Los muchachos permanecieron callados.

—Fue una gran pérdida —prosiguió Fenton Prentice—. Y la sentí mucho, lo mismo que su hermano Charles. ¡Y ahora, han asaltado su casa!

—¿Se han llevado algo? —preguntó Bob.

—Charles aún no lo sabe. Ahora registrará la casa, junto con la

policía.

Se oyeron unos pasos vigorosos en la acera, por detrás de los muchachos. Bob y Pete se volvieron. Un individuo robusto, de aspecto cordial, que llevaba un suéter de color beige, se aproximaba briosamente al portal. Al ver a Prentice sentado en los peldaños, y a los chicos cerca, el recién llegado se detuvo y miró al grupo fijamente.

—¿Ha pasado algo? —indagó.

—Ha habido un robo en el barrio, señor Murphy —explicó el mecenas de los artistas—. La policía estuvo investigando.

—Oh… —suspiró el recién llegado—. Ya me pareció ver unos coches patrulleros… ¿Han atrapado al individuo?

—No, por desgracia.

—Lástima… —comentó el señor Murphy.

Pasó junto a Prentice y los muchachos y entró en el edificio. Unos segundos más tarde, los chicos oyeron abrirse una puerta del interior, la cual volvió a cerrarse.

—Bien, me retiraré a descansar —murmuró Prentice. Se puso en pie lentamente—. Por favor, llamadme mañana y nos pondremos de acuerdo en todo. Procurad ayudarme. No puedo soportar ya todo esto. Primero, el intruso en mi casa, luego la muerte de Edward y ahora el robo… ¡Oh, es más de lo que un anciano puede resistir!

CAPÍTULO 3

El ungüento mágico

A la mañana siguiente, muy temprano, Bob Andrews y Pete Crenshaw se encontraron delante del Patio Salvaje de los Jones. El establecimiento, una chatarrería, era propiedad de los tíos de Jupiter, tío Titus y tía Matilda. Era un lugar fascinante para las personas interesadas en objetos viejos y valiosos. Tío Titus hacía las compras para el Patio, y poseía un gran talento para conocer las cosas de precio que adquiría junto con otras más ordinarias. La gente acudía de todas las partes de California del Sur para rebuscar entre los hallazgos de tío Titus. Allí había paneles de madera procedentes de casas en derribo, verjas de hierro forjado, repisas de mármol, bañeras antiguas, de patas, tiradores de puerta de bronce, goznes… En el almacén de tío Titus había de todo. Incluso un tubo de órgano que tío Titus apreciaba mucho y que se negaba a vender a ningún precio.

Cuando aquella mañana de diciembre llegaron al Patio Bob y Pete, no había ningún cliente hurgando por entre los montones de chatarra. En realidad, la enorme cancela de hierro del Patio estaba cerrada con candados. Pete bostezó antes de hablar.

—A veces quisiera no haber conocido jamás a Jupiter —declaró—. ¡Se necesita humor para llamarnos a las seis de la mañana!

—¡Siempre dije que Jupiter posee un gran sentido del humor! —observó Bob—. Pero si ha llamado tan temprano, es porque debe ser muy importante. Vamos.

Los chicos se apartaron de la puerta y anduvieron a lo largo de la valla de madera que rodeaba el patio. Esta valla estaba decorada por los artistas bisoños de Rocky Beach, a los que tío Titus solía hacer algunos favores de cuando en cuando. La sección frontal representaba un paisaje tormentoso, con un buque naufragando en medio de enormes olas. En primer plano, había un pez que asomaba

la cabeza fuera del agua, contemplando al buque que se hundía. Bob empujó el ojo del pez y las dos grandes tablas de la valla se abrieron, separándose. Era la Entrada Verde Número Uno, una entrada secreta al Patio Salvaje.

Bob y Pete pasaron por la abertura y luego cerraron la puerta giratoria. Se detuvieron delante del taller de Jupiter, una zona separada del resto del patio, mediante montones de chatarra cuidadosamente dispuestos. Había una pequeña imprentilla en el taller, y detrás una pieza de rejilla. Bob apartó ese trozo de hierro, y se agachó, empezando a arrastrarse por el Túnel Número Dos, que era una tubería de hierro que corría por debajo de los montones de chatarra hasta el Cuartel General.

El Cuartel General de los Tres Investigadores era un remolque viejo que estaba a un lado del patio. Estaba escondido de la vista ajena por medio de amontonamientos de muebles viejos y chatarra.

Pete siguió a Bob por el interior del túnel, y se arrastró, después de colocar de nuevo la rejilla en su sitio, unos quince metros por él. El tubo terminaba directamente bajo una trampilla que daba al suelo del Cuartel General.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —inquirió Jupiter Jones, cuando Bob empujó la trampilla.

El grueso muchacho se hallaba en el diminuto laboratorio que los tres amigos habían instalado.

Bob no contestó, pero Pete gruñó al trepar al remolque.

—Pensé que no estaría mal limpiarme los dientes y vestirme un poco antes de venir —respondió—. ¿Qué hay de tanta importancia como para levantarnos al amanecer? ¿Y qué hay dentro de este frasco?

Jupiter inclinó el frasco de cerámica que tenía en la mano para que los otros pudieran distinguir unos cristalitos blancos, muy finos.

—Polvos mágicos —explicó Jupe.

Pete se dejó caer en una silla y se recostó adormiladamente contra un archivador.

—No me gusta que te hagas el misterioso —exclamó—, especialmente a estas horas de la mañana.

Jupe cogió un frasco con agua de un estante situado encima del laboratorio y vertió unas gotas en el otro frasco. Después lo agitó todo con una cucharita de plástico.

—Estos cristales son un compuesto metálico —explicó—. Lo leí en un libro de criminología. Se disuelven en agua.

—¿Vas a darnos una conferencia sobre química? —suspiró Bob.

—Tal vez.

Jupe abrió un cajón y sacó un tubo lleno de un ungüento blanco y espeso. Vertió una respetable cantidad en la solución del primer frasco, y lo mezcló todo lenta y completamente.

—Tenía este ungüento para emergencias —continuó con cierto orgullo—. Absorbe el agua… aunque no del todo.

Observó alegremente la pasta cremosa del frasco.

—Sí, ya está —anunció, enroscando el tapón—. Ahora tenemos un ungüento mágico.

—¿Un qué? —preguntó Pete.

—Supongamos que aplicamos una capa de este ungüento sobre algo… digamos, por ejemplo, los tiradores de los cajones del escritorio del señor Prentice. El ungüento quedará transparente. Y supongamos también que alguien se acerca al escritorio y toca los tiradores. Al cabo de media hora, los dedos de esa persona mostrarán puntos negros… ¡puntos negros que no podrá quitar ni lavándose y restregándose con fuerza!

—Ah —exclamó Bob—, de modo que quieres que aceptemos el caso.

—El señor Prentice me llamó anoche, ya tarde —prosiguió Jupe —. Me dijo que no podía dormir. Está seguro de que anoche, en diversas ocasiones, hubo una presencia sombría en su apartamento. Estaba trastornado y asustado.

—¡Caramba, Jupe, ese hombre es un visionario! —comentó Pete —. ¿Cómo podemos ayudarle?

—Sí, tal vez vea visiones tontas —asintió Jupiter—. Sospecho que pasa muchas horas solo, y la gente que vive sola suele imaginarse cosas raras. Por esto vacilé en aceptar el caso. Pero creo también que le haríamos una gran injusticia si no investigásemos un poco. Tiene razón cuando dice que no puede llamar a la policía. Ni siquiera conseguiría que una firma de investigadores privados se interesase por su caso. Si se imagina cosas, no podremos ayudarle en nada. Pero si en el fondo de este asunto hay un ser de carne y hueso, tal vez conseguiremos identificarle. Estoy seguro de que esto sería un gran alivio para el señor Prentice.

Jupiter hizo una pausa para mirar a sus compañeros.

—¿Le llamo para comunicarle que iremos a verle?

Bob sonrió antes de contestar.

—Vamos, Jupe, ya sabías nuestra respuesta antes de llamarnos.

—De acuerdo —sonrió el gordinflón—. El primer autobús de Rocky Beach a Los Ángeles sale a las siete. He dejado una nota a tía Matilda diciéndole que esta mañana no estaré en casa.

Pete le entregó el teléfono.

—Bien, llama al señor Prentice y cogeremos el autobús. No quiero estar por aquí cuando tu tía encuentre la nota. Ya oíste ayer lo que dijo. Tiene muchos proyectos para ti, Jupe… ¡y ninguno de ellos incluye el tiznado de tiradores con el ungüento mágico en el apartamento de un cliente!

CAPÍTULO 4

El perro diabólico

Eran casi las ocho cuando los Tres Investigadores saltaron del autobús de Wilshire y remontaron el Paseo de la Plaza.

El padre McGovern, el párroco de la iglesia de San Judas, estaba delante de la rectoría hurgando en uno de sus bolsillos, cuando ellos pasaron por su lado. Les saludó cordialmente, deseándoles un buen día.

Al entrar en el edificio donde vivía el señor Prentice no hallaron a la antipática señora Bortz, ni encontraron tampoco en su apartamento al anciano. En cambio, vieron la nota que había en la puerta.

> *«Mis tres queridos amigos* —rezaba la nota—, *estoy en el número 329 de Lucan Court. La casa está exactamente detrás de ésta. Cruzad el callejón y llegaréis a la puerta principal. Os aguardo allí».*

Jupe se metió la nota en el bolsillo.

—Es la casa que fue asaltada —explicó.

—Eh, chicos, ¿qué diablos hacéis aquí?

Los tres amigos miraron hacia el patio y vieron a la señora Bortz que salía de su apartamento. Llevaba una bata desaliñada y su cabello rojo aún estaba alborotado.

—¿No está en casa el señor Prentice? —añadió.

—Por lo visto, no —repuso Jupe.

—¿Dónde estará a esta hora? —refunfuñó la mujer.

Los muchachos no contestaron, sino que bajaron, atravesaron el patio y salieron por la puerta posterior del edificio a un pequeño pasaje en el que había una lavandería mecánica y un almacén, y

tras descender unos peldaños se hallaron en una estrecha calleja. Allí vieron cubos de basura y garajes, y la parte posterior de los edificios de la calle siguiente.

Como había dicho el señor Fenton Prentice en su nota, el número 329 de Lucan Court se hallaba exactamente detrás de la casa de apartamentos. Era una residencia de forma cuadrada, de un solo piso. Cuando Pete tocó el timbre, Charles Niedland abrió la puerta. Era el mismo caballero que había hablado con Fenton Prentice la noche anterior. Parecía fatigado.

—Entrad —invitó, retrocediendo y dejando abierta la puerta.

Los Tres Investigadores se hallaron en un lugar que era un hogar en parte, y en parte un estudio.

El techo mostraba una claraboya de grandes dimensiones. No había alfombras en la estancia y muy pocos muebles. Pero no faltaban ni las mesas de dibujo ni un caballete. En todas las paredes había fotografías y bocetos pegados con tachuelas, y por todas partes había montones de libros. También había un televisor en miniatura, un tocadiscos estereofónico muy sofisticado, con varios altavoces, y una enorme colección de discos.

Fenton Prentice estaba sentado en un sofá con la barbilla entre las manos. Parecía cansado, pero tranquilo.

—Buenos días, chicos —saludó—. Tal vez os gustaría resolver otro rompecabezas. Pues bien, yo fui a quien robaron anoche.

—Oh, Fenton —exclamó Charles Niedland inmediatamente—. Estoy seguro de que fue un accidente. No hay duda de que la policía asustó al ladrón antes de que pudiera llevarse algo más, aparte del Sabueso Cárpato.

Niedland se volvió hacia los muchachos.

—El señor Prentice me ha contado que sois muy listos investigando asuntos misteriosos. Aunque yo creo que en este caso no hay nada insólito que investigar. El ladrón entró por la ventana de la cocina. Utilizó un cortavidrios para hacer un agujero en el cristal, y así pudo pasar el brazo y descorrer la falleba. Muy corriente.

—Pero sólo se llevó el Sabueso Cárpato —insistió el viejo Prentice.

—La policía no lo encuentra raro —replicó Charles Niedland—. Dijeron que el televisor no vale un comino, además. Sólo tiene una

pantalla de nueve pulgadas. Y el tocadiscos estéreo tiene el número de la seguridad social de mi hermano en la base y en los altavoces. Por lo cual resulta invendible. Y aquí no hay nada más de valor. Mi hermano llevaba una vida muy sencilla.

—Era un gran artista —alabó el señor Prentice—, y vivía dedicado a su arte.

—¿Qué es un Sabueso Cárpato? —quiso saber Pete.

—Un perro —sonrió Charles Niedland—, un perro que probablemente sólo existe en la mente de algunas personas supersticiosas. Mi hermano era muy romántico y le gustaba tratar temas románticos en sus obras.

Charles Niedland hizo una pausa para aclararse la garganta.

—Dice una leyenda que hace dos siglos un pueblo de los Montes Cárpatos se vio acosado por un perro diabólico. Creo que los habitantes de los Montes Cárpatos son muy supersticiosos.

—Sí —asintió Jupiter—, aquella zona se llama Transilvania. Y se supone que el vampiro Drácula vivía allí.

—En efecto —afirmó Charles Niedland—, pero el perro diabólico no era ningún vampiro ni perro-lobo ni nada de eso. La gente del pueblo creía que era el fantasma de un noble… un caballero que era un cazador ávido y que tenía una manada de perros cazadores salvajes. Decían que aquellos perros tenían sangre de lobo. El noble quería que sus perros cazasen ferozmente, por lo que siempre los mantenía medio muertos de hambre. Pues bien, según la antigua leyenda, uno de los perros se escapó de la perrera una noche y mató a un niño.

—¡Oh, qué horrible! —se horrorizó Bob.

—Sí, una verdadera tragedia… si es que ocurrió. El padre del niño exigió la destrucción de los perros. Pero el noble se negó a ello y se dice que le arrojó unas monedas al aldeano como compensación por el niño muerto. El padre se encolerizó más todavía, naturalmente, y ciego de rabia cogió un pedrusco y lo arrojó contra el noble, matándolo, aunque no instantáneamente. Antes de morir, el malvado noble maldijo al pueblo y a cuantos lo habitaban. Y juró que volvería para embrujar el lugar.

—¿Y se supone que volvió en forma de perro? —se interesó Pete.

—En forma de sabueso, un enorme sabueso —asintió Charles

Niedland—. Un gran sabueso, medio muerto de hambre, que en parte era lobo. Toda la manada salvaje del noble fue destruida, pero en las noches oscuras un animal demacrado recorría las calles, ladrando y aullando, y enseñando las costillas a través de su áspero pellejo. La gente estaba asustada. Algunos le tiraban comida a la bestia, pero ésta no quería o no podía comérsela. De modo que si el perro diabólico era el noble, su maldición se cumplió. Porque el perro tenía embrujado al pueblo. Sin embargo, la justicia triunfó, porque el perro siempre estaba hambriento, como lo habían estado siempre los perros salvajes del noble.

—¿Qué más pasó? —preguntó Bob.

—Nada. Con el tiempo, el pueblo quedó abandonado. Y si el perro sigue rondando por allí, será sólo entre un montón de ruinas solitarias.

—¿Y su hermano pintó un cuadro de ese perro? —quiso saber Jupe.

—Mi hermano no era pintor —explicó Charles Niedland—. Naturalmente, hacía bocetos cuando proyectaba alguna obra, pero en realidad era escultor. Esculpía en vidrio y cristal, y a veces en cristal combinado con metales.

—Oh, el Sabueso Cárpato —agregó Fenton Prentice—, era una obra maravillosa. Edward Niedland la esculpió para mí. La terminó hace un mes, pero no llegó a entregármela. Edward celebró una exposición de sus principales obras en la Galería Maller, y quiso exhibir también el Sabueso. Naturalmente, le di mi permiso. ¡Y ahora… ha desaparecido!…

—Entonces, es la estatua de un perro, hecha de vidrio —concluyó Bob.

—De cristal —le corrigió el señor Prentice—. De cristal y oro.

—El cristal es un tipo especial de vidrio —puntualizó Charles Niedland—, muy particular y delicado. Se hace con sílice que tenga una alta proporción de óxido de plomo, para que sea más pesado y brille más que el vidrio ordinario. Mi hermano trabajaba con vidrio, y cristal, tan calentado que era casi líquido. Luego, moldeaba la masa con diversas herramientas, la recalentaba cuando se enfriaba, volvía a moldearla, la recalentaba, la remodelaba y así sucesivamente hasta que adquiría la forma deseada. Finalmente, la terminaba puliéndola y abrillantándola con un ácido. Cuando la

terminó, el Sabueso Cárpato resultó una escultura magnífica. El perro tenía los ojos bordeados en oro, y en sus fauces también había unas aplicaciones doradas. Según la leyenda, el perro fantasma tenía unas pupilas muy relucientes.

—Tal vez consiga recuperarlo —dijo Bob con tono esperanzador —. Una estatua de esta clase será muy difícil de vender.

—No a una persona que no tenga escrúpulos y conozca el valor de la obra de Edward Niedland —objetó Prentice—. Era tan joven… y tenía tanto talento. Hay personas que de buena gana entrarían en tratos con ladrones con tal de poder conseguir una de esas esculturas.

Jupiter recorrió la estancia con la mirada.

—¿Trabajaba aquí? —preguntó luego—. ¿No necesitaba un horno para fundir el vidrio?

—Mi hermano poseía un taller en el este de Los Ángeles —respondió Charles Niedland—. Y allí ejecutaba sus obras.

—¿No tenía, pues, más esculturas aquí? —inquirió Jupe—. ¿No se guardaba ninguna su hermano? ¿O las tenía en el taller?

—Edward poseía una pequeña colección, tanto de obras suyas como de otros artistas, que conservaba en esta casa, pero cuando falleció, yo mismo las trasladé a un lugar más seguro. Fue pura casualidad que el Sabueso Cárpato estuviese aquí cuando entró el ladrón.

Fenton Prentice lanzó un suspiro.

—Bien —continuó Charles Niedland—, hace unos días clausuraron la exposición de mi hermano. Como él había pedido obras a otros artistas, también me encargué de devolverlas. Ayer por la tarde, a última hora, vine aquí pensando llevarle el Sabueso Cárpato a Fenton, y pasé algún tiempo seleccionando los libros de mi difunto hermano. Llegué mientras Fenton os estaba aguardando a vosotros, muchachos… según me había dicho por la mañana. De modo que dejé aquí el Sabueso y me marché a tomar un bocado. Cuando volví, vi por la ventana que había alguien aquí dentro. Inmediatamente llamé a la policía desde el teléfono de un vecino.

—Realmente, Charles —le acusó el señor Prentice con amargura —, fuiste un poco descuidado.

—Oh, Fenton, no discutamos ahora —repuso Niedland—. Digamos que fue un caso de mala suerte.

—¿Sabía alguien más que pensaba usted entregarle ayer el Sabueso al señor Prentice? —preguntó Jupe.

Ambos hombres negaron con la cabeza.

—¿Estaba asegurado el Sabueso? —interrogó Bob.

—Sí, pero ¿de qué sirve eso, si la estatua no puede ser remplazada por otra igual? —replicó Prentice con tono desolado—. Es… ¡vaya, es como haber perdido la Mona Lisa! No es posible reparar el daño con nada. Ni con dinero.

—Supongo que la policía buscó huellas dactilares y cosas por el estilo, ¿eh? —preguntó Jupe.

—Estuvieron casi media noche espolvoreándolo todo —asintió Niedland—. Por lo visto, no hallaron nada concluyente. Ahora están buscando en su archivo de casos criminales si encuentran un especialista en robos de obras de arte.

—Estoy seguro de que se mostrarán muy competentes —murmuró Jupiter—, y dudo que nosotros podamos hacer algo más.

El señor Prentice asintió, se despidió de Charles Niedland, y se marchó con los tres muchachos, atravesando el callejón, hacia el patio de su casa. La señora Bortz estaba arrancando una hoja amarilla de una planta. El señor Prentice no le hizo caso y subió a su apartamento, seguido por los Tres Investigadores.

Una vez dentro del piso, con la puerta cerrada, Jupiter exhibió su frasco de ungüento mágico y procedió a explicar su plan.

—En los cajones del escritorio hay tiradores de cerámica —le dijo al señor Prentice—, lo cual es muy conveniente para nuestros propósitos. Este producto químico reacciona con los metales y podría corroer el cobre o el bronce, pero no daña a la cerámica. Pues bien, untaremos los tiradores con el ungüento y nos marcharemos. Si durante nuestra ausencia entra alguien aquí y abre un cajón, le quedarán las manos manchadas de negro.

—Ese individuo, por lo visto, puede entrar y salir de aquí, tanto si estoy yo como si no estoy. Además —añadió el dueño del apartamento—, tampoco le importan las paredes y las puertas sólidas. Entonces, ¿por qué ha de detenerle un cajón?

—Señor Prentice, yo creo que vale la pena probar —insistió Jupiter—. Usted nos contó que en cierta ocasión, al volver a casa, descubrió que alguien había registrado los cajones del escritorio.

—Está bien —aprobó el señor Prentice—. Probaré lo que sea.

Untad los tiradores, y luego saldremos los cuatro a comer algo.

—¡Estupendo! —exclamó Pete—. ¡Estoy muerto de hambre!

—Como el perro diabólico —rió Bob.

—No te burles —le espetó Pete, con gravedad—, porque aunque sea una leyenda, estas cosas pueden existir.

—Bah, todo son supersticiones tontas. Los fantasmas no existen —declaró Jupe.

—Pues nosotros ya hemos hallado unos cuantos en nuestras investigaciones —manifestó Bob.

—Pero siempre han resultado tener una explicación real y sencilla —objetó Jupe.

A continuación, procedió a aplicar el ungüento mágico a los tiradores de los cajones del escritorio del señor Prentice, usando una toalla de papel para sacar el ungüento del frasco.

Después, él, junto con Bob y Pete, salieron con el señor Prentice, descendiendo lentamente la escalera, y comentando en voz alta dónde podían ir a comer.

El patio estaba desierto, pero en la puerta encontraron a la señora Bortz, y al joven escuálido llamado Sonny Elmquist. Los dos estaban mirando hacia la iglesia.

Delante del portal de la misma había una ambulancia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pete.

—Se trata del sacristán —explicó Elmquist—. ¡Está herido! El rector lo encontró hace poco en el coro, sin conocimiento.

CAPÍTULO 5

Las manchas acusadoras

Los Tres Investigadores y el señor Prentice corrieron hacia la cercana iglesia. En aquel momento salían del edificio dos jóvenes con batas blancas, llevando entre ambos una camilla. En ella yacía Earl, el sacristán, cubierto con una manta hasta la barbilla.

El padre McGovern salió también, junto con la vocal, señora O'Reilly.

—¡Lo han matado! —gemía la mujer—. ¡Lo han matado! ¡Lo han asesinado! ¡Está muerto!

—Señora O'Reilly, no está muerto, gracias a Dios —el cura estaba palidísimo y al cerrar la puerta de la iglesia le temblaron las manos—. Debía volver aquí con él anoche y ayudarle a cerrar. Oh, no es la primera vez que se cae… ¡pero pensar que ha estado toda la noche en el coro, postrado en tierra… es espantoso!

El padre bajó la escalera.

—La culpa es mía por dejarle obrar a su antojo —añadió—. Cuando cierra, lo primero que hace es apagar todas las luces, y después tiene que ir tanteando en las tinieblas. Cree que de este modo economiza el dinero de la parroquia.

—Pues ha ahorrado muy poco con sus tonterías —gruñó la señora O'Reilly—. Y ahora, ¿quién hará su trabajo mientras esté en el hospital?

—Oh, no se inquiete por esto, señora O'Reilly —replicó el ministro del Señor—. ¿Por qué no se toma una taza de té?



El rector entró en la ambulancia, cerraron las portezuelas y el vehículo se apartó de la acera.

—¡Una taza de té! —exclamó la señora O’Reilly—. ¡Una taza de té, ha dicho! ¿Pero qué le pasa? El pobre sacristán tiene un enorme agujero en la cabeza, tal vez lo haya asesinado ese espíritu errante y demoníaco, y él habla de tazas de té…

Pasó junto al señor Prentice y los tres amigos, gruñendo en voz baja, en dirección a la casa parroquial.

—¿Asesinado por un espíritu errante? —repitió Bob, muy intrigado.

—Sí, esa mujer siempre piensa que hay un fantasma en el distrito —explicó Fenton Prentice—. Afirma haberlo visto: el fantasma de un pecador. Murió hace tres años. Y esa mujer asegura que se le ha aparecido en la iglesia y en la calle.

Los tres muchachos y el señor Prentice emprendieron la marcha hacia el bulevar Wilshire.

—Ah, señor Prentice, ¿ese espíritu errante podría ser la misma sombra que usted ve en su apartamento? —preguntó Bob.

—¡Ciertamente no! —objetó el anciano—. Yo reconocería al fantasma de ese pecador… si es que existe. En realidad, que yo sepa, sólo lo ha visto la señora O’Reilly. Insiste en que camina de noche por la iglesia, llevando un cirio. Aunque no sé por qué tiene que andar de este modo. En vida sólo fue un borrachín, jugábamos a menudo al ajedrez. Y no le gustaba andar de noche. En realidad, a las diez ya estaba siempre en cama.

El señor Prentice y sus jóvenes amigos torcieron hacia el bulevar Wilshire, y anduvieron unas cuantas manzanas hasta llegar a un club. Dentro, los apliques de bronce relucían con el lustre de los años de pulimento; los manteles estaban debidamente almidonados y el clavel que había en el jarrito colocado en el centro de la mesa era inequívocamente auténtico. Era ya tarde para desayunarse y pronto para almorzar. Excepto un camarero que se hallaba junto a la puerta de la cocina, el comedor estaba completamente desierto.

—Señor Prentice —observó Jupe cuando les hubo servido el camarero—, la casa en que usted vive es bastante grande, y en cambio hemos visto muy pocas personas. Por ejemplo, la señora

Bortz…

El señor Prentice dejó ver una mueca.

—La señora Bortz —repitió Jupiter—. Y Sonny Elmquist. Por lo visto, está en casa a horas muy extrañas.

—Oh, trabaja de medianoche hasta la mañana en el mercado de Vermont —aclaró el señor Prentice—. Es un joven muy raro. Un hombre que se llame Sonny tiene que ser patético a la fuerza. Creo que su verdadero nombre es Cedric. Ocupa el apartamento más pequeño del edificio. No creo que gane mucho dinero. También hay una joven llamada Chalmers… Gwen Chalmers, que vive en el apartamento contiguo al de Sonny. Aún no la habéis visto. Trabaja como dependienta en una tienda del centro. El señor Murphy es corredor de bolsa.

—¿Es el señor que subía anoche cuando se marchó la policía? —inquirió Bob.

—Sí. Vive en el apartamento de la esquina, al fondo del edificio. Podréis verle más tarde. Se marcha a su oficina muy temprano, porque el mercado de valores se abre muy pronto en Nueva York, y llevamos una diferencia de tres horas con aquella ciudad. Suele estar en su casa todas las tardes, desde poco después de mediodía. Su sobrino, Harley Johnson, estudiante universitario, está con él por el momento. Creo que Murphy es el tutor de Harley. Luego, tenemos a Alex Hassell, el hombre de los gatos.

—¿El hombre de los gatos? —repitió Pete boquiabierto.

Fenton Prentice sonrió.

—Bueno, siempre pienso en él de esta manera. Sí, da de comer a los gatos. Todas las tardes, hacia las cinco, todos los gatos del barrio se reúnen en su puerta y él les da de comer. También tiene un gato siamés en su apartamento.

—¿Y qué hace cuando no da de comer a los gatos? —se interesó Pete.

—Oh, el señor Hassell no trabaja —declaró Prentice—. Posee algún dinero, y va y viene como le place. Creo que recorre la ciudad buscando gatos a los que alimentar. Y si encuentra alguno enfermo o lastimado, lo lleva al veterinario.

—¿Quién más vive en el edificio? —indagó Jupiter Jones.

—Varias personas ordinarias, en el sentido de corrientes, claro —repuso Fenton Prentice—. En conjunto hay veinte apartamentos.

Casi todos los inquilinos son solteros, y la mayoría trabaja. Asimismo, casi todos se marchan los días de fiesta a visitar a parientes o amigos. Por el momento, sólo hay seis personas en la residencia. Bueno, siete si contamos a Harley, el sobrino del señor Murphy.

—Lo cual estrecha la lista de sospechosos —reflexionó Jupe.

Prentice entrecerró los párpados, mirando suspicazmente al muchacho.

—¿Crees, Jupiter, que alguien de esta casa se dedica a espiarme?

—No estaré completamente seguro hasta haber reunido más pruebas —contestó Jupiter—. Pero probablemente el culpable es alguien que sabe cuando usted no está en casa. Y si nos ha visto salir esta mañana, es fácil que haya aprovechado la oportunidad para visitar de nuevo su apartamento.

El señor Prentice se encogió de hombros.

—Quizá tengas razón, Jupiter —admitió—. Si alguien deseaba registrar mi escritorio, esta mañana ha tenido mucho tiempo para hacerlo.

Prentice llamó al camarero para que le trajese la cuenta, y la firmó. Los Tres Investigadores le siguieron fuera del club, y a lo largo del bulevar Wilshire, hasta el Paseo de la Plaza.

La calle estaba desierta. Pasaron por delante de la iglesia. Así llegaron a la casa de apartamentos y subieron hasta el piso del señor Prentice. En el apartamento contiguo a la puerta de entrada al edificio, donde vivía la señora Bortz, oyeron correr el agua del grifo y tintineo de platos en un fregadero.

—Gracias a Dios que esa mujer tiene que comer de cuando en cuando —suspiró el señor Prentice—; de lo contrario, ninguno de los habitantes de esta casa gozaríamos de un momento de intimidad.

Pete se echó a reír al oír esto.

—Sí, por lo visto siempre está husmeando por todas partes.

—Es una metomentodo de nacimiento y una charlatana incorregible —comentó el señor Prentice—. Y siempre formula las preguntas más impertinentes. Es capaz, lo sé muy bien, de hurgar en los cubos de basura. Sí, la he sorprendido más de una vez haciéndolo. Y aunque no la hubiera visto, estaría seguro de que lo hace. De lo contrario, ¿cómo sabría que la señorita Chalmers come

cenas frías, o que los gatos descarriados del señor Hassell consumen más de cuarenta latas de conserva gatuna a la semana?

Los Tres Investigadores siguieron al señor Prentice hasta su apartamento, y el anciano abrió la puerta.

—Eh —les advirtió Jupe—, no toquéis nada.

Sacó del bolsillo una lupa y entró en el despachito, donde estudió los tiradores de los cajones del escritorio, previamente untados.

—¡Ajá! —exclamó.

Fenton Prentice estaba en la puerta.

—¡Alguien ha abierto este escritorio esta mañana! —aseguró Jupe—. Alguien que poseía unas manos humanas, sólidas. El ungüento se ha corrido.

Bob fue a la cocinita y cogió una servilleta de papel, y Jupe procedió a limpiar los tiradores.

—¿Podemos abrir los cajones? —le preguntó después al señor Prentice.

—Claro.

Jupiter abrió el primer cajón.

—¿Falta algo? —preguntó.

—Nunca falta nada —observó el señor Prentice—, pero alguien ha examinado la factura del teléfono. Esta mañana estaba al fondo del cajón.

—Sí, la persona que la examinó ha manchado el sobre. Debía tener una buena dosis de ungüento en sus manos —sonrió Jupe muy satisfecho.

Acto seguido, atravesó el saloncito hasta la puerta de entrada al apartamento. Allí se agachó y examinó el pestillo.

—No lo empapé con ungüento —les explicó a sus amigos—, y sin embargo, ahora está manchado.

—De modo que ya sabemos por dónde se marchó el hombre invisible —observó Bob. Luego añadió—: Abrió la puerta y se largó.

—Y cerró a sus espaldas —agregó Jupe.

Abrió la puerta y examinó con atención la cerradura desde fuera.

—Sí, no cabe la menor duda —exclamó—. Alguien tiene una llave de este apartamento.

—¡Imposible! —gritó Fenton Prentice—. Se trata de una

cerradura especial que hice instalar. ¡Nadie puede tener otra llave!

—Pues alguien la tiene —insistió Jupe.

Volvieron a cerrar la puerta, y los tres amigos y el señor Prentice reanudaron el registro del apartamento. Había más manchas en el borde del espejo del cuarto de baño.

—El desconocido individuo miró dentro del botiquín —le dijo Jupe al señor Prentice.

El anciano dejó oír un sonido de disgusto.

—Bueno, al menos progresamos algo —murmuró Jupe.

—¿Progresamos? —repitió sorprendido el señor Prentice.

—Naturalmente —Jupe parecía muy confiado—. Sabemos que la sombra que le acosa a usted no puede abrir un cajón sin marcharse los dedos. Asimismo, sabemos que salió de aquí esta mañana de una manera corriente, abriendo la puerta. Bien, bajaremos al patio, nos instalaremos allí para vigilar y así sabremos de quién se trata.

—¿Y si no es ninguno de los inquilinos de este edificio? —preguntó Fenton Prentice.

—Estoy seguro de que se trata de alguien que vive aquí —replicó Jupiter—. Alguien que nos vio salir esta mañana.

Los tres muchachos se marcharon y bajaron al patio. Después, se sentaron en las tumbonas que había al lado de la piscina, para esperar.

—¡Valiente piscina! —comentó Pete poco después.

Bob se agachó en el reborde y contempló el agua clara. Las losetas azules y doradas estaban colocadas en el fondo, de acuerdo con un dibujo irregular.

—Sí, es muy rara. Me recuerda —observó— la piscina cubierta del castillo Hearst, de San Simeón.

Metió una mano en el agua y añadió que estaba caliente.

Fuera resonaron unas pisadas y se abrió la puerta de la calle. Un gato negro se escurrió al patio, seguido por un hombre de cabello revuelto, con un suéter blanco y una chaqueta color camello. Miró a los chicos sin interés al atravesar el patio en dirección a una puerta del fondo. El gato le corrió detrás, pero se quedó fuera cuando el hombre entró en su apartamento. Al cabo de unos instantes, el individuo volvió a salir con un plato lleno de comida, que dejó sobre el piso. Permaneció allí, acurrucado, mientras el gato devoraba su pitanza.

—Es Hassell —susurró Bob—. Cuando llegamos anoche, él salía.

—Debe haber encontrado otro gato vagabundo —decidió Pete—. Un gato que no sabe que la hora de la comida es a las cinco.

El animalito apuró la comida y se alejó. Hassell entró el plato vacío a su apartamento.

Se oyeron más pisadas fuera y volvió a abrirse la puerta de la calle. Entró el hombre llamado Murphy, muy robusto y peripuesto. Entre los labios tenía un cigarrillo encendido. Saludó a los muchachos sonriendo, y se dirigió a su apartamento, que era el contiguo al de Hassell. Un joven que aparentaba unos dieciocho años se presentó en el umbral, parpadeando.

—Tío John, ¿no puedes pasar diez segundos sin un cigarrillo? —preguntó el joven.

—Harley, no me fastidies. El día ha sido muy ajetreado. ¿Dónde está el cenicero?

—Lo lavé y lo llevé al lado de la piscina. Todo el apartamento huele a tabaco.

Murphy se volvió y retrocedió hacia una mesa próxima al sitio donde estaban los Tres Investigadores. Se dejó caer en una silla, hizo caer la ceniza de su cigarrillo en un cenicero, y continuó fumando ansiosamente.

—Espero que vosotros, chicos, no lleguéis nunca a fumar tanto como mi tío —se quejó el joven.

—Oh, mis padres no fuman —proclamó Pete.

—Y yo no debiera fumar, lo sé —gruñó Murphy—. Pero al menos tengo cuidado. Nunca quemo nada ni agujereo nada. En mi oficina tengo otro cenicero como éste. Y aunque me olvide de un cigarrillo y lo deje arder, como está en el cenicero, no causa ningún mal.

Aplastó cuidadosamente la colilla, se levantó y se llevó el cenicero a su apartamento.

Cuando Murphy hubo desaparecido, Pete miró a través de la piscina al apartamento ocupado por Sonny Elmquist.

—¿Estará Sonny en su casa? —preguntó casi para sí mismo—. Tiene las persianas corridas. ¿Y si llamáramos al timbre y…?

—¡Aguarda! —susurró Jupe, sentándose muy erguido.

La señora Bortz acababa de salir al patio. Se restregaba las manos en un pedazo de tela.

—Aquí no permitimos que los críos estén en la piscina sin estar vigilados por una persona mayor —refunfuñó.

Jupiter no se molestó en contestar. Se limitó a levantarse. Luego se dirigió hacia la mujer.

—Señora Bortz —la interpeló—, ¿podría enseñarme las manos?

—¿Las manos? ¿Qué manos?

—Las suyas.

—¿Enseñarte mis manos, mocoso? ¿Quieres hacerme la manicura?

—¡Sus manos, señora Bortz! —gritó Jupe, con tono de mando.

Se abrió una puerta en la balconada y se asomó el señor Prentice.

—¿Qué sucede? —inquirió el anciano.

Jupiter acababa de examinar las manos de la señora Bortz.

—¡Hay manchas negras en sus dedos! —la acusó Jupiter. Fenton Prentice empezó a bajar por la escalera hacia el patio.

—Pues… pues… sí —tartamudeó la señora Bortz, perdiendo parte de su orgullo—. Debí mancharmelos en la cocina. La tengo un poco sucia y…

—Usted ha estado en el apartamento del señor Prentice —continuó acusándola Jupiter, inexorablemente—. Y abrió el escritorio y revisó su correspondencia, y hasta abrió el botiquín del cuarto de baño.

—Juro que…

—Señora Bortz —la interrumpió Jupiter—, por favor, no jure en falso.

—¡Oh, señora Bortz! —se asombró el señor Prentice.

—Yo… yo… —Acertó a balbucir la mujer, retorciendo con las manos el borde de su bata.

—Sí, señora Bortz —continuó Jupe, implacable—. ¡Usted es la espía!

CAPÍTULO 6

El misterio del mandala

Por una vez en su vida a la señora Bortz se le atragantaron las palabras. Quedóse mirando a Jupiter, con las mejillas terriblemente enrojecidas.

—No le servirá de nada retorcerse las manos —observó el Primer Investigador—. Las manchas no se marcharán.

El señor Prentice estaba detrás de los tres muchachos.

El sonido de su voz pareció devolverle el aplomo a la portera. Volvióse hacia Fenton Prentice.

—¿Sabe lo que acaban de llamarme esos horribles muchachos? —gritó.

—Sí, y con razón —asintió Prentice—. Sin embargo, no hay necesidad de que todos los vecinos se enteren de este desdichado asunto —dio un paso hacia la portera—. Podemos discutir todo esto en privado.

—Yo… oh, tengo mucho trabajo —tartamudeó la mujer—. Sí, mucho trabajo, y…

—Naturalmente, señora Bortz —sonrió el señor Prentice con sarcasmo—. ¿Qué tiene proyectado ahora? ¿Una inspección de los cubos de basura del callejón? ¿O invadir otro apartamento? Vamos, señora Bortz. Vamos adentro y charlaremos más tranquilamente. ¿O prefiere que llame a mi abogado?

La señora Bortz soltó un respingo, pero entró en su apartamento.

El señor Prentice les dirigió una sonrisa a los Tres Investigadores.

—Deseo cuidar yo mismo de este asunto —dijo—, pero os agradeceré que aguardéis aquí fuera.

Siguió a la señora Bortz y cerró la puerta del apartamento.

Jupe, Pete y Bob se quedaron en el patio, sin hablar durante unos momentos. Oían la voz colérica de la señora Bortz, aunque sin

entender lo que decía. La mujer callaba a veces, y los tres amigos se imaginaban al señor Prentice, hablando en voz baja y aplomada, amenazándola posiblemente.

—Es un caballero estupendo —comentó Pete—, pero estoy seguro de que es capaz de mostrarse duro con el que quiera hacerle una mala faena.

Se abrió una puerta al fondo del patio, y salió Sonny Elmquist, parpadeando a la luz del sol. Llevaba unos pantalones tejanos, bastante estropeados, una camisa a la que faltaban varios botones, y no calzaba zapatos. Bostezó.

—Buenos días —le saludó Jupiter.

Elmquist volvió a parpadear y se restregó los ojos. Los chicos comprendieron que no se había lavado la cara ni se había peinado.

—Hum… —gruñó.

Estuvo a punto de tropezar al salir al patio. Parecía no saber si sentarse cerca de los tres amigos o quedarse simplemente de pie, contemplando la piscina.

Por fin, no hizo ninguna de ambas cosas. Tomó asiento en el suelo, cruzó las piernas y remetió los pies debajo de sus muslos.

Jupiter reconoció la postura: era la posición del loto, usada por los practicantes de yoga.

—Buenos días —dijo Jupiter cortésmente.

El joven volvió hacia el muchacho su pálido rostro y le miró fijamente unos segundos. Sus ojos carecían de un colorido especial. Tenía los glóbulos blancos inyectados en sangre, como si no hubiese dormido bastante.

—¿Todavía estamos en la mañana? —preguntó atontadamente.

Jupiter consultó su reloj.

—En realidad, no. Ya es más de la una.

Sonny Elmquist volvió a bostezar.

—El señor Prentice nos dijo que usted trabaja por las noches en el mercado de Vermont —observó Jupe.

Sonny se puso alerta. Luego sonrió.

—A partir de medianoche hasta la mañana —explicó—. A veces resulta un turno un poco pesado, pero se cobra más por esas horas. Y cuando hay poco trabajo, puedo estudiar.

—¿Va a la universidad? —inquirió Jupiter.

Sonny agitó una mano, como si las universidades sólo hicieran

perder el tiempo.

—Terminé con eso hace tiempo —les confió a los muchachos—. Mi padre quería que continuase, que fuese dentista como él. Oh, para mí era imposible. Estar todo el día de pie, hurgando en las muelas de los demás, con un peso muerto en la espalda. ¿Y para qué? En realidad, todo es sólo una ilusión.

—¿Una ilusión? —repitió Pete.

—Sí, todo es una ilusión. Todo el mundo. Sólo somos una manada inmensa de durmientes que están sufriendo una pesadilla. ¡Pero yo voy a despertar!

—¿Qué estudia? —se interesó Jupe.

—Meditación trascendental —fue la sorprendente respuesta—. Es la forma de conseguir la Conciencia Final.

Descruzó las piernas y se levantó, muy complacido de tener un auditorio interesado.

—Estoy ahorrando el dinero —continuó—. Quiero irme a la India y buscar un gurú. Los mejores maestros están allí. Por esto trabajo de noche, para ganar más dinero. Pronto tendré el dinero suficiente para ir a la India, donde estaré tres o cuatro años, o el tiempo que sea necesario. Necesario para aprenderlo todo. Oh, no, no quiero aprender nada relativo a la ciencia y las artes, porque todo eso es inútil. Quiero aprender el modo de no querer nada. Eso es lo único que importa, ¿verdad?

—Bueno, sí —asintió Bob con vacilación—, supongo que si uno no quiere nada… Bien, cuando se tiene todo lo que uno necesita, claro.

—No, no, no me has entendido, chico —replicó vivamente Sonny.

—¡Tampoco yo estoy seguro de haber entendido! —exclamó Pete.

—Es muy sencillo. El deseo, el querer algo, es el principio de todos nuestros problemas. Como el viejo Prentice, por ejemplo, que sólo se preocupa por sus colecciones. En su nueva vida tal vez no sea más que… ¡una rata!

—Hombre… —exclamó de nuevo Pete—. Es un hombre muy simpático.

—No quiero decir que robe ni perjudique a nadie para aumentar su colección, pero sí que se preocupa demasiado por todo lo que

tiene y siempre desea tener más. No comprende que corre en pos de algo que no es real. ¿Sabéis que tiene un mandala y ni siquiera sabe cómo utilizarlo? Lo tiene colgado de una pared como si fuese otro cuadro.

—¿Qué es un mandala? —quiso saber Pete.

Elmquist penetró rápidamente en su apartamento y volvió a salir con un libro.

—Me gustaría poseer uno —murmuró ansiosamente—. Es una especie de diagrama del cosmos. Si se medita en ello, todas las cosas ilusorias de la vida se esfuman, y uno se funde con el universo.

Abrió el libro y mostró un dibujo de colores, compuesto por varios triángulos superpuestos, rodeados por un círculo. Éste, a su vez, estaba encerrado dentro de un cuadrado.

—No recuerdo haber visto un dibujo como éste en el apartamento del señor Prentice —observó Jupiter.

—El suyo es más complicado —explicó Sonny—. El suyo es del Tíbet, y muestra varias de las deidades que adoraban allí.

El joven cerró el libro.

—Algún día poseeré un mandala —suspiró—. Un gurú me lo dibujará. Ahora sólo uso la televisión.

—¿Cómo? —se sorprendió Bob.

—La televisión —repitió Sonny—. Me ayuda a despegarme. Llego a casa después de pasar la noche entera vigilando a la gente que sale del mercado y comprobando mi registro de boletos, y acabo realmente rendido. Entonces pongo en marcha la televisión, pero sin el sonido. Miro entonces fijamente al centro de la pantalla, o a una esquina de la misma. Ni siquiera trato de mirar el programa… sólo observo los dibujos del color. Y pronto me hallo muy lejos del mercado, y de todo. Ni siquiera estoy en este mundo.

—Ya, se duerme usted —le acusó Bob.

Sonny pareció ligeramente avergonzado.

—Éste es el mal de la meditación —confesó—. A veces, gozo de tanta paz que me duermo y sueño, pero…

Calló de repente. El señor Prentice había salido del apartamento de la señora Bortz, y estaba al pie de la escalera, mirando a los Tres Investigadores.

—Lo siento —exclamó Jupiter—. Tenemos que irnos.

—Bien, dejaos caer algún día por mi casa —invitó Sonny,

ávidamente—. Si no estoy meditando, me encantará hablaros del mandala y del… del viaje que realizaré muy pronto.

Los tres amigos le dieron las gracias y corrieron a reunirse con el señor Prentice.

Cuando estuvieron en su apartamento, el anciano sentóse en un sillón.

—La señora Bortz tenía una llave de este apartamento, ¿verdad? —afirmó más que preguntó Jupiter.

—Sí —admitió el señor Prentice—. Teníais razón al decir desde el principio que había una segunda llave. ¡Esa terrible mujer…! En mi contrato hay una cláusula especial donde se estipula que en mi apartamento no ha de entrar nunca la portera. Ahora podría reclamar a la Compañía Martin, que es la que administra este edificio.

—¿Cómo consiguió la llave? —quiso saber Bob.

—Muy fácilmente. Cuando estuve en Europa hace dos meses, fue en busca de un cerrajero que a menudo trabaja para ella. Jamás le hace preguntas. Y la mujer le dijo que había perdido la llave de mi apartamento, y que tenía que entrar para verificar un escape de una cañería. El cerrajero se llevó la cerradura para hacer otra llave, y luego volvió a colocarla en la puerta.

—Una mujer muy curiosa —comentó Jupe.

—Curiosa hasta la monomanía —asintió Fenton Prentice—. Bien, esto soluciona el misterio de quién estaba husmeando en mi escritorio y examinando mis papeles. Naturalmente, me quedé con su llave. Os estoy muy agradecido, jovencitos.

El señor Prentice sonrió tímidamente a los dos muchachos y añadió:

—Me alivia mucho saber que era la señora Bortz la que entraba en mi apartamento. Quiero decir, saber que se trataba de un ser humano. Supongo que la presencia sombría era un producto de mi imaginación. ¡Oh, sí, era excesivamente ridículo! Pero estaba tan trastornado por la idea de que alguien invadía mi hogar que… En fin, estaba fuera de mí. Y las historias sobre fantasmas de la señora O'Reilly influyeron sobre mis nervios.

Sacudió la cabeza, como asombrado de su necedad.

Jupiter se estaba pellizcando el labio inferior, señal de que

meditaba profundamente, contemplando fijamente al anciano. Por fin, sonrió.

—Bien, todo está resuelto. Nos alegramos de haberle prestado este pequeño servicio —se levantó—. A propósito, señor Prentice, ¿posee usted un mandala?

—Oh, sí, ¿cómo lo sabes? ¿Os gustaría verlo?

Jupe asintió y el viejo les condujo a su despacho y señaló hacia un dibujo enmarcado, colgado de una de las paredes. Era un dibujo intrincado, vivamente coloreado. Un círculo adornado con trazos representando papiros, encerrado en un cuadrado. En las cuatro esquinas de dicho cuadrado aparecían deidades o demonios orientales. El centro estaba formado por triángulos superpuestos, encerrando círculos más pequeños en los que habían dibujado seres diminutos.

—Esto pertenecía a un joven artista —explicó Prentice— al que conocí viajando por el Tíbet. Lo hizo especialmente para mí. Oh, hace ya mucho tiempo. El artista hace años que murió, y yo adquirí el mandala de entre sus bienes. Siempre lo he admirado como un gran dibujo, aunque no sé mucho de las religiones orientales.

—Señor Prentice, ¿ha estado alguna vez Sonny Elmquist en este apartamento? —quiso saber Jupiter.

—Pues no —negó el señor Prentice—. Excepto esa endiablada portera, nadie de este edificio ha entrado nunca aquí. Ah, bien sabéis que aprecio mucho mi colección. Y menos que a nadie le abriría la puerta al joven Sonny. Tiene una serie de ideas raras y mal digeridas, y no me parece especialmente cuerdo.

—Sí, así es —concedió Jupe—. ¿Ha enviado alguna vez el mandala para una reparación? Por ejemplo, ¿lo hizo enmarcar recientemente?

Prentice sacudió la cabeza enfáticamente.

—Lleva colgada en esta pared más de diez años. Sólo lo descolgué cuando pintaron el apartamento. ¿Por qué?

—¿Cómo sabe Sonny Elmquist que usted posee este mandala?

—¿Lo sabe?

—Lo sabe. Incluso sabe que se trata de un mandala tibetano. Tiene un libro con un diagrama parecido, aunque mucho más sencillo.

Prentice se encogió de hombros.

—Sólo se me ocurre pensar que esos molestos periodistas pueden haber mencionado que poseo el mandala. Mis amigos del ambiente artístico lo saben, como es natural.

Jupiter asintió con el gesto y se encaminó a la puerta.

—Bien, Jupiter —exclamó gozosamente el señor Prentice—, no empieces a buscar por aquí otro misterio. ¡Con uno ya tuve bastante!

—Tiene razón, señor Prentice —accedió Jupe—. Y me alegro de haber solucionado éste. Si en el futuro se le presenta algún problema no vacile en llamarnos.

—Seguro, muchachos, seguro.

El señor Prentice estrechó todas las manos y despidió a los Tres Investigadores.

Éstos descendieron por la escalera atropelladamente y salieron a la calle.

—Bueno, se acabó —concluyó Pete, camino de la parada del autobús—. ¡Es el caso que hemos solucionado más rápidamente! Y ahora, ¿qué haremos el resto de las vacaciones de Navidad?

—No acercarnos mucho por el Patio Salvaje de los Jones —replicó Bob al momento—. ¡Tía Matilda no habrá abandonado sus proyectos de trabajo! ¡Que te aprovechen, Jupe!

—Hum… —gruñó el aludido.

Su mente estaba en otra parte, y apenas pronunció dos palabras durante el trayecto a Rocky Beach.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Bob varias veces.

Pero no obtuvo por respuesta más que algún ocasional gruñido.

Cuando los tres amigos se separaron delante de la chatarrería, Jupiter pidió de pronto:

—No os alejéis mucho del teléfono, muchachos. Es posible que los Tres Investigadores tengan más trabajo muy pronto. ¡Creo que volveremos a tener noticias del señor Prentice!

Jupiter sonrió misteriosamente y agitó una mano en despedida.

CAPÍTULO 7

La luz de la iglesia

Tía Matilda empezó a refunfuñar tan pronto como vio que Jupiter entraba en el Patio Salvaje.

—¡Te fuiste esta mañana sin despedirte siquiera! Escribir una nota y dejarla clavada en tu almohada no es lo mismo que decir dónde vas. Bien, Jupiter, tengo unos proyectos para ti…

—Después de Navidad siempre hay calma en el «Patio»; no podré trabajar hoy en todo el resto del día.

—Trabajarás, no lo dudes —gruñó tía Matilda—. Tu tío acaba de traer una buena carga de utensilios pequeños. Selecciónalos y mira cuáles funcionan y cuáles hay que reparar. Supongo que acabarás comprando tú mismo más de la mitad.

Jupiter sonrió. Siempre buscaba material que pudiera transformarse en equipo detectivesco. El Cuartel General estaba atestado de aparatos que él había reparado o reconstruido en parte: teléfonos portátiles, un altavoz para el teléfono de mesa, un magnetófono, un periscopio… Casi todo el dinero que Jupiter ganaba trabajando en el Patio Salvaje lo gastaba en esas cosas.

Durante el resto de la tarde, Jupiter estuvo seleccionando las últimas adquisiciones de su tío, dejando aparte varias herramientas y utensilios que podían servirle. A las seis, cruzó la calle hasta la casa de sus tíos para cenar. Una hora más tarde sonó el teléfono.

Fue tía Matilda quien contestó a la llamada.

Los ojos de Jupiter relucían cuando cogió el aparato.

—Jupiter, ¿eres tú? —preguntó una voz temblorosa—. Aquí Fenton Prentice. Jupiter, no querrás creerlo, pero… ¡pero mi apartamento sigue estando embrujado!

—Sí, claro —asintió Jupiter tranquilamente.

—Después de haber atrapado a la señora Bortz, estaba seguro de que la presencia sombría era sólo producto de mi imaginación —

prosiguió el viejo Prentice—. ¡Pero no era así! ¡Acabo de verla otra vez en mi despacho! ¡O me estoy volviendo loco o estoy embrujado!

—¿Quiere que vayamos a verle a usted esta misma tarde?

—Sí, por favor. Lo consideraré como un señalado favor. Y más aún, si tú y tus amigos os quedáis esta noche conmigo. Usualmente, no me gusta tener compañía, pero… bueno, no puedo estar solo ni un minuto más. A cada momento estoy temiendo que la sombra vuelva a aparecer y… ¡no, no puedo soportarlo!

—Bien, señor Prentice, llegaremos lo antes posible —prometió Jupiter.

—¡Oh, Jupiter! —se quejó tía Matilda, tan pronto como el chico colgó el teléfono—, ¿siempre has de estar corriendo de aquí para allá?

Pero cuando Jupe explicó brevemente la situación en que se encontraba el anciano señor Prentice, su asustado cliente, la señora Jones se mostró entonces más amable y simpática.

—¡Pobre señor! —exclamó—. Ya es bastante triste ser viejo para que además tenga que estar solo. Quedaos vosotros con él el tiempo que sea necesario. Tu tío puede llevaros a la ciudad.

Jupe llamó a Pete y Bob, y poco después los tres amigos se hallaban instalados en la parte trasera de la pequeña camioneta de tío Titus, viajando hacia Los Ángeles.

—Está bien, Jupe, acertaste otra vez —se admiró Pete, colocándose en una postura más cómoda—. ¿Cómo sabías que volveríamos a tener noticias del señor Prentice?

—Porque estaba seguro de que la presencia sombría de su apartamento no era fruto de su imaginación. Yo también la vi.

—¿Cómo? —exclamó Bob—. ¿Cuándo?

—Ayer, en el despacho del apartamento. Sí, vi a alguien allí. Al principio pensé que eras tú, Pete, pero luego resultó que estabas en el salón.

—Lo recuerdo —asintió Pete—. Pero luego decidiste que sólo era una sombra.

—En aquel momento parecía la conclusión más lógica. Pero más tarde ya no estuve tan seguro. Y tan pronto como vi a Sonny Elmquist…

—¡Saltaste a la conclusión! —le interrumpió Bob—. Sonny salió de su apartamento después de llegar la policía y tú fuiste atando

cabos.

—Exacto. ¿Os habéis dado cuenta de que se te parece a ti, Pete? —inquirió Jupe.

—¡Eh, oye! —protestó Pete—. ¡Yo no me parezco a ese tipo en absoluto! Al menos tiene veinte años, está muy flaco y…

—Es casi tan alto como tú —le atajó Jupe—. Tiene cabello negro, como tú, y anoche llevaba un suéter negro, mientras que tú te habías puesto tu chaqueta negra. En el despacho del señor Prentice había muy poca luz. Y por esto me pareció verte. ¿No es posible que en cambio viese a Sonny Elmquist?

Bob y Pete no contestaron, reflexionando sobre tal posibilidad.

—Pero ¿cómo podría entrar? —preguntó al fin Bob—. La puerta estaba cerrada.

—No lo sé —admitió Jupiter—. Ni siquiera estoy seguro de haber visto a Sonny. Pero alguien, aparte de la señora Bortz, ha encontrado el medio de entrar en ese apartamento. Y ahora nos vemos obligados a encontrar una explicación a este extraño hecho.

Al cabo de una hora de la llamada telefónica, los Tres Investigadores llamaron a la puerta del apartamento del señor Prentice.

—¡Gracias a Dios que habéis llegado! —exclamó el anciano—. ¡Tengo los nervios destrozados!

—Es muy comprensible —asintió Jupiter—. ¿Podemos echar un vistazo?

—Naturalmente —asintió Prentice.

Jupe se dirigió acto seguido al despacho. La lámpara del escritorio arrojaba un suave resplandor hacia un rincón de la habitación, iluminando los libros bellamente encuadernados de una estantería, unas cuantas porcelanas chinas, y el mandala encima del escritorio. Jupe contempló atentamente el intrincado dibujo, frunciendo el ceño y pellizcándose el labio inferior.

De nuevo, como en la tarde anterior, tuvo la sensación de que alguien le estaba contemplando en silencio.

De pronto, Jupe dio media vuelta.

Había en la estancia una sensación de oscuridad más oscura que parecía latir, pero que de pronto desapareció, en el rincón más extremo.

Jupiter saltó hacia dicho sitio. Sus manos tantearon las

paredes… estaban hechas de ladrillos y yeso auténticos. Encendió la luz del techo y miró frenéticamente a su alrededor. No había nadie más allí dentro.

Fue hacia la puerta del apartamento, asustando a los demás con la rapidez de sus pasos, y salió al balcón.

Abajo, en el patio, la piscina era un remolino azul y dorado, y los focos enviaban rayos ambarinos contra los muros del edificio.

Jupe distinguió las ventanas del apartamento de Sonny Elmquist. Tenían las persianas descorridas. Un resplandor que se movía indicaba que el televisor del saloncito de Sonny estaba funcionando. Jupe divisó incluso a Sonny sentado inmóvil en el suelo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia su pecho, como si asintiera mudamente de vez en cuando.

—¿Qué pasa? —susurró Bob detrás suyo.

—He vuelto a verlo —murmuró Jupe.

En realidad, estaba temblando, pero se dijo a sí mismo que ello sólo se debía a la frescura de la noche.

—¿Dónde lo has visto? —quiso saber Pete.

—En el despacho. Estaba en el despacho contemplando el mandala, y sé que allí había alguien más. Habría jurado que era Sonny Elmquist. Pero no es posible. Mirad, está en su apartamento. Aunque hubiese un pasadizo secreto, alguna forma de entrar en el apartamento del señor Prentice, no habría tenido tiempo de regresar a su piso. Imposible.

—Lo viste, ¿verdad? —insistió el señor Prentice—. Tú lo has visto, lo cual significa que yo no estoy loco.

Todos entraron de nuevo en el apartamento del señor Prentice y cerraron la puerta.

—No, señor Prentice, no está usted volviéndose loco —replicó Jupiter—. Yo también le vi ayer, pero no daba crédito a mis ojos. ¿Reconoció también usted a Sonny Elmquist?

—No estoy seguro. La… la forma desaparece siempre tan rápidamente… No es posible formular una acusación concreta al azar. Pero sí, pensé que era Elmquist.

—Y no obstante ¿cómo puede ser él? —meditó Jupe—. Las dos veces que he visto la sombra, Sonny estaba en su apartamento, dormido al parecer. ¿Cómo puede estar en dos sitios a la vez? —Sacudió la cabeza muy extrañado—. Señor Prentice, ¿qué sabe

usted de Sonny Elmquist?

—Muy poco —replicó el anciano—. Sólo lleva seis meses en esta casa.

—¿Había visto alguna vez, o creído ver, esa sombra antes de que Elmquist viniera a vivir aquí? —quiso saber Jupe.

Prentice reflexionó unos instantes y por fin negó con la cabeza.

—No. Esta experiencia es nueva para mí.

—Y Sonny está muy interesado en su mandala —razonó Jupe—. ¿Está seguro de no haberlo mencionado nunca delante de él?

—Seguro —afirmó Prentice—. Ese joven posee una personalidad bastante repelente, al menos para mí, y por eso evito su compañía. La señorita Chalmers me habla a veces de él. Es una jovencita muy sociable, pero tampoco le gusta Elmquist. Baja a nadar todas las noches a la piscina, ya que quiere adelgazar, y Sonny Elmquist, a menudo, se sienta al borde de la piscina y trata de conversar con ella. La señorita Chalmers dice de él que es un «necio».

—Sé que no es posible, pero podría haber un pasadizo secreto —apuntó Bob.

—Esto es sumamente improbable —objetó Jupiter—, aunque será mejor que eliminemos esta posibilidad.

Los tres muchachos iniciaron la investigación, empezando por el despacho. No había ningún pasadizo secreto. El edificio, aunque no nuevo, estaba bien construido y las paredes y los suelos estaban intactos. No había, al parecer, ningún medio de entrar en el apartamento, a no ser por la puerta principal.

—¡Esto es fantástico! —exclamó Bob al fin.

—Llevo viviendo aquí largo tiempo —asintió Prentice— y me gusta el apartamento, pero creo que tendré que buscar otro en otra parte. No puedo soportar esta extraña sensación de ser vigilado.

La sombra embrujada no volvió a aparecerse en toda la tarde. Prentice acabó por sentirse cansado y se retiró a su dormitorio. Los muchachos decidieron turnarse para vigilar toda la noche. Bob se tumbó en el sofá del salón, y Pete en otro que había en el despacho.

Jupe, que había escogido el primer cuarto de vigilancia, sentóse de espaldas a la puerta de entrada, con el oído atento.

Poco después de las once ya hubo muy poco que escuchar. Los ruidos del tráfico en la calle habían cesado ya hacía tiempo, y el Paseo de la Plaza no hervía ya de vida y agitación. Jupe acabó por

darse cuenta de un sonido de chapoteo que llegaba hasta sus oídos a través de la puerta cerrada, y supuso que era la señorita Chalmers que estaba tomando su baño nocturno.

—Jupe… —Pete entró al salón—. Ven, quiero que veas una cosa.

El gordinflón le siguió hasta una ventana del despacho. Pete señaló hacia fuera.

—Hay una luz en la iglesia —observó.

Era cierto. El ventanal de vidrios de colores más próximo al apartamento del señor Prentice resplandeció brevemente, y volvió a apagarse.

—Tal vez sea el pastor que comprueba si todas las puertas y ventanas están bien cerradas —razonó Jupe—. Aunque…

—Aunque… ¿qué? —le instó Pete.

—Aunque es posible que no sea el pastor. Voy a investigarlo.

—Te acompaño —se ofreció Pete.

—No. Quédate aquí y vigila la puerta —le ordenó Jupiter—. Volveré enseguida.

Jupe cogió su chaqueta del perchero del pequeño vestíbulo, abrió la puerta y salió al balcón. El patio tenía las luces apagadas, y la piscina estaba vacía. Jupe se estremeció y corrió escaleras abajo.

Al llegar a la calle, volvió a divisar la misteriosa y breve luz en un ventanal. Poco después, Jupe subía los peldaños del portal de la iglesia y empujó una de las dos hojas. La puerta no estaba cerrada. Empujó más fuerte y la puerta giró sobre sí misma…

Pasó al interior, en tinieblas. Había un cirio ardiendo cerca del altar… un cirio que sostenía alguien ataviado de negro. La llamita tembló por la corriente de aire.

La persona que sostenía el cirio dio media vuelta. Jupe tuvo la impresión de un rostro muy blanco, con una espesa mata de pelo níveo. No logró distinguir los ojos. Parecían estar escondidos, invisibles, en las sombras oscuras de las cóncavas.

El hombre no habló. Estaba inmóvil, contemplando a Jupiter a través de la llama del cirio.



—Le pido perdón —murmuró Jupe—. Vi una luz desde fuera y quise saber si pasaba algo…

El hombre hizo un leve gesto con la mano y apagó el cirio.

—¡Oiga! —se asustó Jupiter.

La iglesia estaba completamente a oscuras. Jupe sintió un escalofrío de miedo en la base del cráneo. Dio un paso atrás, hacia la puerta.

Luego, una corriente de aire cerró la puerta.

¡De repente, Jupiter se sintió empujado! Tropezó, se tambaleó, y un pie chocó contra un reclinatorio. Volvió a sentirse empujado. Trastabilló entre dos bancos.

En la oscuridad, oyó abrirse la puerta de la iglesia. Luego, la misma puerta volvió a cerrarse y oyó cómo giraba una llave.

Jupiter consiguió ponerse en pie y empezó a abrirse paso, a tientas, hacia la puerta. Tropezó varias veces con los bancos, hasta que por fin, alargando la mano, logró tocar el muro. Siguiéndolo, llegó hasta la puerta. Tocó el cerrojo, lo asió firmemente y tiró del mismo.

La cerradura chirrió pero no se abrió.

¡Jupiter estaba atrapado!

CAPÍTULO 8

El santo evanescente

Jupe tanteó nuevamente la pared. Sintió un interruptor bajo su mano y lo apretó. Las luces del techo resplandecieron.

Lentamente, con los ojos girando a derecha e izquierda, Jupe se apartó nerviosamente de la puerta. Volvió a recorrer el pasillo central, hasta el lugar donde había visto el pálido hombre sosteniendo el cirio.

Allí no había nadie.

Rápidamente, Jupe dio la vuelta a la iglesia. Una puerta conducía desde el lado izquierdo del altar a una pequeña habitación donde había varios armarios y cajones llenos de ornamentos eclesiásticos. En el extremo opuesto había otra puerta que, según supuso Jupe, daba a la calle. Pero estaba firmemente cerrada.

—Creo —se dijo Jupe a sí mismo—, que ha llegado la hora de promover un alboroto.

Tras esto, volvió corriendo a la puerta principal y empezó a aporrearla fuertemente.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro, estoy encerrado!

Dejó de pegar, escuchó y reanudó sus gritos y sus golpes.

—¡Pete! —gritó entonces—. ¡Padre McGovern! ¡Auxilio!

Volvió a escuchar. Y continuó chillando y escuchando.

—¡No entre usted, padre! —exclamó una voz femenina fuera de la iglesia.

—¡Oh, señora O'Reilly! —gritó Jupe al reconocer la voz.

—Por favor, señora O'Reilly —era la voz del padre McGovern—, no pienso cometer tal tontería. La policía no tardará en llegar y…

—¡Padre McGovern! —gritó nuevamente Jupe—. ¡Soy Jupiter Jones! ¡Alguien me ha encerrado aquí!

—¿Jupiter Jones?

El rector parecía asombrado.

Jupe oyó una sirena que se acercaba por Wilshire. Se apoyó contra la puerta y volvió a avizorar toda la iglesia. Estaba seguro de que el cura abriría la puerta sólo cuando llegase la policía, y el muchacho sabía que el interrogatorio de los oficiales tal vez resultaría algo desagradable. Tendió la vista por el pasillo central y frunció el ceño.

La sirena se fue acercando cada vez más y bruscamente calló.

Insertaron una llave en la cerradura. Se abrió la puerta.

El pastor estaba en el umbral, con un batín, al lado de la señora O’Reilly. El largo pelo gris de la mujer estaba recogido en una trenza que colgaba sobre su hombro.

—Háganse a un lado, por favor —dijo un policía desde la calle.

La señora O’Reilly dio un paso a la izquierda, y Jupe se encontró mirando fijamente los ojos de un patrullero joven. Era uno de los que habían registrado la iglesia la noche anterior. Su compañero, a su lado, había sacado un revólver.

—¿Y bien? —preguntó el primero.

Jupe indicó el lugar donde el hombre de rostro pálido había estado sosteniendo el cirio.

—Vi una luz en la iglesia —explicó—, y vine a investigar. Cuando entré vi un hombre que estaba allí. Luego, alguien me empujó y se marchó, cerrando la puerta.

—¿Viniste a investigar? —interrogó asombrado el segundo policía.

—Sí, estaba en el apartamento del señor Prentice —asintió Jupe.

—Ah, sí, claro… —exclamó el padre McGovern—. Esta mañana tú estabas en la calle con el señor Prentice. Pero esta noche no has podido ver a nadie en esta iglesia, porque desde las seis estaba cerrada. El sacristán no está. Por consiguiente no has podido ver a ningún hombre aquí dentro.

—¡Sí pudo verlo! —proclamó la señora

O’Reilly
—. ¡Yo sé que pudo verlo!

—¡Un momento! —gritó otra voz detrás de los policías.

Pete estaba en la acera junto con el señor Prentice.

—Este joven es mi invitado —explicó el anciano—. Él y sus amigos pasan la noche en mi casa. Éste es Pete Crenshaw. Y me ha contado que se despertó hace poco y que vio una luz en la iglesia. Llamó a Jupiter, el cual también la vio, y entonces bajó a investigar.

El segundo patrullero paseó una mirada de reprobación desde Jupiter a Pete y al señor Prentice.

—¡Ya es suficiente que unos chicos jueguen a policías y ladrones —masculló—, sin que una persona mayor trate de disculparlos!

El señor Prentice se atiesó y bufó.

—¡Había una luz en la iglesia! —insistió Pete.

—Y aquí había alguien —añadió Jupe—. Un individuo ataviado con unas ropas negras. Con mucho cabello blanco. Y sostenía firmemente un cirio.

—Un cuento chino —se burló el policía—. Y espero, en bien tuyo, chico, que aquí no falte nada.

—Pues sí falta algo de la iglesia —replicó Jupiter—. Algo que anoche estaba aquí.

Miró inquisitivamente al rector antes de proseguir.

—Allí había una imagen —señaló—. Junto a aquel ventanal, al final del pasillo. Era una estatua de alguien que llevaba una capa verde y una especie de caperuza. Y empuñaba un cayado.

Los dos policías alargaron el cuello para mirar.

—¡Pues es cierto, diantre! —exclamó el más joven de los dos—. Anoche estuve aquí y sé que allí había una imagen, la de San Patricio, supongo. ¿No es San Patricio el que lleva siempre una capa verde y una mitra de obispo… o como se llame?

El padre McGovern estaba mirando fijamente el lugar indicado.

—Sí, una mitra —asintió en voz baja—. San Patricio siempre lleva una mitra y un cayado de obispo.

—Bien, ¿dónde está la imagen? —preguntó el joven policía, muy intrigado.

—En esta iglesia, nunca ha habido ninguna imagen de San Patricio —negó el padre McGovern—. Ésta es la iglesia de San Judas, patrón de los imposibles.

—Esto tiene sentido —asintió el segundo policía con sarcasmo —. Su ama de llaves ve el fantasma de un pecador, lo cual es imposible, y ese chico lo ve también, cosa que también es imposible. Además, nosotros vimos anoche una imagen que nunca ha estado aquí, lo que es más imposible aún. Supongo que no tendrá ninguna mitra arzobispal escondida en alguna parte, ¿eh?

El padre McGovern se sobresaltó.

—Ayer había una mitra y un cayado de obispo en la iglesia —dijo de pronto.

—¿Cómo es eso? —se interesó el policía.

—Hubo una procesión —explicó el padre—. Por Navidad, claro. Los niños se disfrazaron para sus padres. La procesión se hizo dentro de la iglesia, tal como se representaban los autos sacramentales en la Edad Media. Hicimos la escena de la Natividad y los Tres Reyes Magos, y al final entraron todos los padres célebres de la Iglesia, entre ellos San Patricio, claro. Es un santo favorito de la gente. Naturalmente, llevaba una mitra, una capa verde y el cayado. Hoy me lo llevé todo a la sastrería teatral.

—¡Ah! —exclamó Jupiter Jones—. ¡Conque es esto lo que hizo el ladrón!

—¿Qué? —exclamaron los dos policías.

—Es perfectamente lógico —explicó Jupiter con acento de superioridad—. Anoche este distrito hervía de policías, que estaban buscando a un individuo que había asaltado una casa de la otra calle. Y el ladrón se metió en la iglesia. Cuando vio que iban a registrar aquí dentro, se puso la capa y la mitra, junto con el cayado y fingió ser una imagen. Mientras todos le estábamos buscando, estaba tan cerca que hubiéramos podido tocarle con la mano.

Los dos policías estaban aturdidos.

—Naturalmente, se sobresaltó cuando el sacristán bajó del coro —continuó Jupiter—. Posiblemente, sintióse desesperado al ver que el sacristán volvía a la iglesia después del registro. El sacristán, naturalmente, se habría fijado en una imagen que no debía estar donde estaba. Padre Govern, ¿recuerda el sacristán lo que le ocurrió cuando cayó?

El aludido sacudió negativamente la cabeza.

—Cree que tropezó. Padece una conmoción bastante fuerte, y lo están tratando por *shock*.

—Pudieron golpearle —indicó Jupiter—. Había varias luces apagadas, pero aún así, el ladrón temió que el sacristán le viera. Pudo escurrirse detrás del pobre hombre y…

El rector levantó una mano para hacer callar a Jupiter.

—Debí venir yo con él —gimió—. ¡Pobre Earl!

—Creo que todo esto quedará muy confuso en nuestro informe —murmuró uno de los policías—. ¡Un ladrón que se disfraza de imagen! ¡Un chico que cree ver un fantasma!

—Vi a un tipo que llevaba unas ropas negras y un cirio —le corrigió Jupiter—. ¡No dije nada de un fantasma!

—Pero ¿cómo hubiese podido entrar en la iglesia un ser mortal? —exclamó la señora O'Reilly —. La puerta estaba cerrada. Ya oyeron al padre McGovern. Oh, no, era el espíritu del pecador…

—Que entró con una llave —decidió el segundo policía—. Tuvo que ser así, porque al salir cerró de nuevo la puerta. Padre McGovern, ¿quién tiene llaves de esta iglesia?

—Yo, claro está —enumeró el rector—. Y la señora O'Reilly … el sacristán, naturalmente… Supongo que la tiene junto con sus cosas en el hospital. Además, hay un juego más en la rectoría, por si alguien extravía la suya. Está en el armario del vestíbulo. En un gancho.

—¿Siguen allí, padre? —se interesó Jupiter.

El rector dio media vuelta y casi corrió a la rectoría. Volvió al cabo de unos instantes.

—Han desaparecido —anunció.

Nadie habló.

—Es… lo sé, un sitio tonto para dejar unas llaves —reconoció el cura—, ya que mucha gente viene a la rectoría, por una cosa u otra. Y a menudo dejan los abrigos en el armario.

—Lo cual significa, padre —le interrumpió un policía—, que casi todo el mundo de este distrito pudo apoderarse de esas llaves.

El ministro del Señor asintió humildemente.

—Será mejor llamar al teniente —decidió el otro policía—. Así se enterará de que el ladrón, alias el santo evanescente, ha vuelto esta noche como un fantasma.

—No es esto lo que ha ocurrido —protestó Jupiter.

—Hace poco dijiste que habías visto a un tipo que llevaba unas ropas negras y un cirio —le recordó el policía.

—Cierto. Pero no fue él quien me empujó y me encerró aquí. El tipo de negro estaba allí, hacia el altar. Y el que me empujó lo hizo por detrás. El «fantasma» no tuvo tiempo, después de apagar el cirio, de situarse a mi espalda y salir por esa puerta. ¡Esta noche ha habido dos desconocidos misteriosos en la iglesia!

—¡Dos desconocidos misteriosos! —gimió el ama de llaves—. Ah, sí, el pecador y otro —volvióse hacia el padre McGovern—. ¡Y no me diga que vaya a tomarme una taza de té —le advirtió—, porque esta noche no le haré caso!

CAPÍTULO 9

Llama el ladrón

Los Tres Investigadores pasaron el resto de la noche de vigilancia en el apartamento del señor Prentice. Pero no hubo ningún visitante ni ninguna sombra, ni molestia alguna.

Por la mañana, el señor Prentice se levantó temprano, y preparó unos huevos fritos con tostadas.

—Bien, muchachos —exclamó después del desayuno—, ¿habéis llegado a alguna conclusión?

—Aún es pronto para esto —protestó Jupiter—. Pero el asunto empieza a ponerse interesante. Oh, tenemos que meditar mucho.

—Yo ya he llegado a una conclusión —intervino Pete—. ¡Qué no entiendo nada!

—¿Meditar sobre qué? —insistió el señor Prentice sin hacer caso del exabrupto de Pete.

—Sobre el ladrón. Me intriga mucho su presencia en la iglesia.

—Todo esto está muy bien —aprobó el anciano—. Pero ¿qué tiene que ver el ladrón con la sombra de este apartamento?

—No lo sé —admitió Jupe—. Sin embargo, supongo que existe cierta relación. Señor Prentice, ¿suele ver la sombra a una hora especial del día o de la noche? Yo la he visto dos veces por la tarde. ¿Cuándo la ve usted?

Fenton Prentice reflexionó un momento.

—Usualmente, a última hora de la tarde o al anochecer. Una o dos veces, por la mañana.

—¿Nunca en medio de la noche?

—Normalmente estoy dormido, pero recuerdo haberla visto algunas veces en que estuve despierto hasta muy tarde.

—Si esto es cierto —asintió Jupe—, nos marcharemos y volveremos otro día. Tengo una idea respecto a lo que podemos hacer, pero esta idea necesita cierta preparación en Rocky Beach. Y

creo que Pete y Bob también tienen que hacer varias cosas. Aquí no le ocurrirá nada a usted. Es muy improbable que la sombra vuelva a presentarse antes de que nosotros regresemos.

Los muchachos terminaron de desayunarse y se marcharon. Cuando llegaron al patio, Sonny Elmquist saltó de una tumbona.

—Eh, me han dicho que anoche visteis al pecador fantasma —exclamó—. Ojalá me lo hubieseis dicho ayer noche. Esta clase de sucesos me interesan mucho.

—¿Decírselo anoche? —Jupe miró fijamente a Sonny—. ¿Y de qué modo? Usted estaba trabajando en el mercado, ¿no es verdad?

—Anoche era mi día, mejor dicho, mi noche libre —repuso el joven—. Todas las semanas tengo una. Como todo el mundo.

—¿Cómo se enteró de que Jupiter vio al fantasma? —quiso saber Pete.

—Muy fácil. La señora
O'Reilly
se lo dijo a la señora Bortz. Ésta se lo contó a Hassell, y Hassell me lo dijo a mí.

Los tres amigos salieron a la calle, seguidos por Sonny.

—¿No es una broma? —insistió Sonny—. ¿De veras viste a un fantasma, Jupiter?

—Bueno, vi a alguien —fue la respuesta.

Los muchachos dejaron a Sonny Elmquist a la puerta del edificio y continuaron hacia Wilshire.

—Ese fulano es muy raro —comentó Pete refiriéndose a Elmquist, cuando ya habían subido al autobús de Rocky Beach.

—¿Porque le interesan los fantasmas, los mandalas y la filosofía oriental? —replicó Jupe—. Oh, esto es corriente hoy día —se apoyó de espaldas en el asiento—. Y no se pueden discutir esas ideas. Todas las grandes religiones enseñan que interesarse demasiado por las riquezas y los bienes terrenales no es bueno para el alma.

—El amor al dinero es la raíz de todo mal —citó Bob.

—Exacto. Pero sé lo que quieres decir, Pete. Sí, hay algo extraño en Elmquist. ¡Y esta aparente habilidad para oír y ver a través de las paredes es un verdadero misterio!

A las

9:30
, los Tres Investigadores estaban de vuelta en Rocky Beach.

—Ha llegado la hora de revisar todo lo que sabemos —decidió Jupe, al saltar del autobús—. Vamos a nuestro remolque.

Diez minutos más tarde, los Tres Investigadores estaban sentados en torno al viejo escritorio del Cuartel General.

—Tenemos que solucionar tres misterios —empezó Jupe—. Primero, la sombra que embruja el apartamento del señor Prentice. ¿Quién es y cómo puede entrar en el apartamento? Luego, el misterio del ladrón que se llevó el Sabueso Cárpato. ¿Quién es y por qué se metió en la iglesia? Finalmente, el misterio del pecador fantasmal. ¿Quién es, y qué tiene que ver, si acaso, con los demás misterios? Bien, vayamos por orden.

—Creí que ya sabíamos quién era la sombra —intervino Pete—. Tanto tú como el señor Prentice reconocisteis a Sonny Elmquist.

—Cierto —asintió Jupe—, pero sólo captamos algunos vislumbres. Espero que alguna vez conseguiréis también vosotros ver la sombra.

—Al menos sabemos que la señora Bortz no es la sombra —puntualizó Bob—. ¡Porque entraba con la llave!

Jupe asintió.

—Además —razonó luego—, no tiene la misma forma ni la estatura… La señora Bortz está demasiado gruesa para pasar por una sombra delgada. Claro, Elmquist sí cumple con estos requisitos. Pero no comprendo cómo pudo entrar en el apartamento del señor Prentice, ni cómo es posible que una persona esté en dos sitios a la vez, ya que en las dos ocasiones en que vi a la sombra, el joven Sonny estaba dormido en su apartamento.

Pete se encogió de hombros.

—Tal vez la sombra sea otro individuo.

—¡Pero Elmquist está enterado de que el señor Prentice tiene el mandala! —arguyó Bob—. Lo describió exactamente, de modo que debe haberlo visto. Y el señor Prentice nunca le ha invitado a su apartamento.

—De modo que Sonny Elmquist sigue siendo nuestro sospechoso favorito como la sombra —concluyó Jupe—, aunque no podemos darle una explicación racional por el momento. Bien, hablemos del ladrón. La evidencia sugiere que se trata de alguien que habita en

este distrito, tal vez en el mismo edificio del señor Prentice, porque sabía cómo conseguir la llave de la iglesia. Bien, ¿quién estaba enterado por aquí de la existencia del Sabueso Cárpato y de su importante valor?

—La sombra… —apuntó Pete—. Tal vez la sombra vio en los periódicos el escritorio del señor Prentice o escuchó una conversación telefónica…

—¿Y la señora Bortz? —sugirió Bob—. Pudo enterarse por los diarios de la existencia del Sabueso, cuando husmeaba en el apartamento del señor Prentice.

—De haber estado al corriente del Sabueso, también podía saberlo todo el barrio, porque esa mujer es una verdadera chismosa, incapaz de callar nada —exclamó Pete.

—Jupe, ¿crees que el ladrón entró en la casa de Niedland sólo para robar el Sabueso Cárpato? —preguntó Bob.

—No sé qué decir. ¿Cómo podía saber que el Sabueso estaba allí? Tal vez esperase hallar algo de valor en la casa. Si vive en el distrito, debía saber que no había nadie en la casa. De modo que entró, encontró la escultura, y se asustó al oír la sirena de la policía. Corrió hacia la iglesia y se disfrazó de imagen de San Patricio. ¡Vaya temple! ¡Estuvo todo el rato con la mitra y la capa, mientras la policía daba vueltas a su alrededor!

—Y después, los policías se marcharon, pero volvió el sacristán —continuó Bob—. El ladrón, entonces, le golpeó y huyó.

—Sí, podemos suponer que el ladrón empleó cierta violencia —asintió Jupe—. Sabía que, antes o después, Earl se daría cuenta de que había una nueva imagen. Lo más probable es que el ladrón golpease a Earl, escondiese la escultura en la iglesia y anoche volviera para recuperarla y llevársela.

—Pero ¿por qué? —inquirió Pete—. ¿No podía el ladrón meter la estatua en una bolsa o debajo de su chaqueta la noche que la robó? ¿Por qué dejarla en la iglesia?

—Demasiado arriesgado —repuso Jupe—. Tal vez temía que los coches de la policía patrullasen por aquí. Y se asustó al pensar que podían interrogarle. Debió pensar que era más seguro dejar el Sabueso en la iglesia un día entero y volver en su busca al siguiente.

—De forma que volvió anoche disfrazado como fantasma.

—No lo creo —arguyó Jupe—. El fantasma estaba delante del

altar cuando le vi. El ladrón habría ido directamente al sitio donde había escondido el Sabueso de cristal, y después habría salido de la iglesia inmediatamente. No, sospecho que debía estar a punto de salir cuando yo entré. Entonces me dio un empujón para quitarme de en medio y salió a todo correr, cerrando la puerta detrás suyo.

—Entonces, ¿quién era el fantasma del pecador? —insistió Bob.

—¿Sonny Elmquist? —sugirió Pete—. Le gustan los fantasmas y anoche estaba en su casa. Quizás está en combinación con el ladrón.

—Es una combinación muy inverosímil —replicó Jupe—. Un hombre interesado en apartarse de los anhelos terrenales no se junta con un ladrón, ávido de riquezas humanas.

—Bueno, quizá Sonny Elmquist es el ladrón.

—Olvidas que Elmquist estaba dormido en su apartamento cuando la policía persiguió al ladrón por el patio —le recordó Jupe —. Luego, estuvo delante de la iglesia con nosotros, mientras la policía registraba el edificio… y fue entonces cuando, con toda seguridad, el ladrón fingía ser una imagen.

—Pero Elmquist parece ser capaz de estar en dos sitios diferentes a la vez —observó Bob—. Si pudo embrujar el apartamento del señor Prentice mientras estaba en su casa, pudo también estar dentro y fuera de la iglesia al mismo tiempo.

Jupe sacudió la cabeza, desesperado.

—Oh, no, no es posible. Aunque estoy de acuerdo contigo en una cosa, Bob.

—¿En cuál? —preguntó Bob.

—¿En cuál? —repitió Pete.

—En que hay muchas cosas relativas a Sonny Elmquist que no están claras. Creo que debemos tenerle vigilado, al menos por unos días. Y pienso que ya sé cómo hacerlo. He estado meditando que…

Sonó el teléfono. Le levantó Jupe.

—¿Sí? —Una pausa—. Oh, señor Prentice… un momento.

Jupiter enlazó el teléfono a un micrófono especial y al altavoz que había fabricado con piezas de un viejo aparato de radio. De este modo los tres amigos podían oír lo que decía el anciano.

—Diga, diga, señor Prentice —le animó Jupiter.

—Bien —el anciano carraspeó para aclararse la garganta antes de proseguir—, acabo de recibir una llamada telefónica.

Su voz sonaba temblorosa, muy emocionada.

—Pertenecía a un individuo —prosiguió— que posee el Sabueso Cárpato y que lo tiene en su poder en estos instantes. Añadió que era muy difícil de vender como artículo robado. Por tanto, ha acudido a mí, pues según él soy el perfecto comprador. ¡Me lo ofrece por diez mil dólares!

CAPÍTULO 10

Una caja con veneno

Los Tres Investigadores estaban en un silencio completo.

—Jupiter, ¿estás ahí? —preguntó Fenton Prentice.

Era muy difícil dejar sorprendido al muchacho, pero lo que acababa de comunicarle el anciano le había anonadado.

—A mí… a mí no me gusta la idea de tener tratos con un delincuente —continuó Prentice—, pero necesito el Sabueso. Es mío y, si no lo recupero, lo perderé para siempre. Pagaré el rescate. Tengo dos días para reunir el dinero.

—¿Lo ha notificado a la policía?

—No pienso hacerlo. No quiero correr el riesgo de asustar al ladrón. Entonces, tal vez perdería el Sabueso definitivamente.

—Creo que usted debe meditar otra vez este asunto, señor Prentice —replicó Jupe—. Está tratando con un delincuente violento. No olvide lo que le hizo a Earl.

—Precisamente. El ladrón se asustó y le golpeó. Yo no quiero asustarle por el mismo motivo. Bien, ¿cuándo vendréis, chicos? Confieso que no me gusta estar aquí solo.

—¿Ha vuelto a aparecer la sombra?

—No, pero justamente saber que puede volver me pone los nervios en tensión.

—Creo que podremos coger el autobús de las tres —afirmó Jupe, consultando con la mirada a Bob y Pete. Éstos asintieron—. Llegaremos antes de que oscurezca.

Jupe se despidió y colgó.

—Hum… Ahora tenemos que salvarle del ladrón. Será mejor que esta vez nos llevemos algo de ropa. Disponeos a estar en casa del señor Prentice algún tiempo. Nos encontraremos en la parada del autobús un poco antes de las tres.

—¿Cuál es la idea que tienes para vigilar a Sonny Elmquist? —

quiso saber Pete.

—Ya os lo contaré más tarde. Todavía no lo tengo completamente preparado.

Bob y Pete se marcharon. El primero decidió aprovechar aquellas horas libres yendo a la biblioteca de Rocky Beach donde catalogó y colocó en los estantes una serie de libros. Pete hizo varios recados para su madre. Jupe pasó el resto de la mañana quitando el moho de unos muebles de jardín que tía Matilda quería volver a vender. Después de almorzar estuvo trabajando en su taller, reparando varios aparatos electrónicos. Finalmente, los metió todos dentro de una caja, que se llevó a la parada del autobús, junto con una bolsa llena de ropa limpia.

—Eh, ¿qué llevas en esa caja? —le interpeló Bob—. ¿Un nuevo invento?

—Es una cámara de televisión de circuito cerrado, con el televisor —explicó Jupe—. Estaba en unos almacenes.

—Oh, sí —exclamó Pete—. Ahora los emplean en todos los grandes bazares. Sirven para vigilar a los rateros.

—¿De dónde sacaste ésta? —insistió Bob.

—Los almacenes que poseían este sistema se incendiaron —explicó Jupe—. Las cámaras y los monitores sufrieron algunos daños y tío Titus los compró casi por nada. Yo arreglé este aparato. No me costó mucho.

—De modo que así es cómo vigilaremos a Sonny Elmquist —murmuró Bob.

—Exacto. El señor Prentice no tiene en su apartamento ventanas que den al balcón, por lo que no podemos observar el patio sin un aparato como éste. Claro está, podríamos sentarnos en el balcón o al lado de la piscina, pero no quiero que Sonny, o cualquier otro, sepan que les vigilamos. Delante de la puerta del apartamento del señor Prentice hay una enorme planta dentro de un tiesto, como sabéis, donde podremos esconder la cámara. Y nosotros nos sentaremos dentro del apartamento y contemplaremos la pantalla del monitor.

—¡Magnífico! —aprobó Pete—. ¡Así gozaremos de una televisión particular!

Una hora más tarde, los tres muchachos entraban por la puerta del edificio, donde encontraron a la omnipresente señora Bortz.

—¿Ya estáis aquí otra vez? —rezongó. Miró la caja de cartón que llevaba Pete—. Y ahora ¿qué? —preguntó con su habitual curiosidad.

—Es un televisor —explicó Jupe—. Un regalo de Navidad retrasado para el señor Prentice.

Jupe miró por el patio. El señor Murphy, el corredor de bolsa, estaba sentado junto a la piscina fumando un cigarrillo y gozando del sol del atardecer. De cuando en cuando, y repetidas veces, echaba las cenizas del cigarrillo en su cenicero especial. Cuando divisó a los chicos sonrió.

—¿Os quedarais esta noche en casa del señor Prentice? —inquirió.

—Eso creo —asintió Jupe.

—¡Bravo! —Murphy aplastó la colilla—. El viejo está muy solo. Y es agradable tener de vez en cuando compañía. Mi sobrino se marchó hoy a visitar a unos amigos y ya le echo de menos.

Murphy se levantó y entró en su apartamento.

El señor Prentice aguardaba a los muchachos en la puerta. Le encantó la cámara de televisión de circuito cerrado.

—La instalaremos al crepúsculo —decidió Jupiter—, antes de que enciendan las luces del patio. Lo hacen alrededor de las cinco y media, ¿verdad?

El señor Prentice asintió antes de explicar:

—Las luces se encienden automáticamente poco después de la puesta del sol.

A las cinco y veinte minutos, Jupe se asomó al balcón.

—De prisa, amigos, ahora que no mira nadie.

Condujo a Bob y Pete hacia el borde del balcón, situándose de modo que la planta del tiesto les ocultase por completo y rápidamente instaló la pequeña cámara televisiva. La colocó sobre un trípode de metal, que Jupe insertó en la tierra del tiesto. Luego ajustó las lentes de modo que apuntaran al patio.

—Esta cámara está transistorizada —explicó al regresar al apartamento—. Funciona por pilas. Sólo envía las señales, o sea las imágenes de lo que ve, a unos cuantos metros de distancia. Pero esto es cuanto nos hace falta.

Cerró la puerta del apartamento y puso el monitor en una librería. Luego lo enchufó y giró un botón. Al cabo de un instante, la pantalla se iluminó débilmente.

—¡Oh, Jupe, no vemos nada! —se quejó Pete.

—Aguardad a que se enciendan las luces del patio —replicó el otro.

Unos minutos más tarde, los Tres Investigadores y el señor Prentice estaban contemplando una imagen muy clara del patio. Fue entonces cuando Sonny Elmquist salió de su apartamento y desapareció por el pasaje del fondo. Volvió con un bulto de ropa, procedente de la lavandería, y entró de nuevo en su apartamento.

Luego apareció una joven rubia, un poco regordeta, en un primer plano. Evidentemente, era la señorita Chalmers, cosa que confirmó el señor Prentice, viniendo de la calle.

La señorita Chalmers iba a abrir la puerta de su apartamento, cuando apareció a sus espaldas la señora Bortz. La portera llevaba un paquetito que entregó a la joven.

—Por lo visto —comentó el señor Prentice—, vinieron a traer algo para la señorita Chalmers. La señora Bortz siempre firma los resguardos cuando los inquilinos no están en casa.

—Seguro que esto le encanta —observó Pete.

—Sí —asintió Prentice—, porque esto le da la oportunidad de enterarse de muchas más cosas respecto a los habitantes de la casa.

La señora Bortz seguía conversando con la señorita Chalmers, demorando obviamente a la joven y con toda seguridad curiosa por saber qué contenía el paquetito.

Finalmente, la señorita Chalmers se encogió de hombros, dejó su bolso sobre una mesa próxima a la piscina y sentóse para desenvolver el paquete.

Alex Hassell salió de su apartamento y también se detuvo a contemplar a la señorita Chalmers.

—La gente de este edificio no tiene muchos secretos, ¿verdad? —sonrió Pete.

El señor Prentice hizo una mueca de disgusto.

—La señorita Chalmers no debería dejarse dominar por la señora Bortz —gruñó—. Es demasiado buena.

La señorita Chalmers ya había quitado el envoltorio y levantaba la tapa de la cajita. Los muchachos la vieron sonreír. Sacó algo de la

caja, se lo metió en la boca, y cogió otra cosa.

—Bombones —afirmó Jupe.

—Esa chica no tendría que nadar tanto si supiese reprimir su pasión por los dulces —observó con acierto el señor Prentice.

La señorita Chalmers ofreció la caja de bombones a la señora Bortz, como acordándose de las reglas de urbanidad. De pronto detuvo su mano y se llevó una mano a la garganta. La cajita de bombones cayó al suelo, y su contenido quedó diseminado sobre las losas.

—¿Qué…? —exclamó Pete.

La señorita Chalmers se tambaleó en su silla, se dobló hacia delante y cayó al suelo, donde se quedó retorciéndose de dolor.

Los Tres Investigadores corrieron hacia la puerta del apartamento, que abrieron con la rapidez del rayo.

—¡Señorita Chalmers! —gritó la señora Bortz muy alarmada—. ¿Qué le ocurre?

—¡Oh, qué dolor! —quejose la aludida—. ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué dolor tan terrible!

Jupe, Bob y Pete corrían ya escalera abajo. Cuando Prentice, por el monitor, les vio llegar al patio, Jupiter estaba ya oliendo un bombón de los que estaban en el suelo.

La señorita Chalmers lloraba y se quejaba, y el señor Murphy también había salido de su apartamento. Sonny Elmquist estaba en el umbral del suyo.

—¿Qué ocurre? —repitió la señora Bortz.

Cogió a Jupe por el brazo, que zarandeó rudamente, lo que ocasionó que el bombón que el muchacho tenía en la mano quedara aplastado. Jupe llevose la masa marrón a la nariz, la olió… y levantó la vista muy alarmado.

—¡Corran a llamar a una ambulancia! —gritó—. ¡En esos bombones hay algo raro que huele muy mal! ¡Creo que la señorita Chalmers ha sido envenenada!



CAPÍTULO 11

Vigilancia nocturna

—¡Olvídense de la ambulancia! —exclamó Murphy—. ¡La llevaré a la sala de urgencias en mi coche!

—Yo iré con usted —se ofreció la señora Bortz.

—¡Llévense también los bombones! —les recordó Jupe—. ¡Así podrán analizarlos!

Murphy sacó su coche del garaje, y Pete ayudó a la señorita Chalmers a instalarse en el asiento posterior. La señora Bortz la tapó con una manta. Jupiter le entregó la cajita de bombones, con varios dentro, a la señora Bortz. Un segundo más tarde el coche de Murphy salió disparado.

—¡Veneno! —exclamó horrorizado el señor Prentice—. ¡Pobre señorita Chalmers! ¿Quién diablos querría envenenarla?

—Ni siquiera estamos seguros de que alguien pretendiera hacerlo, señor Prentice —observó Jupe—. Pero los bombones tenían un olor especial.

Pero dos horas más tarde, el señor Prentice y los Tres Investigadores estaban seguros. Murphy y la señora Bortz volvieron de la sala de urgencias del Hospital Central con semblante mohíno y preocupado.

—¡Nunca me había sentido tan insultada! —masculló la portera.

—¿Qué sucedió? —preguntó el señor Prentice.

Él y los tres muchachos acababan de cenar cuando oyeron el coche de Murphy, por lo que bajaron atropelladamente al patio.

—¡La policía! —rugió la señora Bortz—. Formularon las preguntas más tontas… como por ejemplo, cuánto tiempo había tenido yo la caja de bombones en la portería… ¡Valiente necedad!

—Sólo querían averiguar lo ocurrido —explicó Murphy.

Parecía cansado.

—Jamás envenené a nadie —afirmó la señora Bortz.

A continuación, dio media vuelta y se metió en su apartamento, que cerró de golpe.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Alex Hassell, que venía de la lavandería.

—Sí, había veneno en los bombones. Los del laboratorio del hospital están efectuando ahora el análisis, para descubrir de qué se trata exactamente. Han hecho un lavado de estómago a la señorita Chalmers, la cual está en una sala privada, en observación. Naturalmente, llamaron a la policía, la cual interrogó a la señora Bortz respecto al paquete. Esa mujer no debería tomarse las cosas tan a pecho. Actuó como si la acusasen de haber envenenado los bombones. Lo cierto es que nadie la acusó de tal cosa.

—¿Cómo le entregaron el paquete? —inquirió Jupiter.

—Llegó por correo. Muy corriente.

Se abrió la puerta del apartamento de la señora Bortz. La portera ya se había calmado. Salió y miró hacia la piscina.

—Supongo que esto aún traerá algo bueno —murmuró—. Gwen Chalmers es la única que usa la piscina con este tiempo. Como, al menos, estará unos días sin poder nadar, podré limpiar y fregar bien la piscina, mientras ella está en el hospital. Necesita una limpieza a fondo.

Murphy abrió la boca como para decir algo, pero acabó por encogerse de hombros, encendió un cigarrillo y volvió a su apartamento. Hassell le imitó, entrando en el suyo.

El señor Prentice contempló despreciativamente a la señora Bortz y se dirigió a la escalera.

—Caramba, esta mujer no tiene ninguna sensibilidad —les dijo a los muchachos—. ¡Figuraos, preocuparse de la piscina en esta situación!

—¿Quién pudo querer envenenar a la señorita Chalmers? —preguntó el anciano cuando él y los Tres Investigadores estuvieron otra vez en el apartamento.

—Alguien que la conocía bien y también sus gustos —repuso Jupiter—. Alguien que sabía que tan pronto como abriese el paquete se comería uno o dos bombones. La cuestión vital es: ¿por qué quería alguien envenenarla?

Nadie conocía la respuesta.

Jupiter sentóse en el suelo con las piernas cruzadas, de modo

que pudiera contemplar el monitor televisivo. El patio estaba desierto.

—Usted vive en un lugar muy interesante —comentó Jupe, mirando al anciano—. Le conocemos desde apenas hace tres días, y en ese tiempo hemos atrapado a un intruso en su apartamento, que era la señora Bortz, y hemos visto una sombra dos veces. A usted, aunque haya sido en el estudio del difunto señor Niedland, le han robado una obra de arte y le han pedido dinero para rescatarla. Y ahora, han envenenado a una de sus vecinas.

—Sin olvidar —añadió Bob—, al sacristán de la iglesia, a quien golpearon en la nuca, que Jupe se quedó encerrado allí dentro, y que entonces vio a un pecador fantasmal o lo que fuese.

—Sí, demasiadas coincidencias —asintió Jupiter—. Tiene que existir una relación. Pero por el momento, el único lazo de unión es el barrio. Todo ha sucedido dentro o cerca de esta casa.

—Sí, y todo ha ocurrido cuando Sonny Elmquist rondaba cerca —observó Pete—. Nunca cuando se había ido a trabajar.

De pronto, el señor Prentice levantó la vista, y comentó alarmado:

—¿Pensáis que puede oírnos? Si él es la sombra, tal vez esté a la escucha, sin que nosotros lo sepamos.

Bob se puso en pie y recorrió el apartamento, habitación por habitación, encendiendo todas las luces. No había ninguna sombra a la vista ni invisible. Prentice pareció serenarse al ver el apartamento bien iluminado, y empezó a lavar los platos de la cena. Los Tres Investigadores se dispusieron a contemplar el monitor.

Durante varias horas no ocurrió nada en el patio, excepto que la señora Bortz llevó unos cubos de basura al callejón. Los muchachos empezaron a aburrirse y a adormilarse.

—¡Mirad! —murmuró de pronto Jupiter.

Sonny Elmquist había salido de su apartamento y estaba al borde de la piscina, mirando el agua. Los Tres Investigadores abrieron mucho los ojos.

Se abrió la puerta del apartamento de Murphy, y por ella salió su ocupante. Fumaba y llevaba, como de costumbre, el cenicero en una mano. Esbozó un gesto de saludo hacia Sonny. Luego se quitó el cigarrillo de la boca, dejó el cenicero en una mesa y salió a la calle. Un instante después los tres amigos oyeron arrancar su coche.

Pete se asomó a la ventana que daba a la calle.

—Se marcha —anunció—. Muy de prisa.

—Posiblemente sólo intenta dar un paseo —murmuró el anciano Prentice—. Estaba muy alterado cuando volvió del hospital. Probablemente no podía dormir.

Sonny Elmquist regresó a su apartamento y corrió las persianas.

—¡Diantre! —exclamó Pete—. Ahora no veremos qué hace.

—Indudablemente, se dispone a irse al trabajo —dijo Jupiter—. Tiene que entrar en el mercado a medianoche.

En aquel momento se apagaron las luces del patio. La pantalla del monitor adoptó un color gris azulado, siendo la única luz visible un vago resplandor detrás de las persianas de Sonny.

—¡Rediantre! —exclamó Pete nuevamente—. Ahora no veremos nada.

—Las luces del patio se apagan automáticamente a las once —explicó el señor Prentice.

—¡Adiós televisión! —exclamó Jupiter, apagando el monitor.

—Si todo está a oscuras, el monitor ya no nos hace falta, ¿verdad? —gruñó Pete—. Bien, si Sonny se marcha esta noche a trabajar, y si es él quien suele entrar aquí, tiene que actuar en la próxima hora, o ya no podrá hacer nada. Por tanto, quedaos vosotros con el señor Prentice, mientras yo salgo al balcón a vigilar. Nadie podrá verme, porque me esconderé detrás del tiesto.

—Si ves algo no toques el timbre —le previno Jupe—. Tabalea en la puerta y nosotros saldremos.

—De acuerdo.

Pete se puso su chaqueta.

Por un momento, se apagaron las luces del apartamento, Pete abrió la puerta y salió al balcón. La puerta se cerró detrás suyo, pero sólo quedó entornada. Pete sabía que Jupe y Bob aguardaban al otro lado de la puerta, por si les necesitaba.

Las luces del apartamento de Sonny brillaron algún tiempo, y al final se apagaron. Pete esperaba que el joven saliera para ir a trabajar, pero no fue así. Un débil reflejo de las luces de la ciudad impedía que la piscina quedase totalmente en tinieblas.

Pete comprendió que podría ver si algo se movía en el patio, pero no se movió nada.

Poco después de medianoche entró un individuo por la puerta

de la calle. Pete se inmovilizó, y luego se relajó, cuando la figura se detuvo junto a una mesa del patio. Murphy había cogido su cenicero y abrió la puerta de su apartamento. Mientras tanto, Pete había dejado de vigilar el apartamento de Sonny. En aquellos segundos, el joven había salido de su piso. Pete vio que Sonny llevaba un batín y zapatillas. Se movía sin hacer ruido, en dirección a la puerta de Murphy.

Pete parpadeó de nuevo. ¡Sonny Elmquist había desaparecido! ¡Se había esfumado a veinte metros de su propio apartamento!

Pete tabaleó rápidamente a la puerta del apartamento del señor Prentice. Sin aguardar respuesta, bajó al patio. Intentaba colocarse delante de la puerta de Sonny, para interceptarle el paso cuando volviese.

Pete acababa de llegar al reborde que rodeaba la piscina, cuando su pie pisó algo blando… ¡y vivo!

Se oyó un ruidito chirriante… ¡el sonido de un animal al ser pisado!

Estremecido, Pete saltó a un lado, pero la bestia viva se había agarrado entre sus tobillos. Pete gritó y cayó hacia delante.

Volvió a repetirse el sonido.

Como en una película a cámara lenta, Pete vio cómo el borde de la piscina subía hacia él. También vio algo asido a sus piernas. Y sintió unas zarpas. Luego, con un chapoteo, ¡cayó al agua!

Se abrió la puerta del apartamento de Alex Hassell.

Se encendieron las luces del patio.

Pete reapareció en la superficie del agua, jadeando y escupiendo agua clorada.

El animalito gruñó, nadó hacia el borde de la piscina, y fue pescado por Hassell. Era un gato negro.

—¡Oh, bruto! —le gritó Hassell a Pete.

El muchacho saltó fuera de la piscina y aspiró una bocanada de aire fresco.

—¡Señor Prentice! —chilló la señora Bortz. Había aparecido apretando la bata en torno a su cuerpo, y el pelo enrollado en unos rizadores—. Señor Prentice, tiene que prohibirles a esos chicos que anden por ahí de noche.

Jupiter bajó al patio. Sonny, de repente, apareció a la puerta de su apartamento.

—Oh… no podía dormir —mintió Pete.

Se abrió la puerta del señor Murphy.

—¿Qué sucede ahora? —tronó su vozarrón.

—¡Que ese frescales ha pisado a uno de mis gatos! —gimió Hassell. Cogió en brazos al animalito, acariciándolo—. No temas, pobrecito. Y ven conmigo. Yo te curaré y te secaré. ¡No hagas caso de ese muchacho tan travieso!

—¡No quiero volver a veros por el patio! —rugió la señora Bortz, muy enfadada.

—No, señora —murmuró Pete humildemente.

La portera volvió a su guarida y apagó las luces.

—¿Otra noche de fiesta, señor Elmquist? —preguntóle Jupiter a Sonny.

El interrogado asintió.

—Lamento que no sea una noche más sosegada —susurró Jupiter.

—Yo casi… casi vi…

—¿Qué? —se interesó Jupiter.

—Nada —Sonny se frotó los ojos—. Creo que soñaba. En realidad, no puedo afirmar que estuviera despierto.

El joven flaco retrocedió y entró en su apartamento, cerrando la puerta.

Pete subió a casa del señor Prentice rápidamente. Jupe le siguió. El anciano estaba en el saloncito con una enorme toalla, y en el cuarto de baño Bob tomaba una ducha de agua caliente.

—¿De dónde ha salido Sonny Elmquist? —preguntó Pete, quitándose la chaqueta—. Estaba fuera mirándole y le vi rodear la piscina en dirección al apartamento de Murphy. Y de pronto ya no estaba allí. No estaba en ningún sitio. Bien, bajé en su busca y pisé a ese maldito gato…

—Ya lo vi —le interrumpió Jupiter—. Te caíste a la piscina. ¡Y Sonny Elmquist salió de su apartamento!

—¡Esto es imposible! —declaró Pete—. ¡Cuando me caí al agua él no estaba en su casa! No podía estar allí. Se hallaba camino del apartamento de Murphy… ¡aunque había desaparecido de repente!

CAPÍTULO 12

¡Una explosión!

Durante el resto de la noche, Bob y Jupe se turnaron en la vigilancia desde el balcón. Hasta las cuatro no hubo el menor movimiento en el patio, momento en que la señora Bortz salió de su apartamento. Llevaba un grueso abrigo. Jupe la vio y retrocedió al interior del apartamento del señor Prentice.

—La señora Bortz se dispone a marcharse —murmuró.

El anciano no se había acostado. Había pasado la noche sentado, recostado contra una esquina del sofá, dormitando a ratos.

—Claro —asintió al oír la noticia.

—¿A las cuatro de la madrugada? —insistió Jupiter.

Prentice bostezó.

—El mercado está abierto día y noche —le recordó el anciano a Jupiter—. La señora Bortz siempre va de compras los jueves, y lo hace a esta hora.

Jupe contempló fijamente a su interlocutor. Estaba sinceramente asombrado.

—Dice que el mercado está casi vacío a esta hora —añadió el señor Prentice—. Sin embargo, yo opino que a esta hora está razonablemente segura de que por aquí todo está tranquilo, de modo que marchándose no se perderá nada. El señor Murphy no se va a su oficina hasta las cinco. Y los demás inquilinos siguen en cama a dicha hora.

Bob y Pete salieron del despacho, donde habían estado durmiendo.

—O sea, que la portera es tan metomentodo que no puede alejarse de la casa a menos que todos duerman, ¿eh? —sonrió Pete.

—Sí, es una conducta extraña y convulsiva —afirmó el anciano —. Es como una araña que no puede abandonar su tela. Sólo se interesa por las personas que vivimos aquí. Y nos vigila

constantemente. Ésta es su vida.

Bob se dirigió a la ventana y descorrió las persianas. Oyó el arranque de un coche y captó el resplandor rojizo de las luces traseras sobre el cemento. Luego, un gran auto negro empezó a surgir del sótano de la casa.

—Me extraña que su batería no esté agotada, si sólo usa el coche una vez por semana —comentó Bob.

—A menudo tiene que llamar a los empleados del garaje —repuso Prentice.

El coche estaba ya en la calle. La conductora lo hizo maniobrar y empezó a alejarse lentamente.

Luego, en medio del silencio que precede al alba, los muchachos y Prentice oyeron una explosión y un chillido de terror.

Prentice saltó del sofá.

Jupiter corrió a la ventana.

Calle abajo, no muy lejos, el coche giró primero a la izquierda y luego a la derecha. De la capota salía una nube de humo.

La señora Bortz volvió a chillar. El auto, perdido todo control, chocó contra el bordillo de la acera, reventándosele los dos neumáticos delanteros. Con un horrible estallido, acabó por chocar contra una boca de riego.

La señora Bortz continuaba gritando. La boca de riego estaba desalojada de su alvéolo, y el agua corría a chorros hacia el auto.

—¡Llame a los bomberos! —le gritó Pete al señor Prentice.

Bob corrió hacia la puerta.

—Será mejor que la saquemos del coche antes de que se ahogue —dijo.

Los muchachos llegaron al patio en el momento en que el señor Murphy, envuelto en un batín, y Sonny Elmquist, que se había puesto un abrigo encima del pijama, corrían ya hacia la puerta de la calle.

—¡Señora Bortz! —gritaba Murphy.

El corpulento caballero echó a correr hacia el coche semidestrozado y los chorros de agua.

Los muchachos adelantaron, no obstante, a Sonny y al corredor de bolsa. Saltaron por encima del chorro de agua y se abrieron paso por entre la cascada hasta llegar a la portezuela del auto.

La señora Bortz estaba sentada rígidamente ante el volante,

mirando al frente y gritando… gritando como si no pudiese callar.

—¡Señora Bortz!

Jupe hizo girar la manija. La portezuela estaba bien cerrada.

Murphy pegó la cara a la ventanilla.

La mujer se volvió, asustada, y le miró fijamente.

—¡Abra la puerta! —chilló Murphy—. ¡Abra la portezuela!

La mujer buscó la manija. Un segundo más tarde, Murphy consiguió abrir la portezuela. Entre él y Bob arrastraron a la histérica mujer fuera del coche.

Se oían ya sirenas en la calle, y apareció un coche de emergencias, procedente del parque de bomberos. Del mismo saltaron al suelo varios hombres con impermeables negros. Uno observó la situación y se volvió para murmurar unas palabras al conductor del coche. El chófer puso en marcha el vehículo y lo impulsó hacia la esquina.

Un momento después la boca de riego había dejado de soltar chorros de agua. Murphy, Sonny, Bob y Jupe estaban al lado de la señora Bortz, ahora sin habla a causa del susto.

—¿Cómo han cerrado el agua? —preguntóle Murphy al bombero.

—En la esquina hay una válvula de paso —repuso aquél. Después miró a la señora Bortz—. ¿Adónde se dirigía?

Ella no contestó.

—Será mejor que entremos en casa —aconsejó el señor Murphy —. Aquí, al aire libre, puede atrapar una pulmonía.

Bob y Jupe casi arrastraron de nuevo a la señora Bortz por los peldaños, hasta el interior de la casa. Murphy cogió las llaves de la mujer, que estaban en la guantera del auto, para abrir la puerta del apartamento. El bombero quedóse en el portal. A sus espaldas se materializó un policía.

—¿Quién ha chocado contra la boca de riego? —quiso saber.

La señora Bortz sentóse en su salita.

—Alguien disparó contra mí —murmuró.

Estaba hablando sin mover los labios.

—Será mejor que se quite esas ropas mojadas, señora —recomendole el policía—. Luego, si se encuentra bien, nos contará lo ocurrido.

Ella asintió y desapareció por un pasillo.

Jupe se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes.

—Yo también voy a cambiarme de ropa —dijo en voz alta.

—¿Viste algo? —preguntóle el policía.

—Sí. Vi cómo el coche arrancaba calle abajo.

—Está bien, ve a cambiarte de ropa y vuelve —se volvió hacia Bob y Pete—. Y vosotros también.

Unos minutos más tarde, los tres muchachos regresaron con ropas secas, para informar al policía.

En aquel momento apareció en la calle un coche-grúa. Varios hombres de uniforme y uno de paisano se hallaban ya en torno al coche de la señora Bortz.

—Si alguien disparó contra ella, falló el tiro —observó el hombre de paisano.

—Hubo un disparo —afirmó Jupe—. Yo lo oí. En el momento en que ella arrancaba calle abajo, sonó un disparo… o una explosión.

El auto, tumbado de lado sobre la boca de riego, estaba brillantemente iluminado por los faros delanteros del coche-grúa.

—No hay agujeros de bala —observó el policía de paisano.

Jupe vio una cosa en el suelo: un pedazo de papel rojizo, empapado en agua. Se agachó para cogerlo, y lo examinó con gran atención.

—Una nube de humo negro —murmuró.

—¿Qué? —preguntó el policía.

—Después del disparo o la explosión, por debajo de la capota del auto salió una espesa humareda.

El policía de paisano se dirigió a la parte delantera del coche. Levantó la capota.

Un agente de uniforme dirigió la luz de una linterna al motor.

Vieron unos pedazos de papel y lo que parecía un taco de algodón desparramado por el motor. Los tubos de goma del radiador estaban chamuscados y había saltado la correa del ventilador.

—No fue un disparo —determinó el policía—, sino una explosión. ¡Alguien colocó una bomba en el motor!

Dejó caer la tapa.

—¡Llévenselo! —gritole al conductor del coche-grúa—. ¡Al garaje de la policía!

Se volvió hacia los muchachos. Murphy había vuelto a reunirse

con el grupo y Sonny Elmquist estaba en cuclillas cerca de los peldaños del edificio. Hassell también había bajado a la calle, y parecía llevar unos pantalones encima del pijama.

—¡Alguien deseaba eliminar a la señora Bortz! —declaró.

—¿Tiene enemigos? —quiso saber el policía.

—Todos los habitantes de la casa —asintió Murphy sombríamente—, pero no puedo imaginarme siquiera que alguno pusiera una bomba en su coche.

El corredor de bolsa bostezó.

—Me llamo Murphy —se presentó—, bueno, mi nombre es John Murphy. Vivo en el apartamento
1 E
y no he visto nada. Sólo he oído la explosión y el ruido del auto al chocar con la boca de riego. Corrí con esos chicos para ayudar a sacar del coche a la portera. Bien, como esta noche hemos dormido muy poco, me concederé el día libre y volveré a la cama. Si ustedes, los policías, desean interrogarme, pueden hacerlo, pero no antes de mediodía. Dormiré hasta entonces.

El agente de bolsa entró en la casa.

El policía le miró irse.

—Han ocurrido varias cosas muy extrañas en este edificio los dos últimos días —comentó secamente.

—¡Ni que lo diga! —asintió Pete. Luego dirigió la mirada hacia Oriente, donde el cielo empezaba a teñirse de color rosa—. Si existe realmente la ley de las probabilidades, tendremos una mañana muy sosegada. Porque ahora ya, ¿qué más puede suceder?

CAPÍTULO 13

¡Fuego!

Tras aquella noche de agitación, el señor Prentice y los agotados investigadores durmieron como leños. Por la mañana, ya tarde, el anciano les sirvió a los muchachos un sabroso desayuno. Jupe hizo funcionar el monitor, pero sólo para mirarlo ocasionalmente. Toda la casa estaba en silencio.

—He de ir al banco —anunció el señor Prentice—. Mañana necesito tener en mi poder diez mil dólares en billetes de pequeña nominación. Me gustaría que uno de vosotros me acompañase.

—Claro, señor Prentice —accedió Jupe—. Sin embargo, sigo opinando que debería comunicar a la policía lo que va a hacer.

—No —negó Prentice—. El Sabueso Cárpato es demasiado valioso para arriesgarme. Si el ladrón se cree en peligro, tal vez lo destruya. He de seguir sus instrucciones al pie de la letra.

Jupiter se acercó a la ventana. En la calle había un taxi. El conductor estaba saliendo de la casa con una enorme maleta. Le seguía la señora Bortz.

—La señora Bortz se marcha —anunció Jupiter cuando el taxi partió.

—Tiene una hermana en Santa Mónica —explicó Prentice—. Y cuando está enferma o le pasa algo se va con ella.

—Sí, supongo que ahora le pasa algo —observó Pete—. Explotar una bomba en el coche de uno es…

Le interrumpió el ruido de cristales rotos, ruido que se oyó a pesar de estar cerrada la puerta que daba al balcón.

—¡Fuego! —gritó una voz—. ¡Fuego! ¡Socorro!

Instantáneamente, los muchachos y el anciano salieron del apartamento a toda velocidad.

En el patio vieron que salían llamas de las cortinas de las ventanas de John Murphy. Sonny Elmquist, descalzo y con el

cabello alborotado, estaba rompiendo los vidrios de las ventanas con ayuda de una silla del hierro del patio.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Prentice.

Retrocedió al interior del piso para llamar a los bomberos.

Pete bajó al patio y cogió otra silla antes de que Bob y Jupe llegaran a su lado.

Alex Hassell salió tambaleándose de su apartamento.

—¡Señor Murphy! —gritó Pete.

Quitó al momento los fragmentos de vidrio roto del alféizar de una ventana y golpeó furiosamente las cortinas encendidas.

—¡Allí!

Jupe había divisado un apagafuegos cerca de la escalera. Lo descolgó y corrió hacia el incendio.

Al cabo de un instante, el agua pulverizada del extintor empezó a apagar el fuego. Las llamas se extinguieron con un siseo de resentimiento, y los muchachos y Sonny treparon por la ventana. Jupe apuntó el extintor hacia un sofá que humeaba cerca de la ventana, y como medida de precaución también dirigió el chorro de agua contra el árbol de Navidad del centro de la estancia.



Los muchachos casi se ahogaron dentro del apartamento lleno de humo. Gritaron sin que el señor Murphy les contestase. Jupe y Pete se agacharon para evitar la humareda y se arrastraron hacia delante. Encontraron al señor Murphy caído en la puerta que había entre la salita y el dormitorio.

—¡Tenemos que sacarle rápidamente de aquí! —jadeó Pete.

Cogió a Murphy por un brazo, le dio vuelta y le abofeteó las mejillas.

Murphy no reaccionó.

—Sácale a rastras —ordenó Jupiter.

Jupe le cogió por un brazo y Pete por el otro. Bob fue hacia ellos y asió al hombre por los pies. Detrás, Sonny Elmquist se ahogaba, tosiendo.

—¡Fuera de aquí! —le gritó Pete—. ¿Quiere ahumarse también?

Elmquist fue hacia la puerta y la abrió.

Siempre agachados, los Tres Investigadores llevaron al inconsciente señor Murphy hacia la puerta, luego a la luz y al aire libre.

Murphy era un peso muerto, tan pesado como un saco de carbón. Sin embargo, los tres amigos consiguieron sacarlo al patio rápidamente. A los pocos segundos, el agente de bolsa se hallaba al lado de la piscina, tendido bajo el resplandor suave del sol, que coloreaba su pálido semblante.

—¡Cielo santo! —gimió el señor Prentice.

Alex Hassell miraba a Murphy fijamente.

—¿Está… está…?

Pete aplicó el oído al corazón de Murphy.

—Vive —anunció.

Llegaron los bomberos con tubos de oxígeno y una ambulancia. Primero penetraron en el apartamento incendiado para apagar cualquier rescoldo que pudiera quedar entre los cortinajes y el tapizado del sofá.

El capitán de bomberos llegó al cabo de unos momentos y fue a reunirse con sus hombres dentro del piso.

Uno de los sanitarios de la ambulancia quitó la máscara del oxígeno del rostro de Murphy cuando éste jadeó, abrió los ojos y trató de apartar la máscara con la mano.

—Bien, caballero —murmuró el sanitario—. Ha tragado usted

una buena ración de humo, nada más. Ha tenido suerte.

Murphy trató de incorporarse.

—Tranquilo —le aconsejó el sanitario—. Le trasladaremos a la sala de urgencias.

Murphy pareció a punto de protestar, pero luego se dejó caer nuevamente al suelo.

—George, trae las parihuelas —le ordenó el sanitario a su compañero.

Murphy no se movió y permitió que le izasen sobre la camilla. Los dos sanitarios le cubrieron con una manta gris y empezaron a llevárselo.

—¿Y si alguien fuese con él? —propuso Hassell.

—Mi sobrino… —gimió débilmente el agente de bolsa—. Haga que avisen a mi sobrino.

Un momento más tarde partió la ambulancia, tocando la sirena.

El capitán de bomberos apareció en la puerta del apartamento en llamas.

—La historia de siempre —masculló. Llevaba en la mano un cigarrillo medio consumido, muy mojado por la espuma acuosa del extintor—. Se quedó dormido con el cigarrillo encendido. El cigarrillo cayó al sofá, se fue consumiendo, y al final se incendió el tapizado. Esto hizo que las cortinas también ardiesen y…

—Por suerte, yo me di cuenta.

Sonny Elmquist seguía descalzo y estaba muy pálido.

—La suerte la ha tenido el fulano que vive ahí. Pudo asfixiarse. Ustedes llegaron a tiempo. Ese árbol de Navidad es auténtico y si las llamas lo alcanzan, todo el apartamento habría ardido en un minuto.

—¿Se durmió con el cigarrillo encendido? —insistió Jupe.

—Hijo, lo hace, por desgracia, mucha gente. No hace mucho, un tal Anthony Maartan hizo lo mismo, y estuvo a punto de abrasarse al incendiarse las sábanas —explicó el capitán.

—¡Pero el señor Murphy tenía un cenicero especial! —replicó Jupe—. Afirmaba que era a prueba de fuegos… Que podía dejar cualquier cigarrillo encendido encima sin el menor temor. Y el cigarrillo no podía caer del cenicero.

—Puede ocurrir cualquier cosa si un individuo deja encendido un cigarrillo y se duerme —objetó el capitán de la policía.

—Y el señor Murphy estaba dormido —intercaló el señor Prentice—. Dijo que pensaba dormir hasta mediodía. Debió tumbarse en el sofá y quedarse dormido casi al momento.

—Pero nosotros le encontramos en el suelo del dormitorio. Si estaba durmiendo en el sofá, ¿por qué no abrió la puerta rápidamente y salió del apartamento? —razonó Jupiter.

—El humo le aturdió —explicó calmosamente el capitán de los bomberos—. Es muy corriente. Cuando se encontró cegado por el humo perdió el sentido de la orientación.

Jupiter y sus amigos se apartaron del capitán y sus muchachos que estaban destrozando el sofá para asegurarse de que no quedaba ningún rescoldo.

—Vaya, este apartamento necesitará una buena reparación —comentó Hassell.

—La señora Bortz sufrirá un ataque cuando lo vea —Sonny Elmquist parecía muy contento ante esta idea—. Y a propósito, ¿dónde está la señora Bortz? Lo cierto —añadió sonriendo maliciosamente— es que la encuentro a faltar.

«Cualquiera lo diría», pensó Jupe.

—No hace mucho que se largó en un taxi —explicó el Tercer Investigador.

—¿Y adónde se ha llevado la ambulancia al señor Murphy? —le preguntó Jupe al capitán de la brigada de bomberos.

—A la sala de urgencias del Hospital Central. Es la sala de urgencias de toda esta zona. Y si deciden que no se encuentra en estado de andar por la calle, se quedará allí… o lo trasladarán a otro hospital. Si es que él accede a ello, claro.

Jupiter asintió con el gesto.

—Al Hospital Central —repitió con expresión meditabunda—. Allí es donde está internada también la señorita Chalmers. Pero… ¿por qué se han llevado allí al señor Murphy?

—Porque es la sala de urgencias del hospital y de toda esta zona, vuelvo a repetir —refunfuñó el capitán de bomberos con expresión de enojo.

—No me refería a esto —respondió Jupiter—. El señor Murphy siempre se muestra muy cuidadoso con los cigarrillos. Por tanto, no pudo incendiar su apartamento… ¡Oh, esto no tiene ningún sentido!

CAPÍTULO 14

El cuerpo astral

—¡En esta casa hay un maleficio! —declaró Alex Hassell cuando los bomberos se hubieron marchado—. Primero, Gwen Chalmers, luego la señora Bortz y ahora Murphy.

—Todo empezó con el robo —recordó el señor Prentice.

No miró hacia Sonny Elmquist, que estaba tendido sobre un diván, con los ojos semicerrados a causa del sol.

—Todo estuvo tranquilo hasta hace tres noches —prosiguió el anciano—, en que el ladrón cruzó corriendo este patio. Y desde entonces, se ha acabado la paz para nosotros.

—Sí —asintió Jupe—, y la conclusión es clara. ¡El Sabueso Cárpato está aquí! ¡Y la persona que lo robó también!

—Jovencito, ¿qué estás diciendo? —se enfadó Hassell—. Aquí no hay ningún perro, ni robado ni suelto. Si hubiera uno lo sabrían mis gatos.

—Es una estatua de cristal que representa un perro —puntualizó Fenton Prentice—. Le encargué el Sabueso al artista Edward Niedland, y se lo presté para que lo exhibiese en su exposición de la Galería Maller. Y el lunes por la noche lo robaron del estudio del difunto Niedland.

Alex Hassell exhaló una risita burlona.

—¡De modo que la señora Bortz se refería a esto! Me dijo que usted iba a tener un perro, Prentice, y que sería mejor que vigilase a mis gatos. ¡Un perro de cristal! ¡Ja, ja, ja!

—Sí, siempre andaba leyendo mis papeles —suspiró el anciano —. Naturalmente, pensó que deseaba adquirir un perro. Y esparció la nueva por todo el edificio… ¡y de pronto, alguien robó el Sabueso!

—¡No fui yo! —proclamó Hassell—. Más aún, no pienso quedarme más en una casa donde se envenena a la gente y los

motores de los coches explotan. Sin contar los apartamentos incendiados… ¡Me marcho a un hotel!

Tras esto, corrió a su apartamento. Poco después volvió a salir con una jaula en una mano y una maleta en la otra.

—Volveré a las cinco para dar de comer a mis gatitos —anunció—. Naturalmente, me llevo a Tabitha conmigo. Si alguien desea comunicarse conmigo, estaré en el Hotel Ramona, hasta que aquí vuelva a reinar la calma.

De pronto, Alex Hassell se enfrentó con el señor Prentice.

—Si lo desea, puede registrar mi apartamento. Mas para eso será mejor que se procure un mandamiento judicial.

Salió de la casa. Un momento después se oyó el motor de un coche al ponerse en marcha.

—También puede registrar mi apartamento si lo desea —repitió Sonny Elmquist—. Bueno, he de entrar a trabajar a mediodía, pero aún queda tiempo. Y sin mandamiento judicial alguno.

—¿A mediodía? —se extrañó Bob—. Creí que usted trabajaba por las noches.

—Hoy hago el turno de día —explicó Sonny Elmquist—. Uno de mis compañeros cayó enfermo.

—Estoy seguro de que el Sabueso no está en su apartamento —afirmó Jupiter quedamente—. Ni en ningún otro apartamento de esta casa.

Sonny pareció ligeramente desalentado. Se encogió de hombros y regresó a su apartamento.

—¿Por qué estás tan seguro? —quiso saber el señor Prentice.

—Por la simple razón de que la señora Bortz es muy curiosa —razonó Jupe—, y lo registra y vigila todo. Siempre mete las narices en los asuntos de todos los inquilinos, y éstos lo saben. Hasta hoy, no había salido de la casa. Tiene, como es natural, una llave maestra y puede entrar en cualquier apartamento, menos en el de usted, que hizo cambiar la cerradura. De haber robado yo el Sabueso Cárpato, si viviera en este edificio, no lo guardaría en mi apartamento.

—Sí, claro, es lógico.

—Lo cual no significa que el Sabueso no esté cerca. ¿Por qué alguien está intentando alejar a todos los inquilinos de esta casa? Ayer envenenaron a la señorita Chalmers. Hoy han puesto una

pequeña bomba en el coche de la señora Bortz… que se libró por pelos. Luego, se incendia el apartamento del señor Murphy… Ah, cuando esté mejor recordará tal vez algo.

—¿Crees que el fuego no fue casual? —frunció Bob el ceño.

—Muy posible.

—¿Y supones que fue Sonny Elmquist quién lo provocó? Él fue quien acudió rápidamente. Quizá primero se introdujo en el apartamento a través de la pared para iniciar el fuego, y luego fingió acudir al rescate del señor Murphy antes de que el incremento del fuego arruinase todo el piso.

—¿Cómo podríamos demostrar una teoría tan atrevida como ésta? —inquirió Pete.

—Para empezar —prosiguió Bob—, iré a hablar con el doctor Barrister.

El doctor Barrister era un profesor de antropología de la universidad de Ruxton, muy próxima, un científico que ayudaba algunas veces con sus conocimientos sobre brujería y ocultismo a los Tres Investigadores.

—Tal vez —agregó Bob—, no fue Elmquist quien inició el fuego, pero sí parece capaz de atravesar las paredes. Y el doctor Barrister quizá pueda darme una explicación.

—Pues yo prefiero aferrarme al mundo real —declaró Pete—. Seguiré a Sonny Elmquist cuando vaya a trabajar. Dice que irá al mercado, pero no tenemos más que su palabra. También me aseguraré de que Hassell se ha inscrito en ese hotel.

—Y yo —añadió Jupe— visitaré algunos hospitales. Necesito cierta información referente a la señorita Chalmers y el señor Murphy.

El señor Prentice estaba muy alarmado.

—¡Eh! Yo pensaba ir al banco con uno de vosotros. No quiero llevar solo tanto dinero.

—No, ni tampoco ha de quedarse solo aquí —asintió Jupiter—. ¿No tiene ningún amigo que pudiese hacerle compañía?

—Claro, Charles Niedland.

El anciano le llamó inmediatamente, y Niedland prometió que tardaría muy poco en llegar.

Bob llamó al doctor Barrister y después fue a coger un taxi. Veinte minutos más tarde estaba conversando con el profesor en su

despacho de la universidad de Ruxton. El rostro usualmente inexpresivo del profesor, temblaba de animación.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Barrister—. ¿Qué especie de fenómenos psíquicos han descubierto los Tres Investigadores?

Bob le explicó todo lo relativo a la sombra que visitaba el apartamento del señor Prentice.

—Hum… —rezongó el profesor—. Creo que esto no forma parte de mis experiencias. Soy un experto en las tradiciones de las tribus maorís y en la brujería que se practica en el Caribe y otras zonas de la tierra. Y lo que tú me has descrito parece una verdadera experiencia psíquica. Creo en muchas cosas que otras personas no juzgan que sean ciertas, pero la verdad es que no creo en fantasmas. Sin embargo —Barrister volvió a animarse—, hay una colega cuya mente está más libre de prejuicios que la mía a este respecto.

—Ya sabía que usted podría ayudarnos —sonrió Bob.

—Haré cuanto pueda —asintió el profesor Barrister—. Ven conmigo. Te presentaré a la profesora Lantine. Es la jefe de nuestro departamento de parapsicología. La mitad de los miembros de esta Facultad creen que está mochales, y la otra mitad temen que pueda leer en sus mentes. Te gustará conocerla.

La profesora Lantine, a la que encontraron en un edificio de ladrillos detrás del gimnasio, resultó ser una mujer de agradable aspecto, de unos cuarenta años. Estaba leyendo unas cartas cuando el doctor Barrister y Bob entraron en su despacho. Levantó la vista, sonriendo ampliamente al ver al profesor, y agitó un papel.

—¿Sabe qué es? —preguntó triunfalmente—. Es una nota de un caballero de Dubuque que asegura que está embrujado por el fantasma de su hermana… aunque en realidad no tiene ninguna hermana.

—Su correspondencia es sumamente fascinante, Eugenia —sonrió Barrister.

Sentóse ante el escritorio y le hizo señas a Bob para que le imitase.

—Le presento a Bob Andrews —dijo—. Forma parte de un grupo de investigadores privados, y posee una historia que creo le interesará a usted.

—¿Investigadores privados? —repitió la profesora Lantine. Sus pupilas chispearon con animación—. Pero ¿no es demasiado joven

para esto?

—La juventud tiene sus ventajas —aseguró el doctor Barrister—. Los jóvenes poseen muchas energías, son muy curiosos y tienen muy pocos prejuicios. Bob, relátale a la profesora Lantine vuestro último caso.

Bob volvió a narrar su historia relativa a los sucesos ocurridos en el apartamento del señor Prentice. Esta vez también mencionó la experiencia de Jupe con el fantasma de la iglesia.

—¡Oh, sí! —exclamó la profesora Lantine.

—¿Ha oído ya hablar de ese fantasma del pecador? —inquirió Bob.

—En efecto, el rector actual me habló de eso hace algún tiempo —explicó la profesora—. A menudo me consultan en asuntos de esta clase. El padre McGovern nunca había visto un fantasma, pero su ama de llaves estaba sufriendo un verdadero quebrantamiento nervioso por esta causa. La persona que su amigo vio en la iglesia, un hombre delgado y de pelo blanco, con un cirio, encaja con la descripción. El supuesto pecador era un hombre delgado, de cabellos muy blancos. Sin embargo, después de interrogar al ama de llaves, descubrí una cosa muy interesante. Esa mujer nació en un pueblecito de Irlanda, en Dungalway, y la iglesia de aquella localidad es muy famosa. Se dice que está embrujada por el fantasma de un hombre que se ahogó en el mar. Yo pasé varias noches en la iglesia de San Judas y no vi nada. También hablé con varios residentes del Paseo de la Plaza. Y aunque los más ancianos creían en el fantasma, nadie lo había visto. Creo que la señora O'Reilly lo ha creado con su fantasía. Sin darse completamente cuenta de ello, lo ha reconstruido de los cuentos oídos en su niñez.

La profesora hizo una pausa y puso una expresión más grave.

—Pero el visitante espectral del apartamento es otra cuestión —afirmó.

La profesora Lantine se inclinó hacia delante, confidencialmente.

—Dices que se ha aparecido en el apartamento del señor Prentice cuando vosotros sabíais, con toda exactitud, que ese Sonny Elmquist estaba en su piso durmiendo.

—En efecto —confirmó Bob.

La profesora Lantine sonrió muy complacida.

—¡Delicioso! —exclamó—. ¡Es un vagabundo!

—Bueno, supongo que sí —asintió Bob—. Pero el señor Prentice no lo encuentra tan delicioso. ¿Cómo lo logra Sonny Elmquist? ¿Cómo hace el truco?

La profesora se dirigió a un archivador y sacó varias carpetas.

—Si es un auténtico errante astral, sale de su cuerpo cuando duerme y se pasea por el espacio.

Bob contempló absorto a la profesora Lantine.

La mujer volvió a sentarse y abrió una carpeta.

—Hay muy pocos casos examinados bajo condiciones de laboratorio —explicó—. Las personas que pueden realizar esta evasión de su cuerpo no suelen acudir a los laboratorios. Se lo callan. Deciden que se están volviendo locos o que poseen una doble vida. Pero el año pasado vino una señora al laboratorio.

—¿Una errante astral?

—Sí. Era una ama de casa que vivía en Montrose. No puedo decir su nombre porque es un asunto confidencial.

Bob asintió.

—Durante algún tiempo se sentía desplazada —explicó Eugenia Lantine—. Soñaba verdaderos sueños.

El doctor Barrister se inclinó hacia delante.

—¿Quiere decir que soñaba cosas que luego sucedían?

—No del todo. Por ejemplo, soñaba que asistía a una fiesta de cumpleaños en casa de su madre, en Akron. Lo veía todo con gran claridad. Era el cumpleaños de su madre, y allí estaban sus dos hermanas. Había allí un pastel de cumpleaños con nata y flores rosadas, por ejemplo, y una sola vela. Cuando tuvo este sueño, a la mañana siguiente se lo contó a su esposo. El hombre no le prestó mucha atención hasta que la mujer recibió una carta de una de sus hermanas. Con la carta habían adjuntado una fotografía de la fiesta de cumpleaños. Y allí se veía exactamente lo que había soñado el ama de casa. Los miembros de la familia vestían igual, y había un pastel blanco con flores rosadas y una sola vela encima de una mesa. El marido de la soñadora se puso nervioso y la instó a venir a vernos.

La profesora hizo una pausa y guardó los papeles en la cartera.

—Aquella mujer nos confesó que estas cosas le ocurrían con gran frecuencia. Esto no le gustaba y trataba de no pensar en ello.

Pero cuando soñaba solía ver cosas que sucedían a gran distancia con gran claridad, cosas que ella no podía saber que estaban ocurriendo, por lo que más tarde resultaba que había asistido a un hecho real.

—¿Y ustedes comprobaron todo esto en el laboratorio? —insistió Bob.

—Sí. La convencimos para que se quedase unos días en la universidad. Dormía en una salita adjunta al laboratorio, donde podíamos observarla a través de un ventanillo opaco. Ella sabía que en un estante situado encima de la cama, un estante demasiado alto para que ella lo alcanzase, había un papel con un número escrito en el mismo. Era un número muy largo… de diez cifras, y todos ignorábamos cuál era. Una secretaria de otro departamento lo había puesto a máquina, al azar. Sin mirar lo que había puesto en el papel, guardó lo escrito en un sobre y nos lo entregó.

—Muy escrupuloso —comentó el profesor Barrister.

—Después de dormir la primera noche en el laboratorio, el ama de llaves de Montrose no pudo decirnos el número entero, pero sí describió el sobre, que estaba debidamente lacrado. Y sin embargo, no había abandonado el lecho en toda la noche.

—¡Qué raro! —exclamó Bob.

—Entonces, hicimos que un bedel abriera el sobre, sacara el papel sin mirarlo y lo dejara boca arriba en el estante. El ama de casa durmió la segunda noche en el mismo sitio. A la mañana siguiente, nos recitó todo el número entero. Cogimos el papel, comprobamos las cifras… ¡y no se había equivocado en ninguno!

—¿La estuvieron vigilando toda la noche? —quiso saber Bob—. ¿No se levantó ni intentó coger el papel del estante?

—No se movió en toda la noche. Y no obstante, logró que su espíritu abandonase su cuerpo y leyese el número. O, como decimos nosotros, que su cuerpo astral abandonase su cuerpo físico.

Bob reflexionó un instante.

—¡Pero esto no demuestra nada! —exclamó al fin.

—Demostraría cómo sabe el errante astral que molesta al señor Prentice que éste posee un mandala —observó el doctor Barrister.

—Pero nadie vio cómo se movía aquella mujer —replicó Bob—. El señor Prentice, en cambio, ha visto a Sonny Elmquist, a alguien que se le parece, o a una sombra, en su apartamento.

—¿Y mientras tanto —inquirió la profesora Lantine—, ese Elmquist estaba durmiendo?

—Sí, por lo que sabemos.

—Es raro, pero también esto ha sucedido —declaró—. Es otro caso, ligeramente distinto. Abrió una segunda carpeta.

—Un hombre que vivía en Orange. Toda su vida ha sufrido sueños perturbadores, soñando que estaba en algún lugar y viendo cosas que más tarde se enteraba de que habían ocurrido en la vida real. Al revés que la mujer de Montrose. Sin embargo, ¡alguien vio su cuerpo astral!

—¿De veras? —Bob parecía incrédulo.

—Ese hombre de Orange tenía un amigo en Hollywood, al que llamaré Jones. Éste, estaba sentado una noche en su casa, leyendo un libro. Su perro ladró y él pensó que alguien merodeaba por su patio. Se levantó para investigar, y entonces, en el vestíbulo, vio claramente a su amigo de Orange… al que llamaré Jim. Jones le vio tan claramente que le habló. Pero Jim no respondió. En su lugar, dio media vuelta y subió al primer piso. Cuando Jones le siguió, no le halló por ninguna parte.

—Efectivamente, es extraño —murmuró Barrister.

—Jones encontró el caso tan inquietante que inmediatamente telefoneó a su amigo Jim, quien contestó personalmente a la llamada. Jim estaba profundamente dormido, soñando que estaba en casa de Jones, que le veía leer, y que ambos se encontraban en el vestíbulo. En su sueño, Orange sintióse amenazado cuando Jones le habló, por lo que subió para ocultarse en un armario. El sueño terminó cuando sonó el teléfono.

—¡Una buena noche! —exclamó Bob.

—Sí —sonrió la profesora Lantine—. Algo asombroso… y espantoso. Asusta a la gente que tiene el poder de desprenderse de su cuerpo astral, y asusta también a los que captan algún vislumbre de dicho cuerpo.

—Exacto, Sonny Elmquist ha asustado al señor Prentice —declaró Bob—. Pero ¿cómo podríamos estar seguros de que se trata de un errante astral?

—No es posible —observó la profesora—. Aunque tal vez ese Sonny consintiera en venir aquí para efectuar unos experimentos. Para demostrar que posee esta extraña habilidad. Aunque en

realidad, esto no demostraría nada concluyente.

—Entiendo —asintió Bob—. Mientras tanto, el señor Prentice no tiene medio alguno para impedirle que penetre en su apartamento, ¿verdad?

—Si es un errante auténtico, no. Sin embargo, el señor Prentice no tiene por qué asustarse. Esas personas son inofensivas. No hacen nada. No pueden. Son… meros observadores.

—¿Quiere decir que no pueden tocar nada?

—Al menos, aparentemente no pueden mover nada —respondió la profesora Lantine—. El ama de casa de Montrose, por ejemplo, no pudo leer el número estando el papel dentro del sobre. Lo tuvimos que dejar abierto nosotros.

—De modo que si Elmquist es un errante astral, no puede hacer nada mientras se pasea en sueños —dedujo Bob.

—Exactamente.

—Pues Sonny Elmquist desea ir a la India —añadió el muchacho —. Quiere estudiar allí.

La profesora Lantine asintió.

—Existe la creencia, muy extendida, de que los místicos indios conocen secretos negados a los occidentales. Pero yo lo dudo. Sin embargo, si Elmquist es un errante astral auténtico, tal vez piense que en la India descubrirá muchas más cosas.

—Bien, dejemos por ahora la sombra del apartamento del señor Prentice —manifestó Bob—. Pero ¿y el pastor fantasma?

La profesora Lantine se encogió de hombros antes de contestar.

—No hemos podido obtener ninguna prueba de que exista ese fantasma, salvo en el cerebro del ama de llaves. Tal vez tu amigo viera al fantasma de la iglesia, tal vez no. En realidad, yo nunca he visto ninguno, y eso que llevo muchos años tratando de encontrar alguno. Tal vez existan… ¿Quién sabe?

CAPÍTULO 15

Las víctimas

Cuando Bob Andrews se hubo marchado a la universidad de Ruxton, Jupe llamó al Hospital Central. Le contestaron que John Murphy, después de haber sido tratado por inhalación de humo, había sido trasladado a la Clínica Belvedere, entre cuyo personal se hallaba su médico de cabecera. Gwen Chalmers seguía en el Hospital Central. Jupe decidió visitarla antes.

Halló a la señorita Chalmers en una salita privada. Estaba sentada en la cama, contemplando desdichadamente la ventana.

—Hola —saludó a Jupe cuando éste se presentó en la puerta—. Tú eres el joven amigo del señor Prentice, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo está? —inquirió Jupiter, avanzando.

—Bastante bien, teniendo en consideración que intentaron matarme —fue la respuesta—. Además, tengo hambre. Y sólo quieren darme gelatina y leche —pateó con impaciencia las ropas de la cama—. ¡Procura que nadie te envenene nunca! —le aconsejó humorísticamente a Jupiter.

—¡Lo procuraré! —repuso él con no menos humor.

Inspeccionó cuidadosamente a la joven. Aunque estaba alterada, su semblante no ofrecía la expresión de una persona desgraciada. En las comisuras de sus labios había varias arrugas, seguramente a causa de reír mucho.

—¿Sabe qué veneno era? —preguntó Jupiter.

—Un producto químico muy corriente —repuso la señorita Chalmers. Parecía un poco triste por esto—. La policía me dijo el nombre, pero no me acuerdo. No era ni arsénico ni estricnina, los venenos más empleados en las novelas de detectives.

—¡Pues tuvo suerte! —exclamó cordialmente Jupiter—. De haber tomado estricnina, ahora no estaría aquí.

—Lo sé, lo sé… He de agradecer que el veneno sólo me pusiera

un poco enferma. Comer bombones envenenados es bastante melodramático —rió la joven.

—¿Consiguió encontrar algún rastro la policía?

—Dijeron que no era posible seguir el rastro del veneno —contestó Gwen Chalmers—. Y que en cualquier tienda es posible adquirir bombones de aquella marca.

Su mirada se dirigió a la planta con tiesto que había sobre la mesilla de noche.

—¿Un obsequio? —preguntó Jupe.

—De las muchachas que trabajan conmigo —asintió ella—. Esta mañana llamé a mi oficina. Inmediatamente me enviaron esta planta. Es muy bonita.

—Entonces, usted tiene muchas simpatías, ¿verdad?

La señorita Chalmers se echó a reír.

—¡Pareces un policía! —exclamó—. Estuvieron media mañana tratando de saber si yo tenía enemigos. ¡Qué tontería! La gente como yo no tiene enemigos, mortales al menos.

—Seguro que no —asintió Jupiter gentilmente—. Al señor Prentice le encantará saber que usted se encuentra mucho mejor.

—Es un buen hombre al que aprecio —manifestó la joven—. Y me alegro de que vaya a comprar un perro.

Al oír esto, Jupiter se puso alerta.

—¿El Sabueso Cárpato?

—Sí, me contó que…

—¿Él le contó que iba a recibir un Sabueso Cárpato?

La señorita Chalmers frunció el entrecejo en un esfuerzo por recordar.

—No, bien pensando, no fue él quien me lo dijo. Creo que fue la señora Bortz. Sí, claro. El sábado pasado. Yo estaba en la piscina y la señora Bortz daba vueltas a mi alrededor, fingiendo aguardar el correo. Sí, ella me explicó que el señor Prentice pensaba adquirir un perro, aunque no se lo había comunicado oficialmente. Estaba bastante molesta por esto. No le gusta que haya perros en la casa, aunque no lo entiendo. Alex Hassell tiene todos esos gatos vagabundos todas las tardes, a los que da de comer.

—Bien —asintió Jupe—. ¿Desea que le traiga algo de su casa?

Ella negó con el gesto.

—La ayudante de las señoras ya me ha traído cepillo y pasta de

dientes, y otros artículos de tocador. Además, mañana o pasado ya estaré en casa. Sólo me han retenido para observación.

Jupe se despidió y se marchó, meditando profundamente.

De modo que la señorita Chalmers sabía algo sobre el Sabueso Cárpato, aunque estaba en un error al creer que se trataba de un perro vivo. Sin duda, todos los habitantes del edificio sabían que el señor Prentice no tardaría en comprar un perro. Pero ¿cuántos estaban enterados de que en realidad se trataba de una escultura de cristal esculpida por el difunto Edward Niedland?

¿Podía saberlo Sonny Elmquist? ¿O Murphy? Sería interesante oír a Murphy.

Un coche se hallaba parado en el aparcamiento del hospital. El conductor estaba agazapado en su asiento, leyendo un periódico.

—¿Sabe dónde está la clínica Belvedere? —preguntóle Jupe.

—Seguro, chico. Hacia Wilshire y Yale.

Jupe se metió en el taxi.

—Vamos hacia allá.

—Listo.

El taxista hizo bajar la bandera del taxímetro y el coche salió del Hospital Central. Jupe se dio cuenta de que se dirigían hacia la casa del señor Prentice. En realidad, la Clínica Belvedere resultó ser un pequeño hospital particular, que se hallaba a sólo dos manzanas del Paseo de la Plaza.

Jupe pagó la carrera y entró en el edificio.

Comparado con el Central, era elegante. La sala de recepción ostentaba una gruesa alfombra, y estaba decorada con varios ornamentos de Navidad. La recepcionista no vestía de blanco, sino una bata rosada. Llamó a la sala de John Murphy y anunció que un tal Jupiter Jones estaba allí y que deseaba ver al enfermo. Luego sonrió y le dio a Jupe el número de la sala.

La sala de Murphy era la grande de una esquina. Por dos amplios ventanales entraba a raudales la luz del sol. Murphy estaba en cama, con su rostro, usualmente rubicundo, tan blanco como las sábanas. Su sobrino, Harley Johnson, estaba sentado en un sillón al pie de la cama, mirando a su tío con una mezcla de diversión y reprobación.

Murphy casi taladró a Jupe con la mirada, cuando el muchacho entró en la estancia.

—Si vienes también a pronunciar un sermón —gruñó—, puedes ahorrarte, las palabras. Ya he escuchado de boca de Harley todo lo que soy capaz de aguantar en un día.

—Siempre dije que el fumar te mataría —declaró Hayler—, aunque no esperaba que fuese tan pronto.

—Estaba cansado —murmuró su tío.

Su voz sonaba monótona.

Hizo una pausa, carraspeó y prosiguió:

—Estaba cansado, nada más. Usualmente tengo mucho cuidado. Ni siquiera tengo cigarrillos en el dormitorio.

—Entonces, deberías dormir en tu cama y no en el sofá —le recriminó Harley.

Murphy soltó un gemido.

—¡No hay nada tan terrible como un sobrino puritano!

—¿No es esto lo que ocurrió? —intervino Jupiter—. Se quedó dormido en el sofá y dejó caer el cigarrillo.

—Supongo que sí —admitió Murphy—. En realidad, no se me ocurre nada más. Recuerdo haber entrado en mi apartamento… después de la explosión del coche de la señora Bortz, y haberme sentado. Pensaba fumar el último cigarrillo y acostarme. Debí dormirme. Lo primero de que me enteré fue que el apartamento estaba lleno de humo. Busqué la puerta… y perdí el conocimiento.

—Fue usted en dirección contraria —explicó Jupe—. Hacia el dormitorio.

Murphy asintió.

—Y tú me sacaste de allí.

—Lo hicimos entre todos —declaró Jupiter—. Bob, Pete y Sonny Elmquist. Él fue quien observó el fuego.

—Un tipo muy raro —musitó Murphy—. Nunca me gustó. Y ahora, en cambio, le debo la vida.

—Señor Murphy —dijo Jupiter de repente—, ¿sabía que el señor Prentice iba a tener un perro?

—¿Un perro? —Murphy levantó la cabeza de la almohada—. ¿Y para qué quiere Prentice un perro en casa? Creo que tiene el piso abarrotado de antigüedades y objetos de valor… ¿Un perro? Bah, esto es una broma.

—La señora Bortz está bastante inquieta por esto —insistió Jupiter.

—Oh, la señora Bortz se inquieta con gran facilidad. Por otra parte, ¿quién hace caso de esa mujer? Tiene la lengua más larga y viperina que una serpiente.

Se estiró como si estuviese muy cansado.

—Aún me muevo —murmuró. Miró a Jupe—. Vosotros, chicos, también deberíais huir de esa casa. No es segura.

Harley se puso en pie y se acercó más a la cama.

—Por ahora, no te preocupes por nada —manifestole a su tío—. El médico dijo que necesitas descanso. Daré una vuelta por tu apartamento y trataré de dejarlo en buen estado. Cuando estés mejor, podrás buscar otro piso.

—Eres un buen muchacho, Harley —sonrió el tío—. A veces pienso que serías mejor guardián mío que yo de ti.

Harley y Jupiter salieron juntos.

—Mi tío fuma demasiado —rezongó el joven—. Y también trabaja con exceso y se preocupa mucho. En cierto modo, me alegro de lo sucedido.

Jupe miró fijamente a su acompañante.

—Naturalmente, no me alegro de que esté en el hospital —se corrigió rápidamente—. Pero últimamente estaba muy nervioso y dormía mal. Lo observé cuando estuve con él por Navidad. Se levantó un par de veces y dio varias vueltas, pensando que yo dormía. Ignoro si sus negocios van bien. En fin, la inhalación del humo no fue grande. Vosotros lo sacasteis de allí a tiempo. Pero el médico desea tenerle en cama un par de días para efectuar unos análisis y conseguir que duerma tranquilo.

—El descanso le vendrá bien —asintió Jupe, saliendo ya de la clínica, para encaminarse por Wilshire hacia el Paseo de la Plaza—. Últimamente, las cosas se han complicado. Usted estaba allí la noche del robo, ¿verdad?

—¿Quieres decir cuando el ladrón atravesó corriendo el patio desde la otra calle? No, me perdí el espectáculo. Había salido a cenar temprano con unos amigos, para ir luego a un teatro. Después me lo contó todo tío John. Y finalmente, me he enterado de que estalló una bomba y quisieron envenenar a una señorita. Tío John tiene razón. Esa casa no es segura en absoluto.

—¿Le dijo alguien a usted que el señor Prentice pensaba adquirir un perro? —inquirió Jupe.

—No. Claro que nadie podía decírmelo, aparte de mi tío. Bueno, no suelo rondar por el patio cuando le visito. No resisto la charla de la señora Bortz.

Harley se puso a silbar entre dientes cuando vio las ventanas del apartamento de su tío. De los marcos sobresalían unos fragmentos de vidrio. Los cortinajes quemados estaban hechos jirones.

—Supongo que lo mejor será llamar antes al vidriero —calculó, sacando del bolsillo un manojo de llaves—. Me apuesto cualquier cosa a que dentro todo está arruinado. Vaya, escogí un mal momento para dejar solo a mi tío. Podría haberme quedado con él al menos diez o doce días más.

Cuadró los hombros y entró en el apartamento del agente de bolsa.

Jupiter hizo una pausa antes de subir al balcón, tratando de seleccionar todos sus conocimientos sobre el caso.

¿Era acaso Gwen Chalmers una víctima realmente inocente?

¿Ignoraba verdaderamente Murphy que el señor Prentice poseía el Sabueso Cárpato?

¿Era Harley Johnson el muchacho inocente que aparentaba ser?

En cuyo caso, tan sólo Sonny Elmquist quedaba como culpable. Efectivamente, Elmquist era el único vecino que podía también estar enterado del asunto referente al perro de cristal. Y asimismo, Sonny Elmquist era el único vecino que vivía aún en la casa de apartamentos. Todos los demás, o se habían marchado, como Alex Hassell, o estaban en un hospital, como la señorita Chalmers y el señor Murphy, aunque tal estancia pareciera forzosa a causa de las circunstancias. Circunstancias que, naturalmente, podían haber sido provocadas.

De pronto, Jupiter se acordó de alguien más. Alguien que empleaba la violencia para echar a la gente de aquella casa. ¿La utilizaría la próxima vez contra los Tres Investigadores?

CAPÍTULO 16

El perro invisible

Cuando Jupiter tocó el timbre del apartamento del señor Prentice, abrió la puerta Charles Niedland.

—Adelante —le invitó. Luego añadió—: Tu amiguito Bob acaba de regresar de la universidad de Ruxton, y está ansioso por contarnos algo interesante.

Bob estaba sentado en el sofá con la libreta abierta sobre sus rodillas. El señor Prentice estaba cómodamente instalado en una silla antigua.

—¿Cómo está la señorita Chalmers? —se interesó el anciano.

—Muy bien —repuso Jupe.

—Me alegro mucho. ¿Y el señor Murphy? ¿Le has visto?

—Sí, claro. No está grave en absoluto. ¿Consiguió usted el dinero para el rescate del Sabueso?

Charles Niedland señaló una bolsa de papel marrón que estaba sobre una mesita.

—Nunca había estado tan nervioso en mi vida —comentó—. Usualmente, llevo tres dólares en mi cartera y algunas tarjetas de crédito. Fenton Prentice ha dado hoy una vuelta por la ciudad con diez mil dólares en esa bolsa de papel. ¡Terrible!

Jupe contempló la bolsa y sonrió.

—Muy hábil —alabó—. Parece una bolsa de la compra. Es prácticamente invisible.

Volvió a sonar el timbre y Charles Niedland abrió. Entró Pete.

—Al encargado del mercado no le gustan los chicos que entran allí, dan vueltas y leen las revistas del quiosco sin comprar nada —informó—. Me amenazó con pegarme. Bien, compré un ejemplar de Los Ángeles Magazine, pero seguí sin gustarle.

Pete se sentó en el sofá, al lado de Bob.

—Supongo que no importa —añadió—. Sabemos, al menos, que

Sonny Elmquist ahora está en el mercado. Y que Hassell está en aquel hotel.

Bob se inclinó hacia delante.

—Sí, hablemos de Sonny Elmquist.

—¿Qué has descubierto? —le preguntó Jupe.

—¡Que algunas personas pueden estar en dos sitios al mismo tiempo! —exclamó triunfal.

Acto seguido explicó todo lo que había sabido en Ruxton respecto a los errantes y el cuerpo astral.

—Dicho de otro modo —concluyó Jupiter, cuando terminó Bob —, que Elmquist puede posiblemente oír y ver a través de las paredes, sin hacer caso de las puertas cerradas.

—Creo que puede trasladarse a donde desee, y quizás a sitios que ni siquiera sabe dónde están. Ignoro qué control o fuerza psíquica posee. Ni siquiera podemos estar seguros de que tenga ese poder. Pero si es como los errantes de que habló la doctora Lantine, sólo puede hacerlo cuando duerme.

—¡Diantre! —exclamó Pete—. Así, sabemos que hoy no puede acecharnos, porque no puede siquiera pegar una cabezadita. Pues bueno se pondría el encargado del mercado si le pillase durmiendo.

Fenton Prentice se levantó y dejó la bolsa con el dinero en una vitrina, que cerró a continuación.

—Supongo que no podrá hacer pasar su cabeza astral por esa puertecita —sonrió el anciano.

—Y aunque lo hiciera, sólo vería una bolsa de papel —manifestó Bob—. Según la doctora Lantine, los errantes sólo pueden pasearse durante el sueño, mas sin tocar nada.

—Lo cual explica por qué aquí nadie ha tocado nada de su sitio desde que le retiré la llave a la señora Bortz —observó Prentice—. Era ella la que abría los cajones y cambiaba de sitio los objetos.

—Exacto —asintió Jupiter—, y también explica por qué Sonny Elmquist sabe que usted posee un mandala. Asimismo, podría estar al corriente de lo del Sabueso Cárpato. Pudo oírle a usted hablando por teléfono con el señor Niedland. Pero si su cuerpo astral no puede mover nada, no pudo ser el ladrón. Estaba dormido cuando tuvo lugar el robo.

Jupe frunció el ceño y se pellizcó el labio inferior.

—Es difícil de creer —objetó—, pero es la única explicación que

encaja. A menos que en este edificio haya dos personas idénticas. Y no creo que dos personas idénticas hubiesen podido vivir en este edificio varios meses sin que nadie se diese cuenta.

—Imposible, rondando por ahí la señora Bortz —sonrió el anciano.

Pete, que estaba ahora asomado a la ventana, manifestó que el sobrino del señor Murphy salía de la casa.

—Entonces, ya estamos solos —Jupe dirigió la vista a la vitrina donde el señor Prentice había guardado el dinero del rescate—. Una bolsa llena de billetes. Y como está dentro de la bolsa, el dinero resulta invisible.

Empezó a sonreír, y de repente le chispearon los ojos.

—Eh, ¿qué te pasa, Jupe? —preguntó Bob, reconociendo las señales de una conmoción mental.

—¿Queréis que os cuente un cuento? —Fue su respuesta.

—Oh, vamos, Jupe, ya somos mayorcitos —gruñó Pete—. Nada de cuentos.

—Es un cuento de asesinatos —continuó Jupe, sin hacerle caso —. Una novelita que leí hace mucho tiempo. Trata de un crimen cometido con un arma invisible.

—¿Sí? —musitó Fenton Prentice, súbitamente interesado.

—En la novela —prosiguió Jupiter—, un hombre y su mujer cenan en una habitación cerrada, con un amigo. El esposo y el amigo discuten durante la cena, y la disputa se convierte en lucha. Los hombres se acometen, y las velas, que son la única luz del cuarto, caen al suelo. Entonces la esposa oye chillar a su marido, y siente que le tiran de la falda. Grita a su vez, y los sirvientes llegan corriendo. Encuentran muerto al esposo, y a la mujer con manchas de sangre en la falda. Han apuñalado al esposo… pero en la habitación no hay ningún arma. Los criados lo registran todo, los policías lo escudriñan todo de arriba abajo, pero nadie encuentra el arma. Al principio, llegan a la conclusión de que el crimen lo ha cometido el diablo.

—¡Valiente cosa! —exclamó Bob sin dejarse impresionar.

—La verdad era —continuó Jupe— que el marido había muerto a causa de un arma invisible… un cuchillo de cristal. El asesino, que era el amigo que había cenado con el matrimonio, apuñaló al esposo en la oscuridad, y luego limpió el cuchillo de cristal en la

falda de la esposa. Después, metió el cuchillo en un vaso de agua alto, que había en la alacena. Dentro del agua, el cuchillo resultaba invisible.

Hubo una pausa general.

—Señor Prentice, ¿por qué quiso alguien envenenar a la señorita Chalmers? —inquirió Jupiter—. ¿Puede haber otra razón que el hecho de que bajara a nadar a la piscina todas las noches?

—¡Dios mío! —murmuró Charles Niedland.

—Y la señora Bortz —prosiguió Jupe—, ciertamente es una fisgona, pero nunca nadie intentó hacerle mal hasta que dijo que quería limpiar la piscina, vaciándola antes, claro. Señor Prentice, hemos estado buscando un perro de cristal que es invisible porque está completamente a la vista… como el cuchillo de cristal en el vaso de agua.

—¡La piscina! —proclamó Bob—. ¡Está en la piscina!

Jupiter se llevó las manos a la cintura.

—Mañana tiene usted que pagar el rescate para el perro de cristal. Pero ¿y si lo recuperamos hoy? Es la hora más adecuada. No hay nadie en toda la casa, excepto nosotros.

—¡Caracoles! —Fue lo único que se le ocurrió al señor Prentice.

—Bob —sonrió Jupiter—, quédate de guardia en la puerta trasera y asegúrate de que no entre nadie por allí. Pete, tú vigila la calle por la puerta principal.

—¿Y tú qué vas a hacer? —indagó Pete. Jupe se encaminaba ya al balcón, desabrochándose la camisa.

—Yo nadaré.

Bob y Pete se apostaron en los sitios designados, y el señor Prentice y Charles Niedland siguieron a Jupe a la piscina.

El muchacho se despejó de todas sus ropas menos de los calzoncillos y, temblando, se deslizó cuidadosamente por la parte menos profunda al agua.

—Ten cuidado —le advirtió prudentemente el señor Prentice.

Jupe vadeó hacia el extremo más profundo, escrutando las losetas doradas y azules del fondo. Cuando el agua le llegó a la barbilla se sumergió, hundiéndose. Luego, nadando como una rana, avanzó al frente, justo por debajo de la superficie del agua.

Volvió a patear y de pronto cogió algo.

—¡Lo ha encontrado! —exclamó Fenton Prentice gozosamente

—. ¡Por Dios que lo ha encontrado!

Jupe surgió a la superficie. En la mano llevaba un objeto del que colgaba una cuerda. Nadó hasta el borde de la piscina y ofreció el trofeo al señor Prentice.

—¡El Sabueso! —exclamó el anciano.



Cogió la escultura y le dio varias vueltas en sus manos. Era una figura de extraña belleza, representando un musculoso perro, con una cabeza maciza, cuadrada casi. Los ojos redondos estaban rodeados por oro, y también era oro lo que formaba las fauces del animal. La escultura medía unos quince centímetros de altura, desde la base hasta las puntas de las enhiestas orejas. Entre los pies del perro había un cráneo humano. Alguien había anudado una cuerda muy larga en torno a la parte central del perro.

—Muy simple —comentó Jupiter—. El ladrón ni siquiera tuvo que meterse en la piscina. Arrió el perro por medio de la cuerda hasta que tocó fondo. Luego la soltó. La cuerda dorada resultaba invisible contra el dibujo de losetas de color azul y oro del fondo.

—¡Muy ingenioso! —declaró Charles Niedland.

—¿Puedo bajarlo otra vez? —preguntó Jupiter.

—¿Cómo? —se alteró Fenton Prentice.

—He preguntado si puedo volver a bajarlo. A dejarlo otra vez en la piscina.

—Pero ¿por qué?

—Porque esta noche el ladrón puede volver a buscar al perro. Todavía espera que usted le entregue mañana el dinero. Dejaremos el perro invisible en su lugar, luego vigilaremos por medio del monitor… ¡y descubriremos quién fue el ladrón!

—Comprendo.

Pero Fenton Prentice todavía sostenía el perro.

—Eso tiene sentido común, Fenton —aprobó Charles Niedland.

—¡Pero… el perro puede sufrir algún daño… romperse!

—Si hasta ahora el ladrón tuvo cuidado con la estatua, creo que también lo tendrá esta vez —razonó Jupiter.

Fenton Prentice suspiró y le devolvió la estatua de cristal a Jupiter, el cual la hizo descender lentamente al mismo sitio donde la había encontrado.

—Necesito una toalla —dijo—. No quiero que sepa nadie que he buceado por la piscina. No deben quedar huellas húmedas en torno al patio.

Charles Niedland subió y bajó de nuevo al cabo de medio minuto con varias toallas y una esterilla de baño. Jupe saltó desde el agua a la estera y se secó apresuradamente.

—¡Viene Hassell! —gritó Pete desde el portal.

Acto seguido, penetró en el patio.

—¡Avisa a Bob! —ordenó Jupe, recogiendo sus ropas—. ¡De prisa, todo el mundo arriba!

Cuando el quinteto entraba en el apartamento de Prentice, oyeron pisadas en los peldaños de la calle. Jupe puso en funcionamiento el monitor y vieron cómo Alex Hassell cruzaba el patio y entraba en su apartamento.

—No ha mirado siquiera la piscina —comentó Jupe.

—¿Por qué debía mirarla? —quiso saber Bob.

—Porque, aunque tuve mucho cuidado, el agua está un poco arremolinada. Siempre sucede lo mismo cuando una persona se mete en una piscina. Tardará algún tiempo en volver a aquietarse por completo.

—Por consiguiente, Hassell no es el ladrón —decidió Pete.

—O no es el ladrón, o teme ser vigilado. De haber mirado hacia la piscina, tal vez su reacción habría sido demasiado visible. Ya veremos.

Los gatos empezaron a acudir al patio. Se agruparon en semicírculo delante de la puerta de Hassell, a la espera. Por fin, salió el dueño del apartamento con varios platos. Los gatos empezaron a comer, contemplados por el hombre. Al mismo tiempo, los acariciaba y les hablaba mimosamente. Después, todos desaparecieron. Poco después, Hassell también salió de la casa.

Los muchachos ayudaron a Fenton Prentice a guisar la cena y comieron todos, mientras uno de los Investigadores vigilaba constantemente el monitor. A las once se apagaron las luces del patio.

Pete cogió su chaqueta del perchero.

—Volveré a vigilar desde el balcón.

—Yo te acompañaré —se ofreció rápidamente Jupiter.

Bob se puso en pie.

—Contad conmigo. Esta noche sucederá algo… ¡y quiero estar presente!

CAPÍTULO 17

La sombra actúa

A medianoche se abrió la puerta de la calle. El delgado y encorvado Sonny Elmquist apareció en el patio y penetró en su apartamento. Una luz brilló allí brevemente, iluminando la ventana, y al fin se apagó.

Los centinelas que estaban en el balcón siguieron aguardando.

Se abrió y cerró la puerta. ¡Los Tres Investigadores vieron cómo una sombra se movía abajo! Pete asió el brazo de Jupiter.

La sombra se acercó lentamente hacia el extremo menos profundo de la piscina. Se deslizó dentro del agua en completo silencio y avanzó, sin hacer apenas oleaje.

De repente, oyeron cómo la sombra respiraba perceptiblemente. Se hundió bajo la superficie del agua con un leve chapoteo. De pronto brilló un rayo de luz bajo el agua. La persona que estaba en la piscina se había provisto de una linterna impermeable. El rayo de luz se paseó por el fondo de la piscina.

Apareció una mano iluminada por la linterna. Se extendió hacia abajo y se cerró en torno a un objeto invisible: ¡el Sabueso Cárpato transparente!

La sombra se elevó en el agua y salió de la piscina silenciosamente.

Un instante después se abrió y cerró de nuevo una puerta.

Pete retrocedió inmediatamente y tabaleó a la puerta del apartamento de Prentice, la cual se abrió al momento.

—Era Elmquist —susurró Pete.

Los Tres Investigadores, junto con Prentice y Charles Niedland, corrieron abajo.

Las ventanas del apartamento de Sonny Elmquist continuaban a oscuras.

—Puede haber vuelto a andar su cuerpo astral en sueños —

murmuró Pete.

—¡Tonterías! —declaró Jupiter.

Fue a tocar el timbre de Elmquist, aguardó un segundo y volvió a llamar.

Se abrió la puerta. Elmquist apareció envuelto en un batín, descalzo y enseñando las piernas por debajo de la prenda.

—¿Qué hay? —preguntó—. Estaba durmiendo. ¿Qué quieren ustedes?

Jupe alargó la mano desde el umbral y dio vuelta a un interruptor eléctrico. Se encendió una lámpara, dejando ver que Sonny Elmquist tenía el pelo como pegado húmedamente al cráneo.

—¡Usted acaba de salir de la piscina! —le acusó Jupiter.

—Oh, yo no… —Elmquist empezó a negar, pero de pronto sintió correr una gota de agua por la frente—. Estuve en la ducha.

—No, usted ha estado en la piscina —le corrigió Jupe—. Hay pisadas húmedas que conducen a esta puerta.

Elmquist contempló la evidencia y se encogió de hombros.

—De acuerdo, estuve en la piscina. Hoy ha sido un día muy atareado en el mercado. Nadar me ha relajado un poco. ¿Qué pasa?

—¿Dónde está el Sabueso Cárpato? —gritó Prentice—. ¡Maldito canalla! ¡Ladrón!

—¡No sé de qué me habla! —replicó fríamente Sonny Elmquist.

Sin embargo, su mirada se dirigió, lateralmente, hacia su diminuta cocina.

—Supongo que está en una alacena —reflexionó Jupiter—. No ha tenido tiempo de esconderlo en ninguna otra parte.

—¡Estás loco, chico! —protestó Sonny Elmquist.

—Señor Prentice —prosiguió Jupe impertérrito—, será mejor que llame a la policía. Que vengan y traigan un mandamiento judicial de registro.

—¡No pueden registrar mi casa! —chilló Elmquist—. ¡No podrán conseguir ningún mandamiento judicial a esta hora de la noche!

—Tal vez no —asintió Jupiter—. Muy bien, aguardaremos a que amanezca y entonces tendremos el mandamiento judicial. Mientras tanto, nos quedaremos en el patio y usted no podrá salir de este apartamento sin que le veamos.

—¡Ustedes no pueden hacer esto! —exclamó Sonny Elmquist—. Esto es… ¡es un atropello! ¡Un abuso incalificable!

—No sé por qué —razonó Jupe—. Ninguna ley impide que nos sentemos en el patio, desde donde, forzosamente, le veremos salir. Pero ¿por qué complicarse tanto la existencia? Entréguenos el perro de cristal y no tendremos que avisar a la policía.

Sonny Elmquist contempló llameante a Jupiter unos instantes y al fin retrocedió al interior del apartamento.

—Está en el horno —masculló de mal humor—. Iba a devolvérselo al señor Prentice. Palabra.

El anciano soltó un bufido desdeñoso.

—Usted me lo iba a devolver, claro está, a cambio de diez mil dólares.

—¿Diez mil dólares? —Sonny Elmquist parecía sinceramente sorprendido—. ¿Diez mil dólares? ¿Qué diez mil dólares?

—¿No lo sabe? —intervino Jupiter Jones—. ¿De veras ignora lo del dinero?

Sonny Elmquist calló mirando fijamente al muchacho.

—Pensé que el señor Prentice me daría una pequeña propina —explicó luego—, si le devolvía el Sabueso. Pero diez mil dólares…

Fenton Prentice pasó junto al dueño del apartamento y entró en la cocina. Abrió la puertecilla del horno. Allí estaba el Sabueso de cristal, con la cuerda a su alrededor.

—Señor Prentice —sonó a su espalda la voz de Jupe—, creo que, efectivamente, Sonny Elmquist no sabe nada del dinero. No es el ladrón. Sólo es un errante astral que vio algo en sueños.

Sonny Elmquist miró al muchacho fijamente y se puso mucho más pálido. Tragó saliva, moviendo mucho la nuez del cuello.

—¿Qué vio usted, Elmquist? —interrogó Jupe—. Cuando se quedó aquí dormido, con el televisor en marcha. ¿Qué vio usted?

Elmquist estaba temblando.

—Oh, no puedo hacer nada por impedirlo —tartamudeó—. Sueño cosas. ¿Y qué puedo hacer yo si sueño cosas reales?

—¿Qué soñó? —insistió Jupiter.

—Soñé en un perro… un perro de cristal. Soñé que alguien venía en la oscuridad, ya muy tarde, casi de madrugada, y metía el perro en el agua. Pero no le vi el rostro.

—Creo —exclamó Jupiter triunfalmente— que dice la verdad.

CAPÍTULO 18

La trampa del rescate

El semblante de Sonny Elmquist estaba demudado.

—Oigan, amigos, yo saqué el perro del agua en beneficio del señor Prentice, y pensaba devolvérselo. Palabra. Y no fui yo quien lo robó.

—No, claro —asintió Jupe—. Usted estaba dormido cuando tuvo lugar el robo. Pero escondió el perro de cristal tan pronto lo encontró, lo cual no parece muy honrado.

Charles Niedland se apoyó en la pared.

—Vaya a vestirse y suba arriba con nosotros —le ordenó al joven—. Queremos tenerle donde no le perdamos de vista.

Sonny Elmquist miró centelleante a Charles Niedland.

—¡Ustedes no tienen derecho a darme órdenes! —chilló—. No son los dueños del edificio.

—Y usted no tiene derecho a invadir mi apartamento, como ser humano o como sombra —replicó Fenton Prentice—. Y obedece o aviso ahora mismo a la policía y hago que le detengan por estar en posesión de un objeto robado.

Sonny Elmquist dio media vuelta y cerró de un portazo su dormitorio. Los muchachos oyeron abrir y cerrar de puertas y cajones. Unos minutos más tarde, Sonny Elmquist volvió a aparecer vestido con pantalones claros y suéter oscuro.

—Pasará el resto de la noche en mi salita, y esta vez no se dormirá —le ordenó el viejo Prentice.

Sonny Elmquist asintió con semblante enfurruñado.

El anciano apretó fuertemente el Sabueso de cristal.

—Supongo, Jupiter, que deseas aún atrapar al ladrón esta noche.

—Si es posible, sí. Si no le hemos asustado con tanto alboroto.

El señor Prentice le entregó el perro a regañadientes, y él y Charles Niedland subieron al balcón.

Los Tres Investigadores dejaron nuevamente la escultura de cristal en la piscina y reanudaron su vigilancia desde arriba.

Si había planeado recuperar el perro, el ladrón no lo hizo aquella noche. Transcurrieron las largas y frías horas tranquilamente, hasta que amaneció un día gris y brumoso.

—Claro, no tiene necesidad de sacar el objeto de la piscina —reflexionó al fin Jupiter—. Puede limitarse a cobrar los diez mil dólares y entonces decirle al señor Prentice dónde está el perro.

Se abrió la puerta.

—¿Desayuno? —inquirió Fenton Prentice. Estaba inmaculadamente vestido, y parecía sumamente animado.

Todos se sentaron a desayunarse, excepto Sonny Elmquist, que estaba tumbado en un diván del despacho y se negó a hablar y a comer.

Después del desayuno, Jupiter halló el periódico del día anterior y empezó a cortarlo en pequeños rectángulos… cada uno de unos cinco centímetros de ancho y quince de largo.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Bob muy sorprendido.

—El ladrón no tardará en comunicar cuándo hemos de entregar el rescate. Y nosotros tendremos un montón de billetes listos, hechos con recortes de periódico —explicó maliciosamente Jupe—. El señor Prentice ya sabe dónde está el Sabueso, por lo que no necesita pagar con dinero auténtico.

—¿Y por qué entregar nada? —quiso saber Pete.

—Porque necesitamos una prueba y saber quién es el ladrón —explicó Jupiter—. Trataremos este paquete de dinero falso con mi ungüento mágico. Tal vez no veamos cómo el ladrón reclama el rescate. Pero si coge mi paquete, le dejará los dedos indeleblemente manchados de negro. ¡Y entonces sabremos quién es!

—Supones, claro está, que le conocemos —intervino Fenton Prentice.

—Le conocemos —afirmó Jupiter—. Es una persona que está enterada de la afición de la señorita Chalmers a los dulces. Sabe que la señora Bortz se va a la compra a las cuatro de la mañana. Por consiguiente, tiene que tratarse de un inquilino de esta casa.

—¡Alex Hassell! —exclamó Pete—. ¡Es el único que queda!

Jupiter sonrió y no dijo nada.

—¡Tú sabes quién es! —le acusó admirado el viejo Prentice.

—Lo sé, pero no puedo probarlo —asintió Jupiter—. Aún no. ¡Cuando trate de coger el rescate, entonces tendremos la prueba!

Jupe no quiso decir nada más. Cuando a las diez llegó el correo, el muchacho ya tenía dispuestos dos montones de recortes de periódico sobre la mesita del salón.

El cartero dejó una misiva en el buzón del señor Prentice. Una carta escrita a máquina, sin firmar.

Metan el dinero en un paquete de papel de embalaje
y déjenlo en la papelera que hay a la entrada del parque,
a las cinco en punto de esta tarde.

El mensaje estaba redactado en una hoja de papel blanco, y el estampillado del sobre era del día anterior.

—¡Bravo! —aplaudió Jupiter, sonriendo muy satisfecho.

A continuación procedió a untar los falsos dólares y mientras tanto el señor Prentice iba en busca de papel manila. Después envolvió el rescate con dicho papel, que untó con más ungüento.

—Listo —le dijo al señor Prentice—. A las cinco, se dirigirá usted al lugar indicado y dejará este paquete en la papelera, como le ordena el ladrón. Sugiero que se proteja las manos con unos guantes viejos, para no ensuciarse con el ungüento. Naturalmente, primero debe usted avisar a la policía, que se apostará por el parque, y cuando el ladrón pretenda retirar este paquete, le atraparán.

—¿Y si algún chiquillo coge el paquete? —preguntó el anciano —. Hay mucha gente que registra las papeleras.

—Creo que el ladrón no se expondrá a que ocurra esto —objetó Jupe—. Estará vigilando por allí.

—¿Y nosotros nos perderemos el espectáculo? —quiso saber Pete.

—Claro que no. A las cinco, estaremos también vigilando la papelera. Usted no nos verá, señor Prentice…, ¡pero estaremos allí!

CAPÍTULO 19

La perfecta coartada

A las cuatro y cuarenta y cinco minutos, Bob, Pete y Jupiter estaban ya escondidos entre los arbustos próximos a la rectoría. El pequeño parque existente al final de la calle estaba desierto, aparte del guarda, que iba de un lado a otro con un saco y un palo, cogiendo restos de comida y papeles de entre la hierba.

—El ladrón aparecerá por Wilshire —predijo Jupiter.

Una camioneta de la prensa bajó por la calle y frenó junto a la entrada del parque. Un hombre saltó de la trasera, cogió un fajo de periódicos y los dejó en la acera. La camioneta reanudó la marcha y el hombre quedóse al lado de los periódicos como aguardando a los parroquianos.

Detrás de los muchachos se abrió una ventana de la rectoría.

—Creo que estaréis más cómodos si entráis —murmuró una voz familiar.

Pete se volvió. El padre McGovern estaba asomado a la ventana, fumando una pipa.

—No es agradable ni decente esconderse entre los arbustos —añadió plácidamente—. Vamos, id hacia la puerta y os dejaré entrar. Desde aquí dentro podréis verlo todo. Venga, hacia dentro.

Jupiter Jones sintió enrojecérsele el rostro.

—No sois invisibles —continuó el rector—. Vamos. A los policías no les gustará que metáis las narices en sus asuntos.

Los tres muchachos abandonaron su puesto de observación y entraron apresuradamente en la rectoría.

—Os vi bajar por la calle —explicó el cura—. Aquellos hombres, el guarda del parque y el vendedor de periódicos, aguardan a alguien. ¿Tiene esto algo que ver con Earl y el robo?

—Yo pensé que se trataba de individuos disfrazados —repuso Jupiter.

—Conozco a uno de ellos —asintió el Padre—. El del saco es el sargento Henderson. Visitó a Earl en el hospital. Allí le vi. El otro, el vendedor de periódicos, no sé quién es. Pero usualmente nunca vende nadie periódicos delante del parque.

—¡Es usted un buen detective, padre! —alabó Bob—. ¿Cómo está Earl?

—Pronto estará bien. Y se halla muy contento pensando en el momento en que sabrá quién le golpeó. No le gusta admitir que seguramente se cayó por sí solo —el rector rellenó su pipa, que estaba apagada—. En cuanto a la señora
O'Reilly
—agregó—, hoy es su tarde libre. Por esto estoy fumando en esta salita.

Jupiter Jones sonrió y consultó su reloj.

—Son casi las cinco —anunció.

Fenton Prentice llegó calle abajo con un paquete de papel de embalaje. Se detuvo en el caminito que conducía al parque. Allí, en la entrada, había una gran papelera, llena casi hasta el borde.

El señor Prentice miró a su alrededor, dejó por fin el paquete en la papelera y remontó calle arriba.

Inmediatamente, un individuo dobló la esquina de Wilshire. Parecía un perfecto vagabundo. Llevaba el raído cuello de su estropeado abrigo hacia arriba para disimular la falta de una camisa. Las rodilleras del pantalón formaban sendas bolsas, y la vuelta de una pernera estaba totalmente rota.

—¡Ahora! —exclamó el padre McGovern—. ¡Pobre desgraciado!

El vagabundo se acercó a la entrada del parque. El guarda se hallaba a unos metros de distancia, agachado como para examinar algo que había entre el césped. El vendedor de periódicos los estaba contando.

El vagabundo metió las manos en la papelera. Un segundo más tarde tenía en sus manos el paquete. Éste desapareció debajo del abrigo.

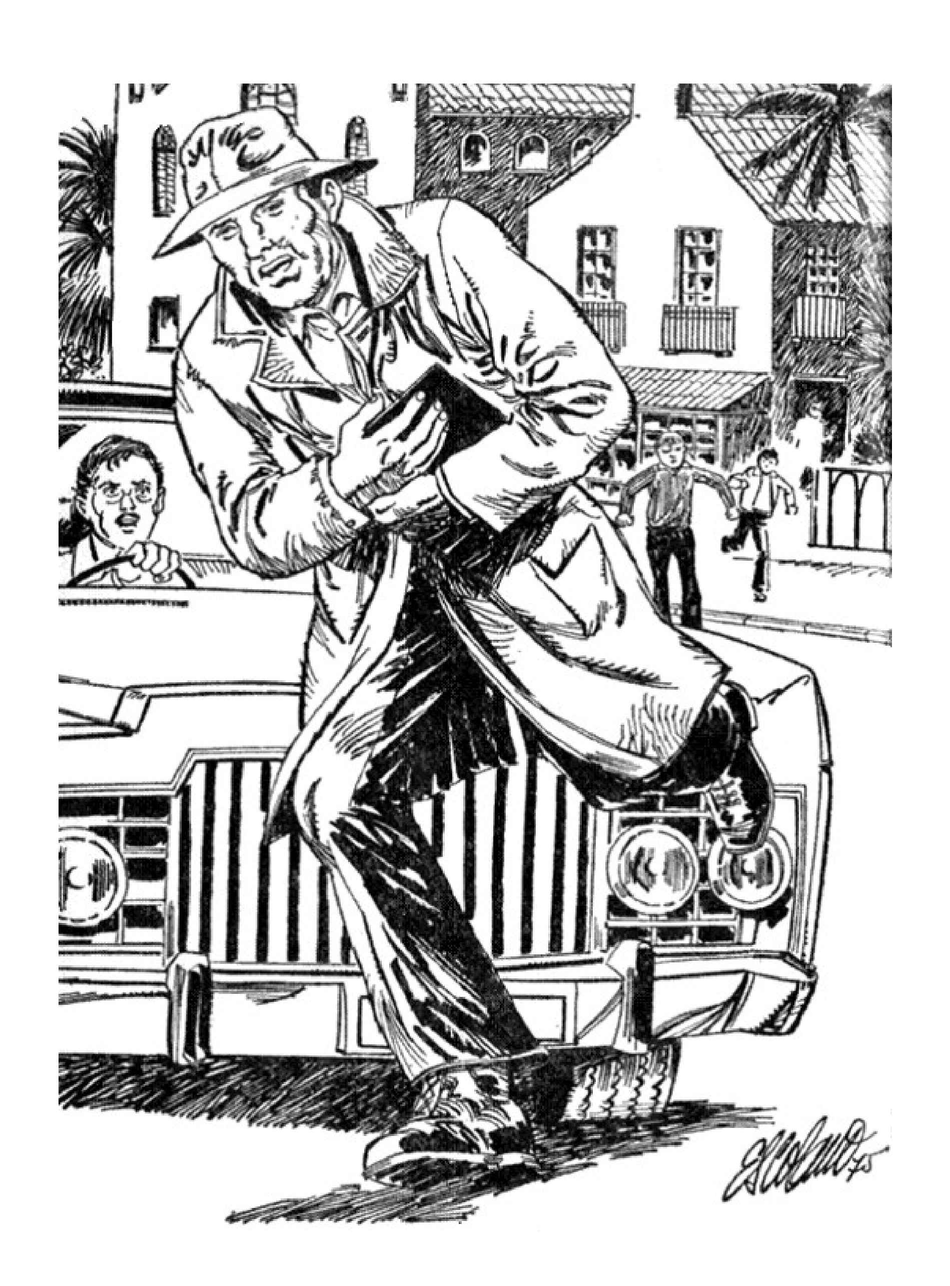
El vendedor de periódicos corrió hacia el vagabundo.

El guarda del parque soltó el palo y el saco y también echó a correr.

El vagabundo vio a los dos perseguidores y emprendió la huida hacia la calle. Pete abrió la ventana de la salita de la rectoría y saltó

fuera.

Sonó un claxon, y un coche efectuó una hábil maniobra para no atropellar al vagabundo. Éste continuó a toda velocidad.



Mientras Pete corría, los policías gritaban. Uno disparó al aire. El vagabundo llegó a la esquina de Wilshire, torció a la derecha y desapareció.

—Perdone, padre —murmuró Jupiter, saltando también por la ventana, seguido por Bob.

—¡Eh, chicos! —gritó el policía que se había disfrazado de vendedor de periódicos—. ¡Apartaos!

Le hizo un gesto al muchacho para que se alejase.

Apareció un coche-patrulla que frenó, rechinando, junto a la acera.

—Ha huido por Wilshire en dirección oeste —gritó el sargento Henderson, el falso guarda, al oficial del coche—. Vamos a seguirle.

—¡Esperen! —chilló también Jupiter.

Los policías le miraron enojados.

—¿Qué pasa? —preguntó el guarda.

—No hay prisa —explicó Jupe—. Sé dónde está el ladrón y su paquete de dinero falso. No tratará de ocultarse, ya que posee una coartada perfecta.

—Ah, tú eres ese chico listo del que nos habló el señor Prentice —le reconoció el sargento Henderson—. Está bien, chico, ¿dónde está el ladrón?

—Está, o estará dentro de unos momentos, en la clínica Belvedere —respondió Jupiter Jones—. Está muy cerca de aquí.

El policía que iba al volante del coche frunció el ceño y al fin exclamó:

—¡De acuerdo! ¡Vamos allá!

Los Tres Investigadores se apelotonaron en la parte posterior del auto. El vehículo rugió y llegó a la clínica en escasos segundos.

La recepcionista de la bata rosa sintióse ultrajada cuando los Investigadores y los policías pasaron como un huracán por delante de su mostrador sin consultarla.

Ya en el segundo piso, una enfermera acababa de salir de servicio. Se detuvo y les miró.

—¿A quién quieren ver? —inquirió en voz baja—. ¡No me han avisado desde abajo!

—No importa —exclamó Jupiter.

Estaba ya corriendo por el pasillo en dirección a la sala privada ocupada por John Murphy.

La puerta estaba cerrada. Jupe la empujó y vio a Murphy en cama, con las sábanas hasta la barbilla. El televisor de la pared de enfrente estaba funcionando. Murphy apartó los ojos de la pequeña pantalla y miró al grupo que había en el umbral.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Está en el armario el paquete con el dinero, ¿verdad, señor Murphy? —interrogó Jupiter—. ¿O lo ha escondido bajo las sábanas?

Murphy se incorporó. Tenía el rostro purpúreo y respiraba con dificultad. La ropa de la cama cayó a un lado. Murphy llevaba una chaqueta vieja y no había ninguna camisa debajo.

Jupiter abrió el armario. Allí estaba el paquete del rescate, sin abrir. Murphy gruñó.

—Aunque se hubiese desprendido del paquete camino de esta clínica, lo hubiésemos sabido —le explicó Jupiter—. Lo traté con un ungüento especial y sus manos han de estar llenas de manchas negras.

Murphy se miró las manos.

El sargento Henderson dio un paso adelante.

—Tiene usted derecho a guardar silencio —empezó a recitar—. Tiene derecho a…

—No importa —le interrumpió el fingido enfermo—. Conozco mis derechos. Me vestiré… y llamaré a mi abogado.

El sargento contempló a los Tres Investigadores.

—El señor Prentice ya dijo que erais muy listos. Una coartada perfecta. Una clínica particular. ¿Quién podía imaginarse…?

—¡Fue el propio Murphy quien pegó fuego a su apartamento! —proclamó Jupiter—. Necesitaba una excusa para que le llevasen al hospital. Sabía que entre Navidad y Año Nuevo no hay aquí muchos pacientes. En realidad, no estaba enfermo ni herido. Y una vez enterado de las idas y venidas de las enfermeras, cuyo trabajo es rutinario, pudo entrar y salir sin ser visto. No le vigilaban estrechamente, claro, ya que el médico le había recomendado mucho descanso.

CAPÍTULO 20

Una visita del señor Hitchcock

Hasta mediados de enero no pudieron los Tres Investigadores concertar una cita con Alfred Hitchcock. Hallaron al famoso director de cine en su despacho, leyendo un ejemplar de la revista *Art News*.

—Si pensáis contarme la historia del Sabueso Cárpato —les espetó el director de cine—, ahorraos la molestia. En esta publicación hay un artículo ilustrado sobre la obra del difunto Edward Niedland. Está retratado el perro de cristal y su antigua leyenda se cuenta en un párrafo aparte.

El señor Hitchcock dejó la revista sobre la mesa.

—Sin embargo, si habéis venido a explicarme cómo le fue devuelto al señor Fenton Prentice el perro robado, me encantará enterarme de los detalles. El relato de los periódicos fue muy escueto.

—Al señor Prentice no le gusta la publicidad —alegó Bob.

—Eso tengo entendido —asintió el famoso director de películas de misterio—. No obstante, mencionó que los tres muchachos de Rocky Beach le habían ayudado mucho, de modo que ya os aguardaba. Supongo que habréis anotado todo el caso, como de costumbre.

Bob le entregó una carpeta al director.

—¡Ajá! —exclamó éste.

Según su hábito, no hizo ningún comentario hasta haber estudiado atentamente las notas de Bob. Cuando terminó, cerró la carpeta y estuvo unos instantes sentado, con el ceño fruncido.

—¡Asombroso! —exclamó al fin—. Y es difícil asombrarme a mí. Una persona que anda en sueños, sin moverse de la cama, separándose de su cuerpo material, y deja que su espíritu vague en libertad… Sonny Elmquist ha conseguido que los fantasmas

corrientes parezcan aburridos y monótonos.

—Aún no ha querido reconocer su habilidad especial —manifestó Bob—. Como dijo la profesora Lantine, hay muchas personas que pueden desprenderse del cuerpo astral en sueños, pero no quieren admitirlo. Les asusta.

—Lo cual es muy comprensible —asintió el señor Hitchcock—. Bien, Jupiter, ¿cómo supiste que Murphy era el ladrón?

—Por un simple proceso de eliminación —declaró el Primer Investigador—. Primero comprendí que el ladrón tenía que ser alguien del barrio, alguien que sabía que las llaves de la iglesia estaban colgadas del armarito de la rectoría. Cuando la señorita Chalmers y la señora Bortz estuvieron lejos de la escena, supe que el ladrón era necesariamente uno de los inquilinos. Sólo un habitante de aquel edificio poseía el conocimiento necesario de todas las costumbres, y sólo uno de los inquilinos sabía que la piscina sería un lugar seguro sin la señorita Chalmers ni la señora Bortz.

El famoso director de cine asintió con el gesto.

—Bien, Sonny Elmquist estaba dormido cuando tuvo lugar el robo, por lo que no podía ser culpable. La investigación de Bob en la universidad de Ruxton lo confirmó. Bob se enteró allá de que Elmquist podía estar presumiblemente en dos sitios a la vez, pero no podía hacer nada, no podía mover nada, mientras era errante. Harley Johnson tenía una coartada de fácil comprobación para la noche del robo. Lo cual dejaba sólo a Alex Hassell y John Murphy.

—Entiendo.

—Tanto Hassell como Murphy estaban fuera de casa cuando ocurrió el robo —continuó Jupe—. Y los dos le oyeron decir a la señora Bortz que pensaba vaciar y limpiar la piscina. Más tarde recordé que esas palabras sobresaltaron a Murphy. Y aquella misma tarde, el agente de bolsa se marchó en su coche a no sé dónde.

—Sin duda en busca del explosivo —observó el señor Hitchcock—. La gente no suele tener explosivos en casa.

—Sí, fue a visitar a un amigo que fabrica productos químicos —corroboró Jupiter—. La bomba que colocó en el coche de la señora Bortz no era mortal, aunque hacía mucho ruido y gran cantidad de humo. Sólo quería asustarla, de modo que por un par de días se olvidase de la piscina. Un par de días era el tiempo que necesitaba.

—Claro, hasta cobrar el rescate. Adelante.

—Habría estado más seguro de que Murphy era el ladrón a no ser por el fuego de su apartamento. Sin embargo, yo pensé que no se trataba de un accidente porque Murphy era muy cuidadoso con los cigarrillos. Por tanto, más bien parecía una víctima del criminal. No tenía ninguna relación aparente con la piscina, y yo pensé que posiblemente el ladrón deseaba alejar a todos los testigos en potencia. De este modo, me dije que Alex Hassell tenía que ser el culpable, y que era él quien había penetrado subrepticiamente en el apartamento de Murphy para incendiarlo. Nosotros, no obstante, no le habíamos visto, aunque tampoco estábamos mirando con mucha atención el monitor cuando se inició el siniestro. Alex Hassell podía haberse marchado al hotel sólo para tener una coartada, como Murphy hizo cuando fue llevado a la clínica.

—En efecto —asintió de nuevo el director de cine.

—Pero cuando llegó la carta con el lugar de la entrega del rescate comprendí que el ladrón no era Hassell. Tenía que ser Murphy. Había que meter el paquete con el dinero en la papelera del parque, exactamente a las cinco… ¡y a esa hora, Hassell estaba siempre dando de comer a los gatos! De tratarse de Hassell, habría intentado cobrar el rescate a otra hora cualquiera, pero nunca a las cinco de la tarde.

El señor Hitchcock se echó a reír.

—Exacto, nunca a las cinco. Aunque no le hubiera importado hacer esperar a los gatos, jamás habría mencionado las cinco de la tarde. Alguien se habría fijado en su ausencia. Pero ¿por qué corrió tantos riesgos Murphy por diez mil dólares? Es un agente de bolsa de buena reputación. ¿Tan necesitado estaba de dinero?

—Él así lo creía —contestó Jupiter—. Confesó que, como tutor de Harley, había especulado en la bolsa con dinero de la cuenta de su sobrino. Y lo perdió todo. Harley llega el mes próximo a la mayoría de edad. Y entonces, Murphy habría tenido que contarle toda la verdad… explicación que podía llevarle a la cárcel. Necesitaba desesperadamente los diez mil dólares para ingresarlos en la cuenta de Harley.

—Una historia desagradable —suspiró el director de cine—, y muy triste.

—Harley le ha perdonado —prosiguió Jupiter—. Aunque naturalmente, el asunto no está en manos del sobrino. Ahora es

cuestión de los tribunales. Murphy golpeó a Earl, y le envió a la señorita Chalmers los bombones envenenados, para que, sintiéndose enferma, no pudiese nadar. Además, cometió un robo e intentó hacerle un chantaje al señor Prentice.

—Lo cual me recuerda otra cosa —interrumpió el señor Hitchcock—. ¿Cómo sabía Murphy que el Sabueso Cárpato estaría aquel día en Lucan Court?

—¡Se lo dijo Sonny Elmquist! —exclamó Bob—. Jupe tenía toda la razón. Había cierta relación entre la sombra aparecida en el apartamento del señor Prentice y el robo. El lunes pasado, el cuerpo astral de Sonny Elmquist oyó hablar al anciano por teléfono, concertando con Charles Niedland la entrega del perro. Al menos, creemos que esto fue lo que ocurrió. Elmquist lo niega… y asegura que la señora Bortz se lo contó todo a él mucho antes. Pero la portera no sabía con exactitud qué día tendría el señor Prentice el Sabueso.

—Sea como sea —prosiguió Jupe—, cuando Elmquist despertó y dejó de ser errante, encontró en el patio a Murphy y le habló del Sabueso. Sonny Elmquist ignoraba qué era en realidad el perro, pero Murphy conocía el nombre de Edward Niedland y lo adivinó. Entonces, en el momento oportuno, se dirigió a la casa de Lucan Court provisto de una máscara y una pistola, tratando de robar a Niedland.

—Ciertamente, sí estaba desesperado —reflexionó el señor Hitchcock en voz alta.

—Sí… ¡y ahora aún lo está más! —asintió Pete—. Quiero decir, que podía haberse apoderado de la escultura y correr hacia su casa. Al menos, esto pensaba él. La cosa parecía muy fácil en ausencia de Niedland. Pero de pronto se presentaron los policías y por poco lo atrapan. No se atrevió a irse a casa, de forma que corrió hacia la iglesia, entró y reflexionó rápidamente. Se hizo pasar por la imagen del santo, aporreó al pobre sacristán con la pistola y escondió el perro de cristal. Luego, salió fuera, arrojó la máscara y la chaqueta negra a la papelera del parque y se fue a casa.

—¡Y a la noche siguiente volvió a la iglesia en busca de la escultura disfrazado de fantasma! —exclamó el director.

—No —negó Jupiter, moviendo la cabeza—. ¡Murphy aseguró que él también vio al fantasma!

—Hum… —gruñó Alfred Hitchcock.

—Dice que se asustó mucho —prosiguió Pete—. Pero logró dominarse y salió corriendo, dejando encerrado a Jupiter. Más tarde, cuando todo estuvo tranquilo, metió el perro en la piscina. Nosotros creemos que el cuerpo astral de Sonny Elmquist daba vueltas por allí y vio cómo Murphy escondía el Sabueso en el agua. Aquella noche, Sonny Elmquist estaba en casa.

—¿Qué le ocurrirá a Elmquist? —quiso saber el famoso director.

—Nada —repuso Pete—. Tal vez intentase cometer un delito, quedándose con el Sabueso, pero lo cierto es que lo entregó. No tuvo la oportunidad de obrar de otro modo. Todavía desea ir a la India, aunque por el momento no puede salir de Los Ángeles. El señor Prentice se puso en contacto con la compañía propietaria del edificio, y obligaron a Elmquist a mudarse.

—¿Ha vuelto su cuerpo astral a molestar al señor Prentice? —quiso saber el director.

—No. Elmquist lleva ya dos semanas fuera de la casa, y durante ese tiempo el señor Prentice ha gozado de una completa tranquilidad. La señora Bortz también se marchó. Dijo que el barrio estaba embrujado con tantos crímenes, y que ella no quería ser responsable de nada. El señor Prentice consiguió que contrataran a otra portera. La nueva mujer asegura que no le importa lo que hagan los inquilinos mientras no pongan los tocadiscos a gran volumen ni naden después de las diez de la noche. El señor Prentice está encantado. Ya no tiene que preocuparse por ninguna fisgona.

—O sea que se han solucionado todos los problemas —resumió el señor Hitchcock—. Pero todavía queda en pie el misterio del fantasma del pecador.

—Posiblemente fue Sonny Elmquist con su cuerpo astral —aclaró Jupiter—. Visto de esta forma pudo parecer un alma en pena. Sin embargo, aún sigue en pie el problema del pelo blanco… (el de Elmquist es negro) y el cirio. No creo que un cuerpo astral pueda sostener ningún objeto, aunque sea tan ligero como un cirio.

—Cierto —asintió Hitchcock.

—La segunda posibilidad es que el fantasma fuese el propio Sonny Elmquist en carne y hueso. El cuerpo astral de Sonny pudo ver el perro de cristal en la iglesia, y luego entrar en ella el Elmquist material para investigar. Suponiendo que en su corazón

sea un poco dado al latrocinio, pudo disfrazarse de fantasma para asustar a los posibles ocupantes de la iglesia, como el padre McGovern o el sacristán. Aunque esta posibilidad también ofrece un problema: ¿cómo consiguió salir Elmquist de la iglesia, si las puertas quedaron cerradas después de salir yo?

Alfred Hitchcock asintió a estas palabras.

—Lo cual deja en pie otra posibilidad…

—¡Que exista el fantasma! —concluyó Bob—. Cosa que nunca podremos averiguar.

FIN



MARY VIRGINIA CAREY. (New Brighton, 1925 - California, 1994) fue una escritora conocida principalmente por sus novelas juveniles, muchas de ellas para la Factoría Disney, adaptando películas como *Mary Poppins* o *Merlín el encantador*, y también por las series de libros *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores*, con los que consiguió un gran éxito internacional. Nacida en Inglaterra, el mismo año de su nacimiento su familia emigró a los Estados Unidos. Asistió a la universidad de Mount St. Vincent en Riverdale (Nueva York) y terminados sus estudios, empezó a trabajar como periodista. En 1955 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Ese mismo año se unió a la Walt Disney Productions, donde trabajó durante catorce años como escritora. Fue miembro de la asociación de escritores PEN y de la Mystery Writers of America.

Hasta su muerte en 1994, Mary Virginia Carey vivió en Ventura, California.